SOCIEDAD CIENTIFICA ARGENTINA

ACTO CONMEMORATIVO DEL 76º ANIVERSARIO DE SU FUNDACION

El 28 de julio del corriente año, tuvo lugar en el gran salón de actos « Florentino Ameghino », la reunión conmemorativa con la cual se festejaba un nuevo aniversario de la Sociedad Científica Argentina. Setenta y seis años de existencia laboriosa, desenvuelta en un continuo afán de fomento y divulgación de las ciencias puras y aplicadas en la República Argentina. Aunque no siempre han sido propicias las condiciones en que ha debido desarrollar sus esfuerzos, el ritmo de estos apenas fué amortiguado y a través de la ya larga serie de períodos que cuenta su actividad, predomina un inquebrantable afán, desinteresado, eficaz y entusiasta, por contribuir al adelanto científico del país.

Sus actos, conferencias, publicaciones, servicios de Biblioteca, etc., constituyen una acción tesonera, que ha logrado imponerse a la consideración pública, la que no escatima reconocerlo así, prodigándole aplausos y elogios, exteriorizados principalmente con motivo de las reuniones conmemorativas celebradas en las fechas del aniversario de su fundación.

En la última de estas reuniones conmemorativas se cumplió un interesante programa, ante un selecto y numeroso auditorio que ocupaba completamente el salón de actos. Después de escuchado el himno nacional argentino, que ejecutó en el piano la señorita Marta Pelizzari, tomó la palabra el Sr. Presidente de la Sociedad Científica Argentina Ing. J. M. Páez, quien después de expresar algunos conceptos relativos a la fecha que se recordaba, trazó unas rápidas semblanzas de los tres socios que habían cumplido cuarenta años de socios activos, ingenieros Edmundo Parodi, Pedro Torre Bertucci y Augusto Fernández Díaz, y del Sr. Gerente don Claudio López, que también había cumplido cuarenta años de servicios. A todos ellos otorgó la Sociedad medallas de oro recordatorias, las que fueron entregadas en este acto, por el Sr. Presidente a todos los home-

najeados. El ingeniero Fernández Díaz, más tarde hizo llegar al Sr. Presidente una interesante carta, en la que recuerda hombres y hechos vinculados con la Sociedad Científica Argentina y con su propia actuación profesional durante los últimos cuarenta años.

En nombre de todos agradeció el ingeniero Parodi, añadiendo después breves palabras el Gerente Sr. Claudio López, cuya intensa dedicación a la Sociedad, es bien apreciada por todos.

Finalmente, el Prof. Venancio Deulofeu pronunció una erudita conferencia sobre el tema « Algunas consideraciones sobre la investigación científica », que se publica in extenso en otro lugar de este número.

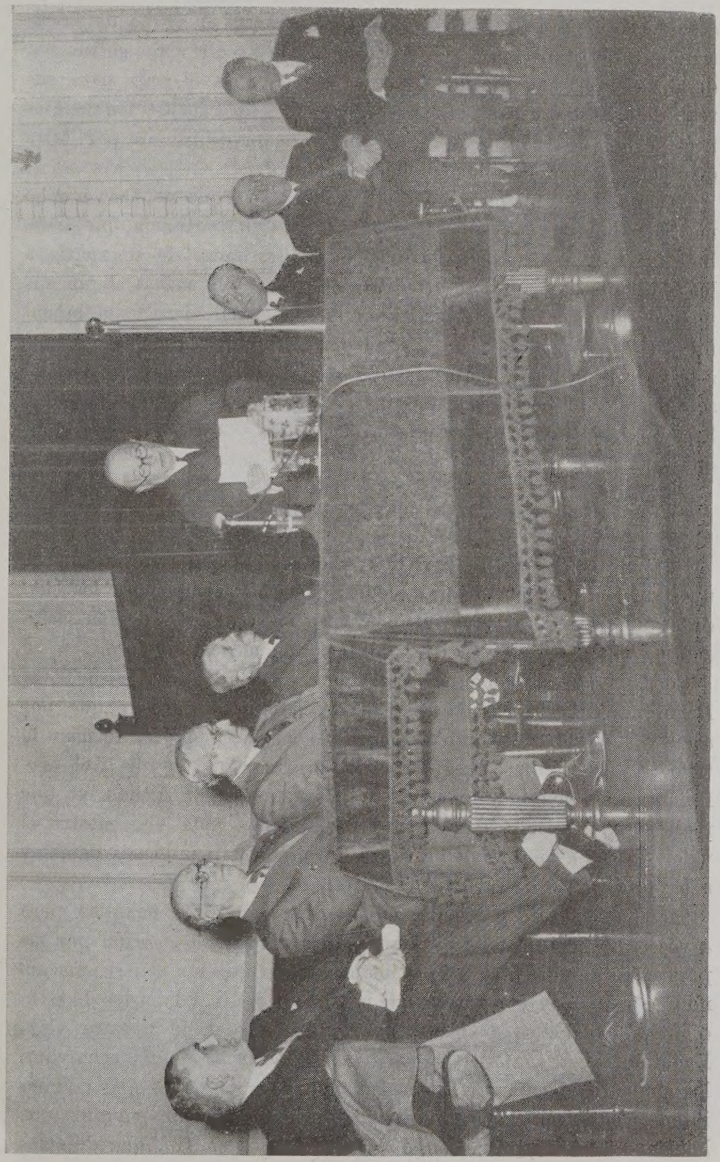
A continuación transcribimos los discursos de los ingenieros Páez y Parodi, así como las palabras del Sr. Claudio López y la carta del ingeniero Fernández Díaz.

DISCURSO DEL PRESIDENTE DE LA SOCIEDAD CIENTIFICA ARGENTINA, INGENIERO J. M. PAEZ

Señores:

Nuevamente festejamos un aniversario de la Sociedad Científica Argentina, el septuagésimo sexto de su fundación. El camino recorrido en tan largo intervalo, es bien conocido por vosotros y altamente considerado por los hombres de ciencia del mundo, en cuyo contacto siempre estamos por comunicaciones directas, publicaciones, etc. y especialmente por el positivo valor de nuestros « Anales » para los estudiosos. No me detendré en hacer historia, quiero ser breve y concreto, quiero deciros con orgulo de argentino, que entre los hombres de ciencia e investigadores nuestros — que son muchos, aunque ignorados por los mas — los hay de reputación mundial, que han alcanzado los más altos honores a que se puede aspirar en el campo de la ciencia pura y aplicada.

Si para ilustrar más, formulase nóminas, sin duda cometería la injusticia de omitir a muchos de gran mérito que escapan a mi memoria, pero cuya labor individual o de conjunto con aquellos, abrió fronteras y dió motivo a que investigadores, estudiosos y estadistas del mundo se sintieran atraídos y vinieron a conocer y convivir nuestro ambiente científico, y también, a que las instituciones más famosas de altos estudios y de mayor prestigio de Europa y América, los invitaran a ocupar sus tribunas para exponer o discutir



El ingeniero Parodi agradeciendo la demostración.

sus teorías. No falta pues en nuestro ambiente el grupo de investigadores de gran capacidad, rectores de nuestros centros culturales, donde abunda el material humano que necesita el país para sus realizaciones de orden superior, pero que carecen de los medios necesarios, en laboratorios e institutos de investigación por falta de ayuda de quienes pueden hacerlo.

Encontraréis repetición en estas palabras, porque no hace mucho me referí al mismo asunto, pero es de tal importancia que debo insistir en él tanto como sea necesario para sacar de su apatía a los pudientes y poderosos, invitándoles una vez más a ligar sus nombres a obras que enorgullezcan la patria, en bien de la humanidad; a que contribuyan, a que den ejemplo a quienes que por sola indecisión no lo hacen. Es cierto que existen excepciones, pero son demasiado pocas, por eso insisto, por lo mucho que hay que hacer para la investigación en ciencias puras y aplicadas, que tanto anhelamos.

Expresado ese deseo, entremos ahora en el campo interno de nuestra Sociedad, en el que reconoce mérito y conmemora los cuadragésimos aniversarios de la incorporación a su seno, de sus socios activos, entregándoles en acto público una medalla de oro.

Corresponde ese honor en este año, a los ingenieros Pedro Torre Bertucci, Augusto Fernández Díaz y Edmundo Parodi; que por azar y sino de cada uno en orden de sus actividades, forman la trilogía del ingeniero; es decir: el profesor que enseña; el profesional que imagina, investiga y proyecta, y por último, el que realiza construyendo, en cuyas especialidades cada uno mostró el valor de sus afanes y su brillante desempeño, ligando sus nombres a obras difíciles de olvidar.

Siempre es grato participar en la entrega de estas medallas, pero a veces, hay circunstancias que llevan a verdadera emoción por las personas de que se trata y es justamente lo que me ocurre, porque no puedo apartar de este acto que me toca presidir, recuerdos de estudiante, de aquellos años que pasé junto a ellos en nuestra vieja Facultad, años cuajados de alegrías y zozobras, donde echaremos los cimientos de nuestra firme amistad, años juveniles que vivimos intensamente, con visiones de triunfo, con fe, ante un porvenir que habría de ser de promisión o adverso. Años en fin, que dejamos

al partir por distintos caminos hacia nuestro destino, que nos reúne nuevamente, en el seno de nuestra querida Sociedad, en su septuagésimo sexto aniversario.

Pedro Torre Bertucci, egresó de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales con el título de ingeniero mecánico en 1906 y un año después era nombrado director de aula de tecnología mecánica, turbinas hidráulicas y reguladores, y apenas incorporado, es designado profesor suplente. Cuatro años después, obtiene los mismos cargos en la cátedra de máquinas y es nombrado profesor titular de la misma en 1932.

La Escuela Industrial de la Nación, también contó con él, como vicedirector durante 27 años y dictó en la misma como profesor, distintas asignaturas teóricas, prácticas y de laboratorio.

El Ministerio de Justicia e Instrucción Pública requirió su concurso y consejo para organizar una nueva escuela industrial a ubicarse en la zona oeste de la Capital, que se inaugurara poco después.

Jurado en certámenes industriales, demostró siempre su alta preparación y justicia en sus decisiones, retirándose de la vida activa de profesor, para continuar sus trabajos e investigaciones con más entusiasmo aún y darse a su pasión en el arte: la música y los libros que tanto lo entusiasman.

Su paso por la Facultad y Escuela Industrial, han dejado recuerdos imborrables entre profesores y discípulos, que ven en él al hombre de consulta por la serenidad de sus juicios.

Augusto Fernández Díaz, a pocos años de recibido de ingeniero civil, una tarde, saliendo de nuestra vieja sede social en la calle Cevallos, aceptó acompañarme en el estudio y proyecto que me había sido confiado, del gran canal de riego y provisión de agua a San Antonio Oeste en el territorio de Río Negro, que partiendo de un lugar próximo a la isla grande de Choele-Choel, llegaría al extremo noroeste del golfo San Matías. Poco después fuí llamado a realizar otros proyectos en la provincia de Mendoza y tuve que dejar, seguramente en inmejorables manos, el estudio y proyecto de esa importantísima obra. Cuando nos despedimos en medio del modesto campamento, allí en plena planicie patagónica, le auguré el mayor éxito en la conducción de los estudios y en la redacción del proyecto que asumía en ese momento, y el vaticinio no fué en vano; Fernández Díaz dió vuelo a su imaginación y resolvió cuanta difi-

cultad se le opuso. Presentando el proyecto a las autoridades respectivas, se le otorga un voto de aplauso, que se me hizo extensivo por haber dirigido los primeros estudios y dado las directivas que habían de guiar la difícil tarea.

Designado después para estudiar el régimen de los ríos Negro, Neuquén y Limay y lagos tributarios debió dejarlos como consecuencia de la crisis que sobrevino a la guerra de 1914.

Párrafos de una carta suya reciente, me reviven instantes pasados en aquellas lejanías desiertas, cuando recuerda que a mi lado conoció, presintiendo el porvenir, las riquezas de aquellos territorios; cuando en largas travesías de leguas y leguas, galopadas soñando en el progreso que llevaría la obra que proyectábamos a la sedienta Patagonia, mundo extraño por la antiguo y desolado, en cuyas entrañas acaso duerme la emoción de grandeza que horas venideras deparan a las futuras generaciones argentinas, mundo al fin de vida ansiosa, de recuerdos lejanos y visiones del futuro. Retirado del Ministerio de Obras Públicas fundó su establecimiento « El Pinar », modelo bajo varios puntos de vista, y dió comienzo a formar su biblioteca de agronomía y matemáticas y más tarde, también de historia americana y afines. Largas y pacientes búsquedas en viejos archivos le permitió enriquecerla de tal manera, que sorprendido él mismo, decidió publicar como primer trabajo, uno sobre el origen del Rosario de Santa Fe, removiendo falsas leyendas y dando a cada cual lo suyo, para continuar con otro acerca de la fundación de Santa Fe y la historia de la propiedad urbana y rural.

Hoy su biblioteca a la que mira como su obra fundamental, ocupa, sinó el primer lugar, uno de los principales en la provincia de Santa Fe, y espera que ha de ser con el tiempo un centro de investigaciones históricas; digna esperanza, ya realizada en parte, de un estudioso de su temple.

Edmundo Parodi. Tengo que recordar una vez más a la vieja casa de la calle Perú; allí, en aquellos claustros ya tan transformados, pero que no logran menguar lo que eran, fué donde el ingeniero Parodi echó su primer prestigio entre sus compañeros, allí definió sus inclinaciones a la construcción, allí razonaba y enunciaba sus miras hacia el objeto principal, construir, realizar, hacer obra material con toda la técnica. Fué ese su ideal, que pudo cumplir, uniendo su nombre a muchas de las más grandes obras públicas y particulares; suntuosas unas y de pura utilidad social las más.

Es por eso que encontramos en los puntos cardinales de la Argentina, la obra de Parodi. Aquí al borde de nuestra Capital, el Puente Uriburu y el Hospital Rawson ya en su centro. Allá al borde del extremo Este de nuestro territorio, el gran puente Internacional y para qué decir más, si donde fuéramos encontraríamos sus realizaciones.

El que piense que en el espíritu de su empresa no iba un ideal, padece de grande error; él tenía el suyo, levantar obras, pero buenas, inculcado de aquellas normas que nos dieron los fundadores de nuestra escuela, cuyos nombres debieran grabarse en letras de oro; pero, fué la adversidad animada por espíritus malignos la que vino a demostrarnos su temple, la integridad de su carácter y cuanto había aprendido de sus rectores. Es así como en su oportunidad supo dar todo para empezar de nuevo.

En sus diversas actividades profesionales llegó a ocupar un lugar de privilegio, acorde con su profundo conocimiento de las ciencias que abrazara con devoción y amor. Más no la limitó a la faz propia de su profesión, sino que también la orientó hacia elevadas especulaciones donde el desinterés es norma, y así lo vemos actuar como Presidente del Consejo Profesional de Ingeniería Civil, como Vice-presidente de la Cámara Argentina de la Construcción y muchas otras.

Considerando que era un deber y privilegio incorporarse a nuestra Sociedad, lo hizo apenas obtuvo su título de ingeniero. Su dinamismo y su austeridad lo llevaron hace 26 años al cargo de Tesorero, que ha venido desempeñando, salvo breves intervalos, hasta ahora. Esta tarea en sociedades como la nuestra, es bien ingrata, pues es sabido que nuestro medio es poco propenso a auspiciar y apoyar, no sólo espiritualmente, sino también en forma concreta a estas instituciones y por eso, las finanzas son siempre, poco florecientes y no permiten cumplir misiones más amplias. Pero siempre la eficacia de nuestro Tesorero fué tal, que parece haber hecho milagros.

Claudio. La Junta Directiva también ha querido otorgar medalla de oro a su Gerente Claudio López, como reconocimiento de su labor en la casa durante cuarenta años.

Claudio — así llamado simple y familiarmente — constituye algo así como un centro entre los socios y amigos de nuestra Institución.

Ha sabido conquistar esa posición y la mantiene con la simpatía de todos.

Nació en tierra de Galicia y tiene esa alma gallega que muy bien acaba de definir el poeta Xavier Bóveda; con ella, sin alardes, sin pasiones excedidas, aquí lo tenemos siempre en su puesto, siempre listo al cuidado de todo lo que puede interesar a la Sociedad.

Buen discípulo del inolvidable Pepe Mariño en nuestra vieja Facultad, allí se inició e hizo parte de su carrera, para continuarla en la Dirección General de Arquitectura escalando cargos hasta jubilarse, no sin que antes viniera a sentar su real en la Sociedad Científica Argentina.

Y, ahora para terminar, os pido un aplauso para los que reciben estas medallas de oro, que son símbolo de honor.

DISCURSO DEL INGENIERO EDMUNDO PARODI

Señor Presidente de la Sociedad Científica Argentina.
Señoras, señores:

En nombre de mis colegas y amigos Ing. Augusto Fernández Díaz y Pedro Torre Bertucci y del señor Claudio López, compañero desde 1902 en la Facultad de Ingeniería y en el mío propio, agradezco el alto honor que nos dispensa esta benemérita Institución al otorgarnos una medalla conmemorativa por los cuarenta años consecutivos de asociados de la misma. Interpreto este acto como un homenaje a la constancia y el haber sido durante ese período de tiempo consecuentes por los servicios recibidos de la Sociedad. Por la parte que a mí me concierne, creo que el premio es superior a lo que me corresponde, si es que algo corresponde por el deber cumplido o mejor dicho por el compromiso contraído al asociarnos a la Sociedad Científica Argentina. Gran satisfacción se experimenta al darse uno cuenta que durante tanto tiempo ha contribuído dentro de su modesta esfera de acción al movimiento científico y técnico del país. Esta satisfacción que sentimos en este momento se la agradecemos también a la Sociedad Científica al materializar con una medalla el recuerdo del deber cumplido.

Aprovecho esta oportunidad para hacer una declaración e insistir en un pedido. He sostenido y sostengo que aquellos que como yo, por varios motivos y sobre todo aquel de la lucha por la vida no hemos dedicado nuestro tiempo al estudio de la ciencia pura o

aplicada, sino en lo mínimo indispensable para el ejercicio de la profesión, pero que en el desarrollo de nuestras actividades hemos aprovechados los resultados de los estudios y de sus experiencias, tenemos la obligación de aportar nuestros esfuerzo integral, sea personal, moral o económico para que esos estudios perduren, que sigan adelante, que sean numerosos los hombres que se dediquen a la investigación científica, cosa que no se puede llevar a cabo si no cuentan no sólo con la ayuda del Estado, sino también y principalmente con la ayuda privada, puesto que en definitiva son los beneficiarios directos o indirectos de la labor de aquellos.

Hoy somos tres los socios que recibimos un premio por haber tenido la suerte de haber servido a la Sociedad Científica en una u otra forma, durante cuarenta años; deberíamos haber sido treinta por lo menos, pues hace cuarenta años el mínimo de universitarios que tendrían que haberse asociado debería haber sido diez veces mayor del que fué.

La Sociedad Científica Argentina, dentro de su ya larga existencia, es grande la labor que ha desarrollado en relación a los escasos recursos de que se ha dispuesto; ha llegado el momento de intensificarla en gran escala, pues si no se hace así, el adelanto científico de nuestro país quedará posiblemente a la zaga con relación a los otros. Y por esto aprovecho este momento en solicitar a cada uno de ustedes propongan y traigan un asociado más. Solicito si me lo permite la Sociedad el apoyo económico de todos los hombres de buena voluntad que compenetrados de los fines de la Sociedad Científica, ésta pueda desarrollar un programa más amplio de investigación y divulgación científica, becando o contribuyendo a la ayuda de nuestros hombres de ciencia, pues si no hacemos así, veremos el triste espectáculo de que ellos tendrán que ir afuera en busca de esa ayuda o de aliciente para que no se pierda el esfuerzo que hacen por amor a la ciencia y beneficio del país.

PALABRAS DEL GERENTE DE LA SOCIEDAD CIENTIFICA ARGENTINA SR. CLAUDIO LOPEZ

Señor Presidente:

Debo, y mi es muy grato, agradecer vivamente esta demostración de aprecio, que es una culminación del gran afecto con que las sucesivas comisiones de esta Sociedad han tenido a bien honrarme en repetidas ocasiones.

Ciertamente, he servido y sirvo a la Sociedad Científica Argentina con devoción y con cariño; pero he de confesar que esta devoción y este cariño han sido eficazmente estimulados por mis superiores en los que hallé siempre un trato delicado y un espíritu de comprensión, de rectitud y de amor a la obra y al engrandecimiento de esta meritoria Institución, que sirvieron para ayudarme a perseverar en mis humildes esfuerzos y me llenaron siempre del más puro y vivo agradecimiento.

Es posible que, como tantos otros inmigrantes, que a fuerza de voluntad y perseverancia llegaron a formarse una posición económica, también yo, con mi tenacidad, pudiere llegar a poseer riquezas materiales. No ha sido así, y no mes hallo triste de ello. Por el contrario, estimo que el llegar a recibir de personas ilustres, que representan a una entidad de tanto prestigio como la Sociedad Científica Argentina, la demostración de que se me hace objeto en este momento, es realmente una riqueza moral mucho más codiciable que los bienes de fortuna.

Por ello, señor Presidente, con la más íntima satisfacción, yo recibo y agradezco este gran honor y la prueba de cariño que él significa.

Y, como no me será posible hallar palabras para responder en forma debida a las inmerecidas alabanzas del señor Presidente, ni para expresar mi emoción y mis sentimientos, me limito a decirle: gracias, muchas gracias.

CARTA DEL INGENIERO AUGUSTO FERNANDEZ DIAZ AL PRESIDENTE DE LA SOCIEDAD CIENTIFICA ARGENTINA

Estimado Presidente y amigo:

En sobre dirigido al Sr. Secretario Dr. Bertomeu, he tenido el especial agrado de corresponder a sus deseos, con una relación de mi labor de 40 años de vida profesional; mas no abrigando seguridad en estos momentos de poder asistir al acto público que usted, en virtud del honroso cargo que inviste, presidirá el día 28, he pensado por tal razón y la vieja amistad que nos vincula, en la necesidad de dar escape a algo que bulle dentro de lo íntimo de mi ser, y con ello, discurrir sobre mi iniciación en la Sociedad, y el elevado concepto que tengo de su influencia educativa en el desenvolvimiento espiritual de nuestro pueblo.

Permitirá usted que ordene mis frases introductorias con algunos recuerdos personales que, punto más punto menos, han de coincidir con los de cada uno de los agraciados:

Corría el año 1905 cuando entré en la Sociedad Científica Argentina siendo estudiante todavía de la Facultad de Ciencias Exactas Físicas y Naturales, hace como se ve alrededor de 43 años, lapso que no impide recordar con suficiente precisión los motivos o razones que me indujeron a dar aquel paso; se había grabado en mi memoria una conversación del Dr. Estanislao S. Zeballos, hijo ilustre de mi ciudad natal, quien frecuentaba un hotel de la Avenida de Mayo, donde yo me hospedaba, acerca de los orígenes, de la importancia y del papel que iba a desempeñar en el perfeccionamiento de los estudios universitarios la Sociedad Científica Argentina que él había contribuído a crear al lado de hombres de la talla de Santiago Brian, Juan Dillon, Luis A. Huergo, Juan J. J. Kile, Enrique Peña, etc., y se había grabado como si hubiese caído en campo fértil una semilla que sólo necesitaba el soplo divino para fecundar y dar su primicia. Y la situación se produjo: hacia 1905 se debatieron en esa elevada y prestigiosa tribuna, en su antiguo local, cuestiones de no común trascendencia, en el campo de las grandes obras públicas que entonces se proyectaban o estaban en vías de ejecución, cuyos incidencias repercutieron agitada y buliciosamente en las aulas y pasillos de la Facultad, circunstancia que encendió en muchos de los alumnos la llama del entusiasmo, y empezamos a concurrir a las conferencias en un principio con timidez o desconfianza; apenas si acertábamos a ocupar los asientos traseros, pero paulatinamente fuimos avanzando de reunión en reunión, hasta sentarnos en las primeras filas, donde evidentemente debíamos ver, oir y callar.

En tales justas oí por primera vez la voz grave e impresionante de Luis A. Huergo, el patriarca de los ingenieros argentinos, cuya presencia suscitaba tal interés en la sala cual era la autoridad de sus opiniones que escuchadas en reverente y profundo silencio, concluían llegado el caso, por decir la cuestión. Me resultaba corta para caracterizar al orador de aquellas polémicas inolvidables la definición de Cicerón: *Vir bonus, dicendi peritus*; esto es, en lengua vernácula y en tiempo pasado: era un hombre honrado que hablaba bien. Conocí allí también el verbo ubérrimo de sabiduría de Leopoldo Lugones, creador de un estilo que singularizó una época de las letras rioplatenses, que sabía encontrar el oro fino entre relám-

pagos de su elocuencia copiosa y presentarlo al oyente o lector, con gracia, arte y cordialidad; y como Leopoldo Lugones y Luis A. Huergo, otras figuras prominentes de la profesión y de la ciencia.

La Facultad de Ciencias Exactas era entonces nuestro hogar común, como llegó a serlo después de graduados, la Sociedad Científica; y si en aquélla trabajábamos casi de sol a sol, dibujando, calculando y proyectando para hacernos hombres, en ésta nos forjábamos la ilusión de serlo apenas penetrábamos en su sala de conferencias y nos sentábamos muy orondos y satisfechos confundidos entre eminentes profesionales y nuestros estimados profesores.

Mi alma se llena de emoción cuando recuerdo aquellos días y evoco tantas vidas ilustres consagradas a la enseñanza, al estudio, al bien común, y sobre todo, a la verdad.

Es pública voz y fama que esta Sociedad desempeña una función útil, de perfeccionamiento y disciplina social, para los graduados en los institutos de enseñanza superior, de manera especial, para los ingenieros, químicos, arquitectos y naturalistas de la vieja facultad de la calle Perú, porque casi siempre constituímos mayoría. Yo mismo me formó un concepto elevado de esto cuando las circunstancias, apretándome el corazón, me llevaron a alejarme de la profesión, para dedicar mis energías a las nobles tareas del campo, pues en muchas ocasiones hube de venir a escuchar las conferencias de esa casa y a revolver sus anaqueles pletóricos de revistas extranjeras, imposible de encontrar en otras bibliotecas, para resolver mis propios problemas. ¿Cómo pues no iba a continuar amando a esta Sociedad, madre espiritual nuestra?

La celebración de su aniversario como el que congregará tan selecta y calificada concurrencia, adquiere cada año a medida que transcurre el tiempo, mayor importancia y significación. Si dirigimos la mirada hacia el pasado notamos que es la Científica una de las pocas sociedades que subsisten, mayormente si la observación se hace a partir del año de su fundación. Guardada la debida proporción, los argentinos debemos vanagloriarnos de contar con una institución de este carácter que cumple hoy 76 años de edad con el mismo derecho qeu los españoles se enorgullecen de poseer el Tribunal de Aguas de Valencia, el más antiguo del mundo, o Francia: la Sorbona, fundada a mediados del siglo XIII, y la Academia Francesa ya muy entrado el siglo XVII. Destaco el hecho porque honra a la población

de Buenos Aires y la República toda. Es propio de países que han alcanzado un alto grado de civilización; pues no debe atribuirse únicamente a los fines elevados de la institución, o, mejor dicho, a la utilidad teóricopráctica que presta; esta subsistencia es timbre que ennoblece de manera especial a los sectores profesionales que la han defendido con sus esfuerzos y su perseverancia. Por un feliz acaso, por otra parte, ha estado la Sociedad dirigida y custodiada siempre por hombres capaces y patriotas que pusieron sus afanes al servicio de sus generosos propósitos. Si se recorre la galería de sus presidentes y nos detenemos frente a algunos al azar, leemos nombres como los de Emilio Rosetti, Guillermo Rawson, Valentín Balbin, Luis A. Huergo, Domingo Parodi, Eduardo Aguirre, Angel Gallardo, Marcial Candiotti, Arturo M. Lugones, Francisco P. Moreno, Santiago E. Barabino; y Eduardo Huergo, Nicolás Lozano, Jorge W. Dobranich, Gonzalo Bosch y José María Páez (los últimos, sin omisión, pertenecen al cuarto período), toda una tradición, como se ve, de ciencia y consagración al deber y amor a la Patria.

He procurado en tan corto número de frases, interpretar con debida fidelidad mi pensamiento en este momento solemne de la vida profesional; me considero obligado, Sr. Presidente, a estimar el beneficio moral que para nosotros comporta el recuerdo de la medalla que usted me va a entregar, que llevaré prendido en el corazón, cuanto la correspondencia nos señala una adhesión más franca a la obra que realiza la sociedad, y en esto tomo la delantera por haber vivido alejado casi 15 años; y me obligo a prestar el más decidido apoyo a todo aquello que presente como fundamental orientación la de las grandes finalidades que tuvieron los fundadores.

Es que en este centro, sensible a todos los progresos de la ciencia, por la seriedad de su labor, es digno de todo lo que se haga por él en evitación de posibles dificultades o para allegar mayores recursos en procura de nuevos rumbos sin menoscabo de los fines primordiales. Tiene una vida larga por delante cuan grande es su misión y brillante su porvenir; vida larga como la de nuestra propia nacionalidad, puesto que se ha adentrado tanto en el corazón de las clases pensantes como adheridos al suelo que pisamos están nuestros ríos y nuestras montañas. ¡Nada tiene que temer el país! ¡Sus reuniones y asambleas se realizan a campana tañida y sus ventanas se hallan abiertas a todas las corrientes del pensamiento vengan de donde vinieren, sin distinción de clases ni razas ni creencias! Sus conferen-

tados, habían sido extendidos posteriormente por Hahn, Meitner y Strassmann en 1938 y la interpretación correcta, que se trataba de una ruptura del núcleo atómico, lo que hoy llamamos fisión nuclear, formulada por Meitner y Frisch en 1939. El mismo Frisch, en un trabajo publicado en 1940 y escrito indudablemente en 1939 comentaba ya la posibilidad de existencia de una reacción en cadena del tipo de las que se producen en las pilas y bombas atómicas.

Los principios que después fueron utilizados para los diferentes sistemas de detección, de los cuales el radar es el más mencionado, eran también conocidos. En 1924, Sir Edward Appleton los empleó para la medida de la altura de la capa Heaviside.

Hubo otra gran intervención de la ciencia en la contienda pasada y fué precisamente la aplicación de los métodos científicos más rigurosos a la conducta de la guerra misma, lo que se conoce con el nombre de « investigación operacional ». Esta intervención se menciona menos porque no es tan visible como las anteriores, no reporta mayor comodidad en la vida de cada uno ni nos asegura que ésta se ha de prolongar más años que los habituales. Sin embargo fué de gran importancia y sólo puede ser realizada por hombres acostumbrados al rigor del método científico, que no se dejen llevar adelante por los entusiasmos del impulso o por la seguridad basada en la tradición que puede ser equivocada.

La investigación operacional es el estudio por métodos científicos del empleo de los armamentos y de la conducción de las operaciones militares. Ha determinado los comienzos de una teoría cuantitativa de las mismas.

Mediante su empleo se establecieron condiciones como las siguientes: cuándo un avión que había avistado un submarino debía dejar caer una carga para que esta tuviera el máximo de actividad; cuál es el número más conveniente de buques que debía formar un convoy; cuál es el tipo de formación de bombarderos más adecuada y el número de aviones que deben intervenir en un ataque?

Para dar una idea de los resultados cuantitativos obtenidos, podemos mencionar dos ejemplos. Se calculó que con un tipo de formación de bombarderos, las pérdidas por colisión en un ataque serían del uno por mil. Exactamente así resultó en un bombardeo de Colonia.

Cuando se tuvo conocimiento que el acorazado Tirpitz podía ser atacado, el servicio de investigación operacional estableció el núme-

ro de aviones que debían utilizarse, el tipo de los mismos y el número y clase de bombas que se emplearían. El resultado del cálculo fué que 30 aviones tenían la posibilidad de efectuar tres impactos, los cuales pondrían fuera de combate al acorazado. Fué exactamente el número logrado en el ataque real que se efectuó con el plan anterior.

Estos éxitos no fueron sino el resultado de aplicar a la guerra el método experimental empleado en los laboratorios e interpretar los mismos por medio del cálculo, como también se efectúa en ellos.

Menciono todos estos detalles para desvirtuar, una vez más, la leyenda que los grandes progresos científicos son el resultado de las guerras. Estas habitualmente no hacen otra cosa que acelerar la aplicación de los mismos, porque durante ellas, no se piensa en economizar sobre los laboratorios, sus equipos y los investigadores, sino que se los ayuda en toda forma.

Y quienes han estudiado con cuidado y seriedad la influencia de la guerra sobre la ciencia afirman que son muy pocos los descubrimientos básicos que durante las mismas se han hecho, que su mayor influencia es sobre los aspectos aplicados, pero como son éstos los que repercuten e inciden en especial sobre la vida de un país, el público suele tomar el efecto por causa y atribuye a las épocas de luchas internacionales virtudes que no tienen.

Sin embargo, dos guerras mundiales en medio siglo han dejado una gran lección. La lección que en materia científica y técnica no puede improvisarse, y que es necesario disponer por lo menos del personal necesario para la ejecución de los planes que se tracen. Podrán improvisarse los edificios, los equipos, los organismos, pero no podrán improvisarse los hombres que han de trabajar en ellos, porque la preparación de investigadores capaces es una tarea que requiere un tiempo determinado, y nadie adquiere esa capacidad sino mediante un entrenamiento que demanda algunos años, aunque a veces pretende estar asegurada por un título de carácter universitario producto de su curso acelerado.

Algunos gobiernos han visto la lección de la guerra última y es actualmente su preocupación el no descuidar, sino por el contrario fomentar, la formación de hombres de ciencia y de técnicos que den a los países seguridad durante la guerra y si ésta para beneficio mayor de la humanidad no se produce, serán siempre útiles para

el progreso de su patria y contribuirán a elevar el nivel espiritual y material de su pueblo.

Tenía razón el Presidente Roosevelt, cuando al crear una comisión para determinar las medidas que pueden tomarse durante la paz para asegurar la contribución de la ciencia al bienestar de la nación, escribía al Dr. V. Bush que era Director de los Servicios de Investigación Científica y Desarrollo creados durante la guerra: «No hay razón... para que las lecciones encontradas durante nuestra experiencia (en la guerra) no puedan ser utilizadas con provecho en tiempos de paz. La información, las técnicas y la experiencia logradas por los Servicios de Investigación y Desarrollo, y por los miles de hombres de ciencia de las universidades y la industria privada, deben ser empleados en los días de paz futuros para mejorar la salud de la nación, la creación de nuevas industrias productoras de trabajo y la mejora del nivel de vida del país».

La solicitud de los gobiernos por la ciencia, con la intensidad que señalan los párrafos anteriores, es cosa de nuestra época. Hasta casi comienzos de este siglo el cultivo de la ciencia era, salvo algunas excepciones, algo que dependía del entusiasmo y la voluntad personal de cada uno. Quienes lo tenían se reunieron en sociedades y academias para intercambiar ideas y dar a conocer los resultados alcanzados. Así nació en Buenos Aires la Sociedad Científica Argentina fundada por un grupo de personas que tenían confianza en el porvenir del país y con el justo sentido que el progreso estable y seguro del mismo no puede lograrse sino cuando como un resultado de su cultura llega a la creación propia en materia científica y técnica.

Al recordar un nuevo aniversario de su creación, es oportuno preguntarnos cuáles son las perspectivas actuales para que pueda desarrollarse en la República Argentina la investigación creadora.

Para la realización de la misma es necesario disponer de personal adiestrado y de los recursos materiales necesarios. Estos son de diversa clase. Hacen falta edificios donde poder instalar los equipos y material de laboratorio; es necesario disponer en estos equipos y de la documentación sobre el saber acumulado en forma de bibliotecas y archivos y si se dispone de todo, es necesario una organización adecuada que permita que la labor de los hombres que investigan dé un rendimiento adecuado en el tiempo, al dinero empleado en sostener sus estudios y a las investigaciones de capital

realizadas para construir laboratorios y proveerlos del instrumental necesario.

Si debiera hacer una gradación de estas necesidades colocaría en primer lugar a los hombres que han de trabajar y disponer de los medios para su formación, y en segundo a una organización que asegure los frutos de su trabajo. Lo demás será en el fondo un resultado de la acción de los dos términos anteriores.

Hace sonreir un poco poner en primer lugar a la necesidad de investigadores. Evidentemente sin ellos no hay estudios posibles; pero deseo colocar en primer plano la necesidad de formarlos en el país. De otra manera no se llegará nunca a asegurar un plantel científico estable ni se creará la tradición de investigación científica y técnica.

Por eso no extraña, que al informar al Presidente Roosevelt la Comisión designada, sobre la forma de proceder para llevar a cabo el programa que le indicara, señalaba que era importante la ayuda económica a los organismos destinados a la formación de hombres de ciencia y técnicos capaces, como son las universidades y los institutos tecnológicos de enseñanza, e individualmente a todos quienes teniendo capacidad para los estudios científicos y técnicos superiores, no puedan llevarlos a cabo por falta de recursos propios.

El tema se repite en el informe que sobre la ciencia y la dirección de los negocios públicos ha elevado a fines del año pasado al Presidente de los Estados Unidos su propio consejo científico asesor. Las disponibilidades de hombres de ciencia es el factor límite en todo programa de investigaciones que se formule y su formación lo primero que debe ayudarse si se quiere asegurar el porvenir científico de la nación.

Y lo encontramos también mencionado en las encuestas realizadas en Gran Bretaña y que han conducido a las mismas conclusiones. El resultado ha sido que el gobierno inglés ha ofrecido a las universidades los recursos necesarios para su expansión, a fin que pueda aumentar el número de estudiantes sin disminución de su calidad, y al mismo tiempo se ha estudiado la ampliación de un sistema de becas, para asegurar el ingreso a las escuelas superiores, a todos quienes tengan la capacidad necesaria para seguir con provecho las enseñanzas que imparten.

Si pueden formularse estos planes es porque si bien lo esporádico es el hombre genial, el investigador científico o técnico no es sino

una persona con una capacidad intelectual y una vocación que no son excepcionales y en todos los países de cultura similar el porcentaje de personas en edad para ingresar a las escuelas de enseñanza superior que pueden ser entrenados para que desarrollen su intelecto y se transformen en hombres útiles para la investigación científica o técnica es sensiblemente el mismo.

Lo que ocurre es que este porcentaje, que no es muy grande, encuentra en algunos países un medio y una organización adecuada para su formación y en otros carece totalmente de los mismos.

Existe una técnica para el entrenamiento de un joven cuya vocación lo lleva a la investigción científica y que tiene capacidad para ella. Técnica que no cuenta para los casos excepcionales, con los cuales se quiere a veces hacer doctrina, sino para los casos medios.

Los jóvenes que se encuentren en estas condiciones deberán llegar a los mayores grados que acuerda la universidad, a aquellos que se obtienen mediante la presentación de una tesis, que ya representa un trabajo de investigación y que señalará el comienzo de su entrenamiento. Continuarán realizándolo, no apartándose por dos o tres años de la universidad y actuarán un poco solamente en la enseñanza, para evitar dispersión y pérdida de tiempo de sus propios estudios de laboratorio. Cuando su vocación esté bien definida y con el juicio más maduro, partirán al extranjero a algún lugar de reputación científica indiscutida, para conocer otros ambientes, otros maestros y otras modalidades y criterios, y aprender técnicas y métodos novedosos y difíciles de adquirir por la simple lectura. Vuelto a su país después de uno o dos años de ausencia, los plazos mayores aunque aceptables no conviene que sean habituales, se le debe buscar una situación desde la cual pueda comenzar a aplicar sus conocimientos e iniciar a algún novel estudiante que como ellos tengan vocación y capacidad y desee seguir el mismo camino.

Estas normas, trazadas en forma esquemática, son diarias no sólo en los dos países nombrados sino también en otros que a veces llaman la atención por su gran producción científica en relación a su población, su extensión territorial o sus recursos económicos. Son norma en la Rusia de los Soviets, por supuesto excluyendo el viaje al exterior, aunque éste existió hace algunos años, y son norma para citar otros países en Suecia, Suiza, Francia, Bélgica o la India o en el Japón o Alemania de antes de la guerra.

Su empleo, indica que el gobierno en sus distintas esferas y el público que lo sostiene han llegado a tener plena conciencia que la formación de un investigador se realiza por un mecanismo propio, lo mismo que la del maestro, el magistrado o el oficial de las fuerzas armadas, y que si este mecanismo no se emplea, indudablemente podrán lograrse algunos resultados, pero será a costa de gastos muy grandes y se tardará mucho tiempo antes de llegar a establecer la continuidad de la investigación científica en un país.

Sólo excepcionalmente, por el juego de factores individuales y no como un resultado de la organización hemos aplicado estas normas en la Argentina. Las Universidades han otorgado fundamentalmente títulos con vistas a una aplicación profesional, aun cuando la materia no lo fuera. Es decir, que los títulos se han otorgado pensando más bien qué papel iban a desempeñar los egresados en la vida del país; serían técnicos, asesores, profesores secundarios o universitarios, pero no se los formaba como investigadores. Tal vez porque se pensaba que no tendrían en esta forma defensa en la lucha por la vida, pero ocurre que en muchas ciencias carecemos de hombres capacitados para llevar a cabo investigaciones, aunque tengamos excelentes profesores.

Aun cuando el título fuera superior, su principal misión era certificar una capacidad profesional. Como en todo, han existido excepciones, pero éstas por serlo, no hacen sino resaltar la verdad general.

Ocurre en forma tan visible lo afirmado, que en la formulación de planes de estudio realizada en los últimos años se ha expresado cada vez más el deseo de dividir ciertos estudios en dos etapas, una donde predomina el aspecto profesional, otra habitualmente posterior, donde la tendencia dominante es la formación científica. La Facultad de Medicina, por ejemplo, ha llegado a crear cátedras para graduados que no pueden ser si no centros de formación de investigadores.

Pero la creación de títulos superiores no conducirá a mejores resultados que los actualmente obtenidos, si no podemos crear la organización necesaria para dar un ambiente adecuado a quienes deseen obtenerlos. Las dos cosas están tan íntimamente vinculadas que no pueden considerarse en forma separada. No se trata de acordar un nuevo título que señale a su poseedor como capaz de aprobar exámenes más difíciles, sino de aprovechar la capacidad

que estos alumnos deben tener, para comenzarlos a entrenar, por el sistema de enseñanza y por la labor propia que deberán desarrollar, en la investigación científica.

A mi juicio éste es el punto crítico. Esto requiere una disciplina especial de parte de profesores y alumnos, requiere fondos para becas que eviten a los alumnos la dispersión en otras actividades durante esos años de formación y requieran más fondos para que los profesores puedan atenderlos continuamente. No veo realmente si podremos llegar en un futuro próximo a esta meta. Poco se puede opinar hoy de la nueva ley universitaria cuya aplicación recién comienza. Pero debe tenerse presente que si no alcanzamos esa etapa, estaremos lo mismo que en la puramente profesional, solamente que con más títulos a distribuir.

Con mentes ya bien formadas, la segunda etapa, la de permanencia en laboratorios extranjeros, hoy no es difícil lograrla. Al terminar la primera guerra casi perdimos en las ciencias básicas el contacto personal con el extranjero durante muchos años. A los primeros grupos de becados que se enviaron a Europa y todos los cuales se destacaron posteriormente por sus actividades, sucedió una época en que los viajes casi se suspendieron. Comenzaron con el tiempo a surgir iniciativas privadas y oficiales, y en realidad hoy existe la posibilidad que todo joven que haya demostrado capacidad y seriedad en su trabajo pueda concurrir a un laboratorio extranjero por la ayuda de un estipendio. Tal vez esto ocurra, harían falta las cifras para afirmarlo con seguridad, porque son pocos los que se forman y pueden aspirar fundadamente a esas becas, y es posible que si se formara un número adecuado de acuerdo a las necesidades del país, el número de becas disponibles resultara insuficiente.

Y aunque sea una disgregación, conviene hacer resaltar que hoy es más fácil disponer de becas para estudiar en el extranjero que para dedicarse a investigaciones en el país, cuando lo lógico fuera que de estas últimas existieran un número tres o cuatro veces mayor que las primeras, por ser de menor costo y porque debiendo otorgarse en los primeros años de formación, el número de candidatos es mucho mayor. Volviendo al estudioso que se ha perfeccionado en el extranjero, su vuelta al país le crea el problema de buscar un lugar de trabajo definitivo. Poco puede planearse en este sentido, muchas circunstancias determinarán el camino que ha de seguir,

pero en grandes líneas, éste lo llevará o a un cargo privado, o a un cargo oficial que podrá estar o no vinculado a la enseñanza. Si ingresa a una organización privada se perderá un poco de la acción que en el orden general podrá realizar en favor del progreso científico y técnico del país, pero sería un error considerar perdido el dinero y el tiempo empleados en su formación. Llevará a otro ambiente los hábitos de disciplina que ha adquirido, los conocimientos reunidos y sobre todo un método para el estudio de nuevos problemas cuya solución tendrá siempre, a menudo en forma no muy visible ni inmediata, una influencia benéfica en favor de la nación.

Si acepta una situación oficial, conectada o no con la enseñanza superior, entra en organismos donde debemos esperar que encuentre los medios y el ambiente adecuado para poder aplicar su capacidad de estudioso, formada a través de muchos años.

Y aquí nos encontramos de nuevo con el problema de la organización. Lo mismo que tenemos deficiencias en la organización para formar investigadores y técnicos, no tenemos una organización a mi juicio adecuada en las instituciones que deben realizar total o parcialmente investigaciones científicas o tecnológicas. Su defecto más importante es que no favorecen la concentración del personal técnico sobre los problemas que se están investigando, sino que por el contrario se facilita su dispersión.

No es raro oir a algún colega después de un viaje por países que han contribuído considerablemente al progreso científico de la humanidad, expresar su asombro por el poco número de personas que ha encontrado en laboratorios de fama mundial y la masa de resultados obtenidos, cuando entre nosotros no llegamos a esa producción aun disponiendo en forma aparente, de más elemento humano.

En la mayor parte de los casos la respuesta es la misma: por la concentración.

Nuestro medio dispersa, material y mentalmente. Nuestra organización administrativa que se encara en la misma forma para el instituto de investigaciones que para la oficina de personal, para el colegio nacional que para la universidad, no permite y hablo siempre en términos generales, la concentración mental tan necesaria, para llegar al fondo de los problemas, para penetrar en los mismos con profundidad y no superficialmente.

Los problemas que actualmente se presentan en las ciencias son de naturaleza cada vez más compleja. El número de variables que

debe tenerse en cuenta para realizar un progreso aumenta continuamente, los métodos son cada día más delicados, los aparatos de medida más precisos y requieren en muchas oportunidades el especialista para su manejo, todo determina que para la resolución de esos problemas se requiera dedicar a ellos muchas horas en el pensar y en el ejecutar.

Cuando un experimento fracasa, debe planearse otro, estudiando las modificaciones que deben introducirse para evitar un nuevo fracaso, tomar las providencias necesarias para controlar el error anterior, efectuar reuniones entre el personal que coopera en la investigación, etc. Y todo esto para hacerlo bien requiere concentración.

Es una situación muy diferente del profesional que aunque realizando una tarea delicada, debe ejecutarla continuamente, en forma de rutina diaria y obtener un resultado cuantitativo. En estos casos todo está racionalizado, desde la forma de hacer las anotaciones y los cálculos hasta la sucesión de operaciones que deben ejecutarse. En estos casos la distracción mental o material no perjudica la tarea, pero debemos tener buen cuidado de no querer extender el sistema al verdadero trabajo de investigación.

Lo mismo ocurre en las diversas jerarquía del profesorado. En la escuela secundaria no existe la necesidad de concentración, no hay problemas que resolver. Pero la situación es diferente en las escuelas superiores. El profesor debe estudiar continuamente para poder enseñar y la única forma de estudio que un profesor puede tener en materias científicas, es realizar investigación. Por otra parte, éste es el único mecanismo que le permite formar verdaderos discípulos, que prolonguen su obra y continúen con entusiasmo la misma clase de enseñanzas. La creación de cátedras con dedicación integral por parte de todo el personal de las mismas, es un progreso apreciable para poder realizar la enseñanza en el sentido anterior.

La mayor dedicación en el instituto de investigaciones o en el profesorado requiere mayores recursos. El personal que debe realizar tareas con esa condición, debe tener una mayor remuneración que el personal de rutina. No sería un privilegio sino una mayor retribución por un mayor trabajo, o por lo menos por excluir otros trabajos de su labor, única forma de asegurar su permanencia en los laboratorios y en las cátedras el tiempo adecuado para que la tarea que relice pueda representar una solución eficaz para la solución de los problemas que tienen asignados.

Creo que uno de nuestros puntos críticos para asegurar el futuro científico del país es esa carencia de organización, que en parte evita la formación de los investigadores que luego han de hacer falta y permite la dispersión de quienes tienen capacidad y vocación para serlo.

Es verdad que hay otros aspectos importantes que contemplar para asegurar la vida científica de una nación, pero son mucho más fáciles de solucionar porque son principalmente un problema de dinero, pero ni aun de cantidades considerables de dinero.

Es cierto que faltan locales adecuados en número suficiente en muchas universidades, que algunas instituciones oficiales están mal alojadas, pero en cambio, otras disponen de los ambientes necesarios y la corrección de las deficiencias no es sinó un problema de construcción y del dinero para financiarla.

Algo similar ocurre con los equipos y materiales de laboratorio. Puede haber una buena o mala distribución de los mismos, pueden incluso faltar, pero en último caso es un problema económico. Es verdad que la situación se ha agravado por las dificultades de importación y es curioso que muchos de los mejores equipos de laboratorio, que las novedades mayores se producen o nacen en buena parte en los países de monedas difíciles de obtener, como si existiera una relación entre la solidez monetaria y la capacidad científica y técnica. Sin embargo, si se llega a restablecer la productividad europea, siempre contaremos con proveedores de importancia que son al mismo tiempo grandes compradores nuestros y las sumas requeridas dentro de la escala en que nosotros podemos realizar estudios actualmente, son relativamente pequeñas.

Queda finalmente el problema de la documentación. Estábamos relativamente bien en cuanto a publicaciones de este siglo, cuando la guerra y las dificultades de cambio han comenzado a modificar la situación y a provocar una situación que se está volviendo crítica. Muchas revistas y libros publicados en Europa durante la guerra, de los cuales se dispone para consulta en numerosos países no se encuentran en ninguna biblioteca pública de la Argentina y lo que es peor, muchas publicaciones de la post-guerra se hallan en la misma situación. Siempre he pensado que para publicaciones de utilidad relativamente limitada no debíamos superponer esfuerzos y gastos y que bastaba que se dispusiera de un ejemplar en el país para declararnos satisfechos, pero de allí a carecer totalmente

de las mismas, hay una distancia grande. Es bien conocido que la adquisición de esas publicaciones se va a hacer aun más difícil a medida que transcurra el tiempo y por lo tanto no sólo es un déficit el que tenemos, sino un déficit por el cual vamos a pagar intereses.

Verdad es que las organizaciones de distribución de fotocopias y microfilms, que otros países nos permiten usar amablemente, hacen que podamos disponer, dentro de plazos relativamente breves de copias de cualquier publicación que se desee, solicitándola al extranjero, pero este recurso, aceptable y corriente para periódicos de poca circulación e importancia no puede serlo para los textos clásicos y las colecciones de revistas científicas de consulta diaria. Pero con todo, bastaría disponer de los recursos a tiempo para recuperar lo atrasado y evitar su repetición en el futuro.

¿Cuál es la situación de los demás países? En aquellos con formación similar a la nuestra la situación es semejante, salvo casos excepcionales. Estos casos excepcionales son centros aislados, con una organización adecuada a la labor científica. Así en algunos países vecinos hay institutos que funcionan con la dedicación integral de su personal, hay Facultades donde la norma es la formación de investigadores por selección y entrenamiento rigurosos.

Pero son situaciones de excepción. Bien diferente es en cambio la situación en los países que han contribuído y contribuyen en forma constante al progreso científico. Miremos primero hacia Europa para evitar la disculpa que sólo los países muy ricos pueden tener producción científica.

En general, la mayor parte de esos países tienen una buena organización universitaria que permite la ulterior formación de hombres de ciencia y técnicos con capacidad para la investigación científica. Las universidades aceptan el número de estudiantes adecuados para poder realizar una labor eficiente, y si el número aumenta, se aumenta su capacidad y no se disminuye el nivel de la enseñanza. En los años de preparación de la tesis y los que siguen, no es difícil obtener becas que permitan la dedicación integral a la labor que se realiza. El profesorado tiene también una gran dedicación con la suficiente tolerancia para poder actuar en actividades privadas, pero regido por una ética superior al reglamento escrito, que no le permite olvidar nunca sus tareas rectoras en la enseñanza y en la investigación.

En algunos países donde la moneda se ha desvalorizado mucho, los sueldos y las becas internas están desgraciadamente resultando insuficientes, lo cual ha provocado, como una necesidad para subsistir, la dispersión de las actividades y se observa en los dirigentes científicos responsables, la preocupación por arbitrar medios que eviten que quienes tienen capacidad para mejorar la ciencia y la técnica del país se diluyan en actividades rutinarias o emigren en busca de mejores oportunidades.

Al lado de los grandes centros de investigación de categoría universitaria, existen en todos esos países laboratorios de índole muy diversa donde puede ingresar el joven que ha terminado su ciclo universitario, formado por sus estudios y sus años de tesis y de trabajo ulterior.

En los países europeos hay grandes facilidades para concurrir a laboratorios extranjeros. La cercanía de los mismos hace poco costosos los viajes y variados sistemas de becas y estipendios que vienen de antiguo y a los cuales se han sumado otros nuevos, aseguran la permanencia muy modesta en los lugares de trabajo. La concurrencia a laboratorios de Estados Unidos está asegurada por la acción de las grandes fundaciones de este país, en especial la Fundación Rockefeller a las cuales se ha sumado la acción de la UNESCO. Es así como países de moneda muy depreciada y con ninguna disponibilidad en dólares han podido enviar sus mejores jóvenes a Estados Unidos y al Canadá, aunque en escala menor que a otros países, para tratar de recuperar el tiempo perdido por la guerra.

A su vuelta del extranjero no es hoy difícil conseguir en las naciones europeas de gran desarrollo científico, situaciones oficiales o privadas que permiten la aplicación ulterior de los conocimientos adquiridos y la ulterior evolución intelectual de los hombres de ciencia. Se mantienen numerosas organizaciones del estado o semiestaduales o aun privadas, destinadas a resolver problemas científicos y técnicos y se invierten considerables sumas de dinero en lograr su solución. Se abren las perspectivas de una carrera que asegura una vida, que si no es de lujo, es por lo menos confortable, con la seguridad de un nivel adecuado para la familia y de la educación futura de los hijos.

Consideremos la situación de Gran Bretaña. Los institutos científicos en los cuales se puede trabajar son relativamente numerosos. Dejando aparte aquellos de índole universitaria, los gastos del go-

bierno destinados a la investigación se invierten bajo cuatro grandes rubros: las fuerzas armadas, el ministerio de agricultura y los laboratorios dependientes del Departamento de Investigaciones Científicas e Industriales y del Consejo de Investigaciones Médicas.

La mayor parte de los laboratorios de ciencias básicas y los tecnológicos que no se refieren a agricultura o a medicina dependen del Departamento de Investigaciones Científicas e Industriales. Fué un producto de la primera guerra mundial y por lo tanto podría calificarse como joven, medido por los años de vida de otras instituciones inglesas, pero los resultados de su actividad son dignos de estudio.

Aparte de otorgar becas y financiar estudios especiales, del Departamento dependen los dos grandes laboratorios de física y de química del gobierno inglés que efectúan estudios fundamentales y de aplicación, el laboratorio de caminos, el de investigación de alimentos, de combustibles y de productos forestales para mencionar sólo los más importantes. Pero el Departamento sostiene a medias con la industria, laboratorios de investigación de tipo cooperativo la mitad de cuyo presupuesto viene de fuente privada y la otra mitad de fuente oficial. La administración es exclusivamente privada y no es obligatorio la adhesión de todos los industriales.

Existen unas 25 instituciones de esta clase que comprenden otras tantas ramas industriales. Varían desde laboratorios de gran importancia como el que sostenía la industria del carbón, antes de la nacionalización, el de la industria eléctrica o la del algodón con presupuestos anuales de tres a cinco millones de pesos de nuestra moneda hasta aquellos dedicados a estudiar los problemas de la industria del calzado o de la bombonería cuyos módicos gastos anuales que alcanzan a 250.000-300.000 pesos.

Estas instituciones que por su vinculación con la industria realizan principalmente estudios de aplicación, han efectuado sin embargo investigaciones de carácter fundamental y lo han hecho porque es ya aceptado por todos que no puede existir investigación aplicada continuada sin que esté nutrida por estudios de naturaleza teórica. Así, del laboratorio sostenido por la industria del caucho han salido trabajos sobre la teoría termodinámica de su estabilidad y estudios sobre la naturaleza cinética del proceso de su oxidación y en el instituto donde cooperan las industrias de la lana se han encontrado métodos de análisis de proteínas totalmente novedosos

que han permitido conocer con más seguridad su constitución. Al lado de estas instituciones existen en Gran Bretaña numerosos laboratorios industriales absolutamente privados. La industria ha reconocido la importancia de la investigación para su futuro progreso, y la fomenta, mediante ayuda económica a la que se realiza en las universidades, por las instituciones cooperadoras y en sus propios laboratorios. Se ha calculado que en el corriente año se gastarán 40 millones de libras en el mantenimiento de estos últimos que tendrán 10.000 personas trabajando.

Tal importancia se ha dado en Gran Bretaña a la investigación en todos sus aspectos y a la importancia de su dirección, que preocupado su gobierno por la dedicación cada vez mayor, por personas de gran capacidad científica, a la industria privada, restándolos a la actividad oficial, designó un Comité especial (Barlow Committee) para que estudiara la situación. En su informe al Parlamento este Comité recomendó y fué aceptado, un tratamiento excepcional para los hombres de ciencia de primera línea. Propuso la creación de cargos con remuneración especial para los mismos. Los cargos se crean para determinadas personas y pueden desaparecer con ellas.

También aceptó el gobierno el establecimiento de un escalafón especial dentro de la administración que permita el progreso rápido de investigadores científicos jóvenes, mediante la creación de una junta de clasificación interministerial que asesoraría en cada caso. Las últimas noticias que se tienen es que ambos mecanismos comienzan a aplicarse.

En todas estas consideraciones no se incluyen las sumas gastadas en el estudio de la fisión nuclear y utilización de la energía atómica. Gran Bretaña, públicamente al menos, ocupa el segundo lugar en estas investigaciones. Dos pilas atómicas ya funcionan en el país y producen isótopos radioactivos para efectuar estudios diversos. La rapidez con que han obtenido estos resultados habla claramente de las disponibilidades en hombres de ciencia especializados y confirma la buena organización para la obtención de resultados. Esta situación especial de Gran Bretaña en Europa ha sido públicamente reconocida por funcionarios de otros países, interesados en la producción de energía atómica.

De los países americanos, Estados Unidos es el más desarrollado en la formación científica. Comenzó antes que los demás y una evolución económica de características especiales, unido a ciertas con-

diciones propias del medio, determinó la formación de núcleos científicos y técnicos creadores, en forma bastante rápida, los cuales contaron con la ayuda material necesaria.

Para organizar la formación científica de sus jóvenes, Estados Unidos adoptó en un comienzo la organización europea. Lo hizo de dos maneras: contratando numerosos profesores de ese continente y dándoles facilidad para el trabajo y enviando a los laboratorios del viejo mundo innumerables becados. Unos y otros indujeron a la adopción del sistema que en materia científica había dado mejores resultados. Concentración en los profesores y alumnos, posibilidad de entrenarse en la investigación, primero en el país, luego en el extranjero, organización adecuada para el trabajo científico en los institutos dependientes de los diversos ministerios.

La primera guerra mundial determinó una primera floración de la ciencia y técnica americana, que permitió en el período posterior a 1918 un crecimiento cada vez mayor de la misma, para llegar a su máximo durante la última guerra. Sin embargo, los dirigentes científicos americanos, si es que podemos darles este nombre, no están contentos con la situación actual. Mientras todos reconocen la capacidad del país en la aplicación de la ciencia y la técnica, a la producción en gran escala, y la bomba atómica no es sino un ejemplo, señalan en cambio que en algunas zonas de la ciencia, son muy pocos los descubrimientos de carácter fundamental realizados en Estados Unidos, cosa que les preocupa enormemente, pues se reconoce sin discusión que no hay progreso ni científico ni técnico, sin un equipo trabajando en investigaciones básicas, cuyos resultados son los que determinarán ulteriores progresos.

Y esto sólo puede remediarse formando personas capaces de actuar en los campos donde actualmente hay déficit de investigadores.

Además, lo mismo que para los demás países, prevén unos requerimientos futuros en personal científico y técnico, superior al que producen las universidades actuales. Para asegurar el crecimiento de las mismas, y la concurrencia a ellas de todos quienes tengan capacidad para seguir una carrera científica o técnica, desde hace un par de años se está gestando una ley por la cual se invertirán con esos fines más de cien millones de dólares. Si unimos a éstos los fondos del gran número de fundaciones existentes, las donaciones continuas de particulares y de la industria, parece estar asegurada la formación de hombres de ciencia en los próximos cinco años.

Durante el año 1947, la comisión científica asesora del Presidente ha calculado que se invertirán en todo el país 110 millones de dólares en investigaciones de naturaleza básica, sin perspectivas de utilización inmediata y más de mil millones en investigaciones aplicadas. No se incluyen en estas cifras los gastos para estudio y aplicación de la energía atómica que suman otro tanto. Piensa sin embargo la comisión que en el término de diez años, para 1957, esas cifras deben doblarse.

Con esta inversión, en los Estados Unidos no constituye un problema, teniendo capacidad, encontrar lugares de trabajo en laboratorios dedicados a la investigación.

Consideremos ahora cómo se encara el progreso científico en un país alejado por temperamento, y tradición cultural y política de Gran Bretaña y Estados Unidos. Veamos la situación en Rusia. La mayor parte de estos datos han sido tomados del libro de Ashby: «Scientist in Russia» que es del mayor interés. Ashby es un distinguido botánico, profesor de la Universidad de Manchester. Teniendo el mismo cargo en la Universidad de Sidney, en Australia, fué enviado a Moscú como agregado científico a la Legación de este último país. Aparte de lo que ha podido observar, fundamenta siempre su información en citas de publicaciones soviéticas. Si no fuera por la enseñanza obligatoria de la filosofía política que guía al gobierno ruso, y por la constante prédica proselitista que se efectúa entre los estudiantes por organizaciones variadas, la educación en Rusia no se aparta mucho de los países ahora llamados occidentales. En un comienzo, en la euforia de la revolución de octubre, se implantó un sistema libérrimo de enseñanza, totalmente gratuita, sin exámenes, sin castigos, con clases comunes a ambos sexos y donde los maestros actuaban con gran libertad.

La experiencia demostró que desgraciadamente los conceptos teóricos no son a veces aplicables cuando se quiere realmente gobernar. Hoy las condiciones han cambiado, hay exámenes, se paga para recibir determinadas enseñanzas, los sexos están separados y la disciplina es bastante severa. Los institutos de altos estudios no han escapado a la reforma. Todos ellos limitan el número de alumnos a la capacidad para enseñar, y exigen un determinado pago, aunque el gobierno acuerda becas que alcanzan a cerca del 90 por ciento de los estudiantes. Los primeros años universitarios van acompañados de una seria disciplina. La asistencia a clase es obligatoria

y la realización de trabajos en casa de tipo « deber », una condición importante para la aprobación. En los años superiores la enseñanza se hace más personal, el estudiante es dirigido más directamente por los profesores y puede colaborar en alguna investigación original. Las Universidades han conservado en Rusia la tradición de enseñar e investigar común a todas las universidades europeas. Todavía en 1945, el Rector de la Universidad de Moscú, I. S. Galkin, señalaba que « la unidad entre el trabajo de enseñanza y el de investigación, es lo que distingue una Universidad de otras instituciones de altos estudios. La Universidad es una especie de combinación orgánica entre una escuela y un instituto de investigaciones ».

Después de los cinco años universitarios, quienes se considerán capaces para la investigación científica, deben seguir dos años más de estudios y presentar una tesis. Si ésta es aprobada, recién entonces se considera que pueden aspirar al grado máximo de Doctor, que requiere la realización de trabajos propios de investigación para obtenerlos. Durante todo el tiempo que están dedicados a estos estudios del segundo ciclo universitario, los estudiantes perciben un sueldo del Estado. Aunque fundada en una filosofía diferente a la de otros países, la formación de un hombre de ciencia sigue en Rusia los mismos pasos: cuidar al que tiene capacidad para serlo y evitar que se pierda en otras tareas.

Posteriormente a la obtención del título de Doctor, la carrera se puede continuar, ingresando a alguno de los numerosos institutos de investigación que el país posee. Estos están en su mayor parte bajo la dependencia de la Academia de Ciencias, el Ministerio de Agricultura o el Ministerio de Salud Pública. Estos dos últimos tienen la supervisión del trabajo científico vinculado a sus actividades y la Academia de Ciencias, continuadora directa de la fundada por Pedro el Grande en 1725, ya que precisamente el Gobierno del Soviet festejó con gran pompa en 1945 su 220 aniversario, posee la dirección de la investigación científica no sólo en las ciencias naturales sino también en las ciencias del espíritu: literatura, filosofía, historia, economía, etc.

La Academia está formada por doce divisiones que entre todas comprenden 57 institutos de investigación, y además laboratorios, museos, jardines botánicos, observatorios astronómicos, etc. En estos institutos la organización no parece tan eficiente como en otros países. Un exceso de burocracia y de controles los hace lentos. La

forma de trabajar permite además una dispersión de la actividad de los investigadores que les disminuye la eficiencia. Según Ashby, algunos decretos del gobierno dados a conocer durante el último tiempo de su estada en Rusia, tendían a corregir algunos de estos defectos al prohibir la acumulación de cargos y salarios.

Como puede observarse, el panorama es relativamente similar, la tendencia la misma, en tres países de diferente formación y evolución histórica.

¿Qué actitud puede adoptar un país como la Argentina, relativamente joven y con la población actual y los recursos naturales de que dispone? A mi juicio, asegurar la formación seria en las universidades de sus futuros hombres de ciencia y técnicos y organizar sus institutos de investigación para obtener los mayores rendimientos. Hay que tener siempre en cuenta que el futuro demandará un número cada vez mayor de los mismos.

Se conocen los mecanismos que conducen a estos resultados, es necesario adaptarlos al medio y eplicarlos. Si así no ocurre, si deseamos progresar, deberemos contratarlos en otras partes, tal como ahora se está haciendo. En este programa cabe un papel a todos quienes se interesan por el futuro de la nación. A los hombres y a las instituciones. Estas últimas suelen condensar la voluntad y la opinión de los primeros, y pueden desempeñar una función de importancia.

Las que tienen el carácter de la Sociedad Científica Argentina, pueden servir de intermediarias entre quienes trabajan en el laboratorio y los organismos oficiales y privados interesados en apoyar ese trabajo, pero que a veces no tienen el tiempo, la organización o la agilidad adecuada para hacerlo.

Como muchas sociedades con el mismo carácter, la Sociedad Científica Argentina, disponiendo de los recursos necesarios, podría subvencionar desde la instalación de un equipo costoso indispensable que no exista en el país y que puede ser utilizado por todos los investigadores, hasta facilitar la pequeña compra de elementos cuya falta impide terminar un trabajo, y más aún, mediante un adecuado sistema de becas y subsidios facilitar a los jóvenes capaces su concentración en los temas que están estudiando y su concurrencia a laboratorios nacionales o extranjeros de categoría científica reconocida.

Los resultados de una actividad de esta clase nunca se observan de inmediato, pero quienes no tengan impaciencia, que en estas materias no conduce nunca a resultados positivos, podrían observar que si la obra de la Sociedad Científica Argentina ha merecido hasta ahora el elogio de quienes la han seguido de cerca, la realización de una labor como la apenas esbozada, que sólo podrá realizar con el apoyo de todos, comprometería sin embargo la gratitud ciudadana.

SECCION CONFERENCIAS

LAS VERDADERAS CAUSAS DE LA RENUNCIA DE SAN MARTIN DESPUES DE GUAYAQUIL

POR

ENRIQUE DE GANDIA

Conferencia pronunciada en la Sociedad Científica Argentina, el 16 de Junio de 1948.

Hace más de un siglo que historiadores de América y Europa discuten las causas de la renuncia de San Martín. Pasar en revista todas las opiniones que se han emitido sobre este problema equivaldría a exponer las ideas históricas de los autores más encumbrados y de sus simples repetidores. La renuncia de San Martín es, en su categoría, un caso único en la historia de América. El aparente misterio en que se vió envuelta la hizo parecer algo inexplicable. Los contemporáneos del gran General la creyeron originada por las causas más diversas. Los estudiosos que buscaron razones en los archivos fortificaron esas dudas con elementos aislados, que aumentaron los errores y las dificultades. El daño más grande que hizo a la historia de este problema es el uso equivocado de ciertos documentos. Interpretaciones antojadizas, fundades en papeles sueltos, mal leídos y peor comprendidos, han creado leyendas, odios y obscuridades innumerables. Digamos, desde un principio, que ha faltado un método para encarar este estudio y que, por tanto, las conclusiones han sido siempre, fatalmente, erradas. Unos investigadores han hecho la historia sólo con documentos sanmartinianos; otros la han hecho con documentos bolivarianos; unos terceros han acudido a neutrales y unos cuartos se han fundado, como dijimos, en sus propias deducciones. La falta de coordinación ha hecho caer en incomprensiones absurdas. Hombres de indudable honradez espiritual se han empeñado en el sostenimiento de teorías que creyeron patrióticas y que han sido y siguen siendo bochornosas para el Gran

Capitán. Por otra parte, un mal entendido amor propio ha arrinconado, a ciertos historiadores, en afirmaciones que los últimos conocimientos históricos no permiten seguir sosteniendo. La vanidad y la petulancia han hecho, asimismo, un daño anorme a los estudios sanmartinianos y bolivarianos. Aunque el hecho parezca increíble hay instituciones en las cuales la libertad de opinar no existe y el historiador que descubre papeles nuevos o alcanza resultados críticos que modifican viejas teorías debe renunciar o es expulsado. Las persecuciones rastreras y todo género de malas artes no son descuidadas por estos pequeños grupos que creen poder inmovilizar errores frente al avance constante de la crítica. El resultado final es que las luchas entre los auténticos investigadores y los tradicionalistas de la mentira y de la calumnia ahogan, a veces, descubrimientos notables y dejan en pie teorías falsas, fomentadas a propósito para mantener vivos los odios a determinada nación, la antipatía hacia ciertos personajes históricos, un desconcierto general en este género de estudios y una imaginaria autoridad historiográfica de individuos que carecen de todo mérito intelectual. Pero cuando estas instituciones, funestas para los estudios históricos, y estos historiadores, sólo especializados en hacer malas copias, se enfrentan con quienes saben llevar adelante la búsqueda de la verdad y alcanzan y demuestran, por encima de todos los obstáculos, la endeblez de errores centenarios, y academias y sociedades realmente cultas, abiertas a los auténticos investigadores, ofrecen sus tribunas a todo debate que tenga por fin el enaltecimiento de los grandes hombres argentinos y americanos, sobre la base de la gloria más pura e indiscutible, las aves negras que tratan de sembrar odios y de conservar, perpetuamente, errores vergonzosos, levantan sus vuelos hacia otras sombras y la verdad irradia sus luces como la antorcha simbólica de las alegorías inmortales.

Debemos citar, entre las grandes instituciones que han buscado y sostenido el triunfo de la verdad en nuestra historia argentina y americana, la antigua Junta de Historia y Numismática Americana, hoy Academia Nacional de la Historia, la Sociedad Científica Argentina, el Instituto Sanmartiniano, la Sociedad Bolivariana, el Instituto Belgraniano, el Instituto Histórico de la Independencia Americana, el Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades, la Asociación Argentina de Estudios Históricos, el Instituto de Historia de las Ideas, el Centro de Historia Mitre, otras instituciones meno-

res y algunas que, por desgracia, han desaparecido o ya no son lo que fueron en sus primeros tiempos.

El tema de la renuncia de San Martín ha sido objeto, últimamente, de discusiones conocidas y otras que no han llegado al público. Algún día referiremos los entretelones de una discusión interna, en una determinada sociedad, que es un verdadero oprobio para quienes, sin más razones que el odio a naciones amigas, han pretendido negar hechos y documentos incuestionables. La historia es hermosa cuando se investiga en el silencio de los archivos y los papeles descubren verdades ignoradas, que permiten contemplar a los seres del pasado con colores nuevos y las estatuas parecen sonreir en la complacencia de que alguien haya podido llegar a su corazón; pero es ingrata, dura y cruel, cuando el agoismo, la vanidad y el capricho llevan a ciertos hombres a encerrarse en negaciones intolerantes, que no admiten nuevas luces. En este caso, que por el momento sólo citamos como ejemplo, sin mencionar, de lástima, a nuestros contrarios, la polémica nació del encuentro de dos teorías. Una era la teoría clásica, forjada en épocas de intensos odios internacionales, cuando las interpretaciones históricas eran dominadas por criterios románticos, que oponían a los héroes como a paladines antiguos, y el conocimiento de los archivos se hallaba en sus principios. La otra era una teoría nueva, que Ricardo Rojas esbozó, por primera vez, en *El Santo de la Espada*, aparecido en Buenos Aires en 1933; que nosotros completamos, con demostraciones definitivas, en una conferencia auspiciada por la Sociedad Bolivariana, en el Círculo Militar, de nuestra ciudad, en 1947, y que el propio Rojas amplió poco tiempo después. Esta tesis se opone a la antigua en la recta lectura e interpretación de documentos ignorados en otras épocas, levanta a San Martín de la condición inferior en que la tesis tradicional lo había colocado y demuestra que Bolívar no merece ningún odio, por parte de los argentinos, en lo que respecta a sus relaciones con nuestro San Martín. La tesis tradicional hoy resulta una tesis antiargentina, errónea y anticuada. Es antiargentina porque disminuye y falsea la personalidad del Gran Capitán, es errónea porque se funda en interpretaciones incuestionablemente equivocadas y es anticuada porque desde los años en que comenzó a circular se han descubierto documentos que la superan en todos sus detalles. Empeñarse en el sostenimiento de esta tesis es causar un daño moral enorme a San Martín, fomentar odios his-

tóricos e internacionales que no tienen razón de existir y demostrar, en particular, una ignorancia y una testarudez dignas del más profundo desdén. La tesis nueva es la última palabra de las investigaciones históricas y del exacto análisis de todos los documentos conocidos. Hoy se hallan frente a frente estas dos teorías y los historiadores honrados sólo tienen un camino que elegir. En efecto: la tesis antigua sostenía que San Martín había pedido un refuerzo de hombres a Bolívar para poder seguir combatiendo y que Bolívar, egoísta y envidioso, a pesar de poder proporcionarle cualquier número de refuerzos, se los había negado, para que San Martín no alcanzase nuevas glorias; que entonces, el mártir argentino había llegado a la humillación de ponerse a las órdenes de Bolívar, a fin de seguir luchando en contra de los españoles; que Bolívar había rechazado el ofrecimiento, por temor a que lo suplantase, y que San Martín, sin hombres, por culpa de Bolívar, desairado y humillado, había debido renunciar para dejar el campo libre a la ambición de Bolívar y evitar una guerra civil. La renuncia de San Martín era algo sublime y a la vez algo impuesto, algo que había debido hacer porque no le quedaba otro remedio. Aparecía como el vencido, y Bolívar, como el vencedor; pero un triste vencedor, egoísta, ambicioso y antipatriota. Se advertía en esta tesis la influencia de los dramones clásicos de aquellos tiempos, de traidores y de inocentes. Bolívar recibía todo el odio de los argentinos, y San Martín, todo el desprecio de los venezolanos. Era lógico que existiesen polémicas e incompresiones cada vez más profundas. Los sostenedores de estos despropósitos se basaban, entre otros documentos, en una lectura equivocada de una carta escrita por San Martín a Bolívar, poco después de la entrevista de Guayaquil, y publicada por Gabriel Lafond en vida del primero. Creyeron que San Martín había pedido hombres a Bolívar y que Bolívar sólo le había ofrecido mil setecientos. Algunos historiadores bolivarianos, al comprobar, de un modo perfecto e indiscutible, que San Martín no pidió en ningún momento hombres a Bolívar para continuar la guerra, llegaron a sostener que la carta publicada por Lafond era falsa. La polémica en torno a la autenticidad de esta carta ha separado aún más profundamente los ánimos y los entendimientos. Nosotros hemos demostrado críticamente, con el análisis ideológico de esta carta y su comparación con las ideas de San Martín contenidas en otras cartas suyas, que la misiva impresa por Lafond es

incuestionablemente de San Martín, auténtica en todos sus términos y conforme con lo que expresó San Martín a Miller, a Castilla y a Guido y lo que dieron a conocer el propio Bolívar y su secretario. Antes de nuestra demostración se quiso probar igualmente la autenticidad de la carta de Lafond por medio del testimonio de Sarmiento, que la copió de Lafond y la reimprimió en uno de sus escritos; pero este testimonio, aunque contaba con la aprobación del propio San Martín, podía alegarse que no era de suyo decisivo. Por ello buscamos las pruebas de la autenticidad de la carta de Lafond en la palabra del propio Bolívar y pudimos comprobar, con emoción y alegría, que era el mismo Bolívar quien demostraba, brillantemente, la autenticidad de esa carta. La historia argentina nos debe esta conquista crítica, inatacable e indestructible, pues está fundada en los testimonios coincidentes de San Martín y Bolívar; pero, al mismo tiempo que nos enorgullecemos de esta demostración que termina para siempre con un problema de crítica documental, declaramos que la carta de Lafond no es ninguna columna vertebral de la historia sanmartiniana, como alguien ha dicho, enfáticamente, sino de uno de los tantos documentos del Archivo de San Martín que nada agrega ni nada quita a la gloria y al conocimiento de los detalles más insignificantes de la vida del Gran Capitán. Más aún: esta carta, mal leída, ha sido causa del desentendimiento y del odio que ha separado, desde hace un siglo, a los historiadores sanmartinianos y a los historiadores bolivarianos. La ayuda de otros documentos ha enseñado a leer correctamente esta famosa carta y por fin se ha advertido que en ella no se habla propiamente de un pedido de hombres, para seguir combatiendo, San Martín por una parte, y Bolívar, por la otra, sino de algo más lógico y más importante: la unión de los ejércitos del Perú y de Colombia, para hacer frente, unidos, a los últimos españoles absolutistas que resistían en América. Esto es lo que realmente propuso San Martín a Bolívar y sostenemos Rojas y nosotros frente a la negación de viejos repetidores, que se empeñan en seguir presentando a San Martín como a un hombre débil que sucumbe ante la ambición de Bolívar o se sacrifica para no producir una guerra civil. San Martín se alejó convencido que Bolívar habría podido acceder a su deseo. Así lo expresó al capitán Lafond. Los sentimientos de San Martín en este instante no deben interesarnos. La historia nos hace saber que Bolívar no pudo obrar de otra manera

porque el hecho debía resolverlo el Congreso y él no lo dominaba.

El conocimiento de lo que trataron San Martín y Bolívar en la entrevista de Guayaquil es un misterio que hoy puede considerarse descifrado. Ningún documento demuestra que en ella se hayan tocado, con posibilidades de implantación, planes monárquicos. Por el contrario: consta que San Martín no fué un auténtico monárquico y se conservan declaraciones de Bolívar en que sostiene que San Martín aludió a la monarquía como a una fórmula o promesa para obtener ciertas ventajas. El problema territorial de Guayaquil o la anexión de esa ciudad al Perú, que muchos historiadores atribuyen a San Martín, tampoco fué objeto de conversaciones. San Martín sostuvo siempre que la ciudad debía resolver por sí misma ese problema y así lo reconoció Bolívar al repetir las palabras de San Martín. El verdadero motivo del viaje de San Martín y de la conferencia de Guayaquil fué la unión de los ejércitos del Perú y de Colombia. Esta es la única verdad y ella es nuestra tesis. Quienes sostengan lo contrario que lo demuestren con documentos claros y no con suposiciones pueriles. En cuanto a las razones que decidieron la renuncia de San Martín no podemos seguir afirmando que se deben a la intransigencia de Bolívar. Hemos demostrado en más de una oportunidad que San Martín no amaba la política, no podía seguir gobernando en el Perú, había prometido a muchas personas, solemnemente, renunciar al mando antes de un año, y cuatro meses antes de partir para Guayaquil ya tenía planeada la forma en que haría su renuncia.

En torno a estos problemas y a estas demostraciones se ha de desarrollar nuestro estudio.

La renuncia de San Martín, después de la entrevista de Guayaquil, no fué un acto improvisado ni obedeció a causas repentinas. Todos los historiadores, sin excepción, que han abordado este problema, lo han hecho, a nuestro entender, con criterios equivocados. Unos achacaron la culpa a Simón Bolívar. Otros atribuyeron a San Martín una inconcebible debilidad. Nuevos intérpretes piensan que el problema no es humano, sino geográfico y buscan en cuestiones de límites y ambiciones territoriales las causas que sólo se hallan en la política y en la psicología. Una documentación discutida, sobre la cual aun habrá largos debates, parece demostrar un propósito de renuncia, en San Martín, anterior a su encuentro con Bolívar. Esta documentación, que nosotros no utiliza-

mos en ningún instante, viene a coincidir, en sus líneas generales, tachadas de falsas, con lo que la historia demuestra de un modo que no admite dudas. Iremos por partes. Nosotros sostenemos, antes de entrar en materia, que San Martín y Bolívar fueron los héroes más grandes del mundo, que más se complementaron y que más se amaron. No son hiperbólicas nuestras palabras. Sus escenarios fueron superiores, por su grandeza, a todos los escenarios de todas las luchas de la humanidad. Sus ideales fueron más nobles, por su excelso amor a la libertad, que los ideales anteriores y posteriores, de todas las guerras, inspirados en la conquista y en la venganza. Y su recíproco amor de compañeros inmortales en la guerra y en la gloria duró lo que duraron sus vidas. Es una leyenda y una calumnia la afirmación de que Bolívar determinó con su actitud, en Guayaquil, la renuncia definitiva de San Martín. La idea de abandonar estas tierras si la lucha por la libertad se convertía en una lucha de ambiciones políticas hallábase arraigada en el espíritu de San Martín largo tiempo antes de la entrevista de Guayaquil y de los mismos sucesos peruanos. No fué, por tanto, como generalmente se cree, un efecto de la entrevista, sino un principio moral que acompañó toda su vida al Gran Capitán. Esta teoría no nos es difícil documentarla. El 10 de septiembre de 1816 San Martín empezó por declarar « que si el Congreso (de Tucumán) se deshace, yo me voy en el momento a mendigar a cualquier otro país antes que ser testigo de su deshonor y su muerte ». Juan Martín de Pueyrredón escribió a San Martín el 2 de enero de 1817 y le dijo: « Yo confío que no será necesario que usted se retire a limpiar botas a un país extranjero, porque hemos de establecer el orden en el nuestro o ha de cargar el diablo con todos los que lo amamos ». La política, no obstante, amargaba las almas y las intenciones de aquellos hombres. Un grupo de emigrados en Montevideo, entre los cuales se hallaban hombres de la Junta del 25 de Mayo, como Juan Larrea, atacaba a Pueyrredón y, de reflejo, a San Martín. Los padres de la patria estaban separados por odios personales y por principios políticos. San Martín harto de los ataques que llegaban desde el refugio del Uruguay, volvió a insistir en sus deseos de renunciar. Larrea, Alvear, Murguiondo y el chileno Carrera acusaban a San Martín y a Pueyrredón de ser masones y gobernar por medio de logias. El 16 de septiembre de 1818, Pueyrredón pidió resueltamente a San Martín que abandonase sus

ideas de renuncias: « Por lo demás — le dijo — dejémonos ahora de renuncias, que si fué disculpable la de usted por las circunstancias, no lo es ya habiendo variado, y porque también juro a usted por mi vida y por los deberes de nuestra amistad, que si usted llegase a obstinarse en pedirla, en el acto haré yo lo mismo, y se vendrá por tierra toda nuestra obra: tenemos aún algo que sacrificar, y es preciso hacerlo ». Los hechos y la política se encargaron de deshacer la amistad de San Martín y Pueyrredón y Sarratea separó, silenciosamente, también a Pueyrredón y a San Martín, que siempre cuidó la amistad de Sarratea. Pueyrredón marchó al destierro por una orden que le comunicó su antiguo amigo, el glorioso Presidente de la Junta del 25 de Mayo, don Cornelio de Saavedra, el 31 de enero de 1820. La anarquía hacía encadenar a Belgrano, desterrar a Pueyrredón y volver, para tristes misiones, a los hombres de Mayo.

San Martín pasó su vida entera ansiando un descanso o luchar contra los absolutistas españoles, para dar, definitivamente, la libertad a América. Es preciso compenetrarse a fondo de esta ilusión constante, de este fin único de San Martín, para comprender sus actos más trascendentes. Cuando se hallaba en Chile sentía nostalpaís, tristezas y desagrados. « Me hago violencia en habitar este país — le escribía a Godoy Cruz —. En medio de su belleza, todo me repugna en él: los hombres, en especial, son de un carácter que no confronta con mis principios y aquí tiene un disgusto continuado que corroe mi triste existencia ». Lo que sucedía era que San Martín se hallaba en Chile dolorosamente enfermo. Un viajero inglés, Samuel Haigh, lo reconoció dificultosamente. « Encontré el héroe de Maipú en su lecho de enfermo y con aspecto tan pálido y enflaquecido, que a no ser el brillo de sus ojos, difícilmente le habría reconocido ». A tanto había llegado el pobre San Martín. « Me recibió con una sonrisa lánguida y extendió la mano para darme la bienvenida ».

La anarquía de 1820, que hizo aprisionar a Belgrano, cayó sobre San Martín con todas sus infamias. El mismo San Martín recordó, años después, que « la calumnia trabajaba contra mí con una perversa actividad; pero buscaba las tinieblas porque no puede existir delante de la luz. Hasta el mes de enero el general San Martín merecía el concepto público en las provincias que formaban la Unión y sólo después de haber triunfado la anarquía ha entrado

en el cálculo de mis enemigos el calumniarme sin disfraz y reunir sobre mi nombre los improperios más exagerados». Sabido es que se le llamó ladrón y traidor a la Patria. No es extraño que antes de emprender su gran empresa haya dicho a su amigo don Tomás Godoy Cruz: «Voy a hacer el último esfuerzo en beneficio de América. Si esto no puede realizarse por la continuación de los desórdenes y anarquía abandonaré el país, pues mi alma no tiene temple para presenciar su ruina». Son palabras que los historiadores no deben olvidar si quieren comprender el íntimo misterio de la futura renuncia de San Martín. Más se penetra en los escritos de San Martín y más se llega al convencimiento de que deseaba libertar a los pueblos para que se gobernasen a sí mismos y él poder retirarse al descanso. No amaba la política, sino la guerra, y amaba la guerra, no como fin, sino como medio para que los pueblos oprimidos disfrutasen de libertad. Es por ello que no quiso conquistar Lima a mano armada y esperó que ella misma, después de meditar sobre su futuro, le abriese las puertas. Este hecho es otra explicación de sus acciones que conviene tener muy presente para comprenderlas en su verdad. El capitán inglés Basil Hall oyó a San Martín esta declaración:

«La gente pregunta porqué no marcho sobre Lima al momento. Lo podría hacer e instantáneamente lo haría si así conviniese a mis designios; pero no conviene. No busco gloria militar, no ambiciono el título de conquistador del Perú: quiero solamente libertarlo de la opresión. ¿De qué serviría Lima si sus habitantes fueran hostiles en opinión pública? ¿Cómo podría progresar la causa independiente si yo tomase Lima militarmente y aun el país entero? Muy diferentes son mis designios. Quiero que todos los hombres piensen como yo, y no dar un solo paso más allá de la marcha progresiva de la opinión pública. Estando ahora la capital madura para manifestar sus sentimientos, le daré oportunidad de manifestarlos sin riesgo».

Los propósitos de Sn Martín, en la conquista del Perú, no eran otros, como dijimos, que darle la libertad y dejarlo en condiciones de gobernarse a sí mismo. Una vez logrado este ideal, nada le quedaba que hacer en el Perú y esperaba que se realizase para retirarse. No son palabras o deducciones nuestras, sino confidencias del propio San Martín a Basil Hall: «Todo mi deseo es que este país se maneje por si mismo y solamente por si mismo. En

cuanto a la manera como ha de gobernarse, no me concierne en absoluto. Me propongo únicamente dar al pueblo los medios de declararse independiente, estableciendo una forma de gobierno adecuada, y verificado esto, consideraré haber hecho bastante y me alejaré». La independencia del Perú fué jurada el 28 de julio de 1821. Con este juramento, San Martín veía logrado su gran propósito. En realidad, ya nada le quedaba que hacer en el Perú, salvo ponerlo en condiciones, rápidamente, de gobernarse a sí mismo. El retiro, tan soñado, lo esperaba. Es siempre San Martín quien nos dice estas cosas. En carta a O'Higgins le escribe: «El Perú es libre» y «Preveo el término de mi vida pública y voy a tratar de entregar esta pesada carga a manos más seguras y retirarme a un rincón a vivir como hombre». Su plan de renunciar cuanto antes al gobierno del Perú, no bien estuviese este pueblo en condiciones de gobernarse a si mismo, fué expresado por San Martín a sus íntimos amigos y al pueblo mismo en una proclama del mes de agosto de 1821: «Arrojados los enemigos de este país, yo descenderé a la simple clase de ciudadano, depositando el destino del Perú en las manos de su Congreso soberano». Ricardo Rojas ha sido el primero en señalar el hecho notabilísimo de que San Martín cumplió todas sus promesas. Nosotros lo hemos demostrado frente a la incredulidad ignorante de quienes se empeñan en atribuir la renuncia de San Martín, no a sus propios deseos, sino a la intransigencia de Bolívar. San Martín no era un político ni deseaba gobernar en nigún país por el simple placer o fatua ambición de gobernar. En Chile y en el Perú se comportó de la misma manera: cuando se dió cuenta que los pueblos se hallaban en condiciones de regir sus destinos o la política comenzaba a atacar su nombre, renunció al poder y fué a buscar otro horizonte. Es por ello que San Martín, firme en su propósito de renunciar a todos los poderes si la ambición política substituía a la ilusión de la libertad, expresó a Bolívar, en la entrevista de Guayaquil, que estaba decidido a alejarse del poder y de los políticos y a retirarse a Mendoza. «Dice que se retirará a Mendoza — escribió Bolívar al general Santander el día siguiente de la célebre conferencia — porque está cansado del mando y de sufrir a sus enemigos». Es la más pura de las verdades: San Martín estaba cansado del mando y de sufrir a sus enemigos. Estos enemigos eran muchas y habían nacido de los choques de la política. Su gran amigo Monteagudo había contribuído, sin propo-

nérselo, a crear una atmósfera contraria a San Martín. Testimonios calumniosos dicen que hacía gritar por las calles de Lima, a gente del bajo pueblo: «¡Viva el emperador José!». La leyenda de que San Martín quería coronarse rey del Perú fué recogida por el mismo Bolívar y refutada en su carta anterior a Santander: «Dice que no quiere ser rey —escribió Bolívar—; pero que tampoco quiere la democracia y sí el que venga un príncipe de Europa a reinar en el Perú. Esto último yo creo que es pro-forma». Cuando la historia se puede esclarecer con los testimonios contrarios, la luz parece más viva que si viniera de los propios protagonistas. San Martín no soñó nunca con un reinado en el Perú; pero tampoco admitió una democracia desencadenada, porque en aquel momento democracia no significaba gobierno del pueblo, sino gobierno de la peor parte del pueblo. Era preciso dominar con mano de hierro las exigencias de las masas y las intrigas de los ambiciosos. San Martín trataba de acallar tantas ambiciones con la posibilidad de traer un príncipe de Europa; pero esta solución, como reconocía muy bien el propio Bolívar, era de simple forma. Los odios y los rencores rodeaban por igual a San Martín y a Bolívar. Cuenta Sarmiento que «la noche que siguió a la entrevista de los dos jefes, un jefe de Bolívar se introdujo en la habitación de San Martín para revelarle la verdadera situación de las cosas y ofrecerle a nombre de muchos otros jefes sus simpatías y adhesión. Bolívar mismo había dicho a San Martín —confirmaba Sarmiento— que no tenía confianza en sus jefes». La traición rodeaba por todas partes. Cuando San Martín llegó de regreso al Perú llevaba en el corazón el propósito inquebrantable de retirarse a Mendoza conforme había manifestado a Bolívar. La entrevista de Guayaquil no había dado ningún resultado positivo en lo que se refería a la colaboración militar buscada por San Martín. En el Perú, Monteagudo se había atraído los odios de los españoles y de quienes simpatizaban con ellos por sus parentescos, sus amistades y sus ideas. Tuvo que renunciar e irse a Guatemala. San Martín halló una atmósfera política que le era hostil. Lord Chochrane había envenenado muchos espíritus. Sus desacuerdos con San Martín y el despotismo de Monteagudo habían creado la necesidad de un cambio de gobierno. San Martín lo comprendió y el 20 de septiembre de 1822 entregó al Congreso, en Lima, sus insignias de Protector. El pueblo recuperaba su soberanía; pero los políticos no abandonaban sus intrigas.

Después de declarar el Congreso a San Martín Fundador de la Libertad del Perú, trató, por medio de dos comisiones, de que siguiese al frente del ejército. San Martín se negó a ello rotundamente. « Mi presencia en el Perú — dijo a su amigo Tomás Guido — le acarrearía peores desgracias que mi separación ». Para seguir en el Perú debía, ante todo, fusilar a algunos jefes del ejército. « Me falta el valor para hacerlo con compañeros de armas que me han seguido en los días prósperos y adversos », dijo a Tomás Guido. Esto aclara porque, años más tarde, en Londres, explicó a Alvear y a Tomás de Iriarte que abandonó el Perú por no haber manejar «el palo », porque se le cayó el palo de entre las manos.

San Martín no quería ser un tirano, y, sobre todo, había una razón más fuerte para no permanecer en Lima: San Martín no podía seguir en el Perú, como no pudo, más tarde, seguir en la Argentina. En 1821 una epidemia había disminuído su ejército en el cincuenta por ciento. Los generales Las Heras y Rufino Guido han hecho saber que los propios jefes argentinos conspiraban contra San Martín. Hubo una gran conspiración en su contra que fué revelada por el coronel colombiano Heres y que no avanzó por no agradar entre la tropa. Quienes dudan de estos hechos o no creen que San Martín hay sido traicionado por muchas personas pueden leer las manifestaciones que Rufino Guido hizo a Bartolomé Mitre y se encuentran publicadas entre los *Documentos del Archivo de San Martín*, editados por la Comisión Nacional del Centenario (Buenos Aires, 1910, tomo III, p. 473). Dicen: « En cuanto a la persecución que debió hacer Las Heras, si no la hizo como debió, fué porque él, como los jefes a que se refiere... (en blanco para no mencionar ciertos nombres) contra el general para separarlo del mando y buscaban los medios de desacreditarlo, como si alguno de ellos fuese capaz de reemplazarlo, y si no se atrevieron jamás a dar el golpe, fué porque nunca contaron con los segundos jefes y menos con la tropa. Esta ingratitud, pues, contra el que nos había conducido siempre de victoria en victoria, fué la causa de que las tropas argentinas no hubiesen concluído aquella célebre campaña, dejando esta gloria a Bolívar y sus colombianos, cuya causa principal por la separación de nuestro jefe, después de los antecedentes que ya tenía, la resolución contra el ministro Monteagudo, porque ¿quién podría creer que esa resolución pudo efectuarse sin la comunicación del general Al-

varado que mandaba el ejército entonces? Nadie que conociese Lima en aquella época, pues que con una mitad de granaderos a caballo se hubiese disipado como por encanto la... (aquí se suprimen unas palabras) de que se componía en su mayor parte. Esto es todo lo que recuerdo de aquellos memorables sucesos y los que aun me lastiman, considerando lo poco que estimaron, los jefes a que me refiero, las relevantes calidades así militar y políticas del ilustre general San Martín». No vale la pena recordar los nombres de los jefes que traicionaron a San Martín y conspiraron para derribarlo del poder. San Martín conoció la conspiración y no se resolvió, conforme declaró él mismo, a fusilar a muchos de sus amigos; pero comprendió, tristemente, que estaba rodeado de traidores. La política había comenzado a envenenar el ambiente y cada día se hacía más difícil seguir gobernando. Monteagudo se había atraído odios infinitos, que primero lo llevaron a un destierro y más tarde lo hicieron asesinar. Por otra parte, el mismo Monteagudo recordó que San Martín había sido «insultado en algunos periódicos de aquella ciudad, con impunidad y escándalo de su honrado vecindario». Los odios de los viejos españoles y criollos, acostumbrados a la vida cómoda y fastuosa de otros tiempos, amenazaban con verdaderos desastres. Antes de entrar en el Perú, San Martín había sido avisado que los españoles pensaban renovar en Lima las célebres matanzas de las vísperas sicilianas. Para impedir estos hechos prometió en bandos respeto a las personas y a los bienes de los europeos que no emigrasen al acercarse las tropas y confiscaciones de todas sus propiedades a los que pretendiesen huir. Al mismo tiempo tuvo que dar otros bandos para que los criollos no maltratasen y persiguiesen con exceso a los españoles. San Martín obligó a todos los habitantes del Perú a que declarasen con sus firmas, en libros especiales, si deseaban la independencia o no la deseaban. Pero los peruanos, criollos y españoles, después de declarada la independencia, no se sentían felices con la nueva libertad. Unos decían que San Martín era culpable de la muerte de los Carrera y de Manuel Rodríguez; otros lo acusaban de robos en Chile y de quererse coronar rey en el Perú. La desconfianza aumentaba por horas en torno a San Martín, a tal extremo que tuvo que dar varios bandos en los cuales pedía que no se desconfiase tanto de sus intenciones. Pero los hechos parecían demostrar lo contrario. El costo de la vida aumentaba rápidamente.

Guido no fueron escritas por San Martín, sino repetidas, recordadas, por Guido, como oídas por él directamente a San Martín. Guido las scribió a bordo del *Belgrano*, el 21 de septiembre de 1822, a las dos de la mañana y a los pocos minutos de haberlas escuchado. En el Perú circulaba la idea de que San Martín había renunciado al mando por temor a Bolívar. Muchos son los autores que, sin ninguna animosidad en contra de San Martín, recogieron este pensamiento, común entre el pueblo. Era la interpretación vulgar que la plebe hacía de un gesto desinteresado y patriótico. San Martín tenía desde largo tiempo la obsesión de renunciar, de retirarse a Mendoza, o más lejos, si lo molestaban los políticos, y renunció cuando comprendió qne no podía disponer de más hombres para terminar la guerra de la independencia. En el Perú, el Congreso varío en dos días sus sentimientos. El día 20 de septiembre de 1822 nombró a San Martín fundador de la Libertad del Perú. El día 22 de septiembre tributó su mayor homenaje a Lord Cochrane, enemigo de San Martín. El acta dice:

« El Congreso Soberano Constituyente del Perú, contemplando lo que la libertad del Perú debe al Honorable Lord Cochrane, por cuyo genio, fortuna y valor, el Pacífico ha sido liberado de los traidores enemigos y el estandarte de la libertad plantado en todas las costas del Mar del Sur,

Resuelve:

Que la Junta Ejecutiva de Gobierno, en nombre de la Nación, brinde a Lord Cochrane, almirante de la escuadra de Chile, los más sinceros sentimientos de gratitud por sus esfuerzos en favor de este pueblo, tiranizado hasta el presente por fuerzas poderosas, pero ahora árbitro de su propia fuerza. La Junta Ejecutiva habrá comprendido sus sentimientos y tomará las medidas necesarias para este propósito, ordenando que se publique, se imprima y circule esta resolución ».

La tiranía a que se refiere este documento era la de Monteagudo. El documento tiene la fecha del 22 de septiembre. El día anterior, San Martín se había alejado, para siempre, del Perú. « Estoy aburrido —había dicho en su despedida impresa y dirigida al pueblo— de oír decir que quiero hacerme soberano...». Las intrigas y las calumnias habían permitido a San Martín realizar el sueño que tantas veces había expuesto a Pueyrredón y a otros amigos: dejar el poder, olvidarse de los odios y de las ambiciones de los políticos e ir a vivir en paz, lejos de miserias y de bajezas.

San Martín no reveló en los primeros tiempos de la entrevista de Guayaquil la conversación que sostuvo en ella con Bolívar; pero, en cambio, no tuvo obstáculos, ni nada lo obligaba a continuar en silencio toda su vida, en descubrir su conversación años después. La primera vez lo hizo en la carta al general Miller, ya citada, escrita en Bruselas el 19 de abril de 1827. La segunda vez fué desde Boulogne Sur Mer, el 11 de septiembre de 1848, en una carta al Presidente del Perú, el general don Ramón Castilla. En ella confirma sus palabras de veintiún años antes. Le dice:

«Si algún servicio tiene que agradecerme la América es el de mi retirada de Lima, paso que no sólo comprometía mi honor y mi reputación sino que me era tanto más sensible cuanto que conocía que con las fuerzas reunidas de Colombia la guerra de la independencia hubiera sido terminada en todo el año de 1823. Pero este costoso sacrificio y el no pequeño de tener que guardar un silencio absoluto —tan necesario en aquellas circunstancias— de los motivos que me obligaron a dar este paso, son esfuerzos que usted podrá calcular y que no está al alcance de todos el poder apreciar.

La entrevista de Guayaquil, repetimos, no fué un misterio desde el instante que sus protagonistas revelaron lo que hablaron en ella. San Martín expresó al general Miller y el general Castilla que había ido a Cuayaquil a pedir a Bolívar fuerzas de Colombia para terminar la guerra del Perú. Si Bolívar hubiera accedido, San Martín estaba seguro de dar fin a la guerra en 1823; pero Bolívar no pudo acceder y San Martín tuvo que retirarse de Guayaquil. Conste que San Martín no dijo, en los primeros momentos, que había debido renunciar al poder porque Bolívar sólo le había ofrecido mil setecientos hombres. Este fué el misterio de Guayaquil revelado por San Martín a Miller y a Castilla con veintiún años de diferencia y con palabras idénticas. No hay otros hechos, salvo las conversaciones de carácter general o más íntimas que tuvieron los dos libertadores, tanto solos como en presencia de otros militares. En las cuarenta horas que estuvieron juntos hablaron de formas monárquicas, de política en sentido amplio y particular, de Guayaquil, de los intereses de Colombia y del Perú y otros tópicos, como ser cuestiones de límites y la unión de los ejércitos colombianos y peruanos. Bolívar dió cuenta de los más insignificantes pormenores de sus conversaciones con San Martín en varios documentos. En la memoria que el secretrio de Bolívar dirigió al secretario de Relaciones Exteriores

de Colombia se encuentra un párrafo que parece confirmar la autenticidad de la carta, tan discutida, que San Martín escribió a Bolívar el 29 de agosto de 1822 y que dió a conocer, en 1843, el capitán Lafond de Lurcy. En esta carta, facilitada a Lafond por el secretario de Bolívar, el general Tomás Cipriano de Mosquera, como reveló Alberdi, y no entregada a Lafond por San Martín, como han interpretado algunos historiadores, San Martín escribe:

« Los esfuerzos de nuestra entrevista no han sido los que me prometía para la pronta termiación de la guerra. Desgraciadamente yo estoy íntimamente convencido o que no ha creído sincero mi ofrecimiento de servir bajo sus órdenes con las fuerzas de mi mando, o que mi persona le es embarazosa ».

En estas líneas, San Martín dice lo que no quiso recordar en otros momentos de su vida, salvo al Presidente Castilla: que su modestia había llegado al extremo de ponerse a las órdenes de Bolívar. En efecto: en su carta al presidente del Perú, general don Ramón Castilla, fechada en Boulogne Sur Mer el 11 de septiembre de 1848, le dijo:

« He aquí, mi general, un corto análisis de mi vida pública seguida en América; yo hubiero tenido la más completa satisfacción habiéndola puesto fin con la terminación de la guerra de la independencia del Perú, pero mi entrevista en Guayaquil con el general Bolívar me convenció (no obstante sus protestas) que el solo obstáculo de su venida al Perú con el ejército de su mando, no era otro que la presencia del general San Martín, a pesar de la sinceridad con que le ofrecí ponerme bajo sus órdenes, con todas las fuerzas de que yo disponía ».

Se advierte, en el acto, una coincidencia indiscutible entre las palabras de la carta de San Martín publicada por Lafond y las que expresa a Castilla. Los enemigos del Protector explican que San Martín, consciente de que en el Perú no podía seguir gobernando, se rebajó hasta el punto de ponerse a las órdenes de un hombre a quien consideraba un rival y que al ser desairado concibió hacia Bolívar una profunda antipatía. Nosotros creemos que esta carta debe ser interpretada en otra forma. En primer término es el propio Bolívar quien alude al ofrecimiento de San Martín de servir bajo sus órdenes. En efecto, en la memoria de José Gabriel Pérez al secretario de Relaciones Exteriores de Colombia se lee:

« El Protector ha dicho a S. E. que pida al Perú todo lo que gus-

te, que él no hará más que decir sí, sí, a todo y que él espera que se haga en Colombia otro tanto. La oferta de sus servicios y amistad es ilimitada, manifestando una satisfacción y una franqueza que parecen sinceras ».

Esta frase: « La oferta de sus servicios y amistad es ilimitada », ¿no confirma realmente el ofrecimiento de San Martín a Bolívar de servir bajo sus órdenes? Hay otros puntos de contacto entre la carta publicada por Lafond, discutida por los autores bolivaristas, y otros documentos indiscutibles. La carta al presidente Castilla, por ejemplo, contiene unas frases que parecen referirse al ofrecimiento de unir las fuerzas de Colombia y del Perú, tal cual dijo San Martín a Bolívar en la carta de Lafond. En esta carta, San Martín escribió a Bolívar: « ...no ha creído sincero mi ofrecimiento de servir bajo sus órdenes con las fuerzas de mi mando », y en la carta a Castilla dijo: « ...a pesar de la sinceridad con que le ofrecí ponerme bajo sus órdenes, con todas las fuerzas de que yo disponía ». Se trata, como vemos, de la misma afirmación. Y hay más: en la carta que San Martín escribió a Miller le refiere que se despidió de Bolívar diciéndole: « Ahora le queda a usted, general, un nuevo campo de gloria en el que va usted a poner el último sello a la libertad de la América ». Pues bien: en la carta publicada por Lafond, San Martín se despide de Bolívar con palabras muy semejantas: « Con estos sentimientos y con los de desearle únicamente sea usted quien tenga la gloria de terminar la guerra de la Independencia de la América del Sur se repite su afectísimo servidor José de San Martín». Por último, anotemos otra coincidencia: el secreto de lo tratado en la entrevista: en la carta publicada por Lafond San Martín promete a Bolívar que «los sentimientos que exprime esta carta quedarán sepultados en el más profundo silencio; si llegasen a traslucirse, los enemigos de nuestra libertad podrían prevalecerse para perjudicarla y los intrigantes y los ambiciosos para soplar la discordia ». Y en la carta que San Martín escribió a Castilla le recuerda cuán grande fue el sacrificio « de tener que guardas un silencio absoluto (tan necesario en aquellas circunstancia) de los motivos que nos obligaron a dar este paso ».

Existe una concordancia perfecta entre muchos párrafos de la carta de San Martín publicada por Lafond y otros documentos, tanto de San Martín como de Bolívar. Pero si las concordancias que hemos presentado no fuesen suficientes para demostrar la autenticidad de

esta carta, vamos a traer una prueba definitiva contra la cual todas las argucias resultan inútiles. Declarmos nuestro sombro de que los eminentes historiadores que han analizado la carta de San Martín publicada por Lafond no hayan advertido una coincidencia tan perfecta entre las palabras que San Martín escribió a Bolívar en la carta de Lafond y las que el secretario de Bolívar atestigua, en varios documentos, que San Martín dijo al propio Bolívar. Ningún historiador ha notado esta coincidencia sencillamente asombrosa: ni los que han defendido su autenticidad ni los que la han negado. Vamos a la prueba. En la carta de San Martín a Bolívar, fechada en Lima, el 29 de agosto de 1822 y publicada por Lafond en 1843, escribe San Martín:

«Nada diré a usted sobre la reunión de Guayaquil a la república de Colombia. Permítame, general, que le diga que creí que no era a nosotros a quienes correspondía decidir este importante asunto. Concluída la guerra, los gobiernos respectivos lo hubieran transado, sin los inconvenientes que en el día pueden resultar a los intereses de los nuevos estados de Sud América».

Ahora bien: el secretario de Bolívar, el capitán José Gabriel Pérez, en su dos memorias de la entrevista de Guayaquil al gobierno de Bogotá y al intendente de Quito, el general Sucre, les informa de todo cuanto expresó San Martín y sus palabras coinciden, exactamente, con las que San Martín escribió a Bolívar. Este hecho demuestra que San Martín repitió en su carta a Bolívar lo que le había dicho personalmente en la entrevista. Las palabras del informe al gobierno de Bogotá son las siguientes:

«El Protector dijo espontáneamente a S. E. y sin ser invitado a ello, que nada tenía que decirle sobre los negocios de Guayaquil, en los que no tenía que mezclarse; que la culpa era de los quayaquileños, refiriéndose a los contrarios».

No puede exigirse una concordancia más perfecta: «Nada diré a usted sobre la reunión de Guayaquil», escribió San Martín, y confirmó el secretario de Bolívar: «El Protector dijo ...que nada tenía que decirle sobre los negocios de Guayaquil...», «...no era a nosotros a quienes correspondía decidir este importante asunto...», dijo San Martín, y volvió a confirmar el secretario de Bolívar: «...en los que no tenía que mezclarse; que la culpa era de los guayaquileños...»:

Siempre en la carta publicada por Lafond, San Martín dice a

Bolívar: « Mi partido está irrevocablemente tomado. Para el 20 del mes entrante he convocado el primer congreso del Perú, y al día siguiente de su instalación me embarcaré para Chile...». Estas mismas palabras las pronunció en Guayaquil y el fiel secretario de Bolívar se apresuró a transmitirlas al gobierno de Bogotá y a Sucre: « Aseguró que iba a retirarse a Mendoza; que había dejado un pliego cerrado para que lo presentasen al Congreso renunciando al protectorado; que también renunciaría la reelección que contaba se haría en él...». Las mismas ideas casi con las mismas palabras. Y San Martín repitió esos conceptos expresados a Bolívar, primero en la entrevista de Guayaquil y luego en su carta publicada por Lafond, en otra carta al general Miller: « Al día siguiente ...dije al Libertador que habiendo dejado convocado el Congreso para el próximo mes, el día de su instalación sería el último de mi permanencia en el Perú...». Coinciden a la perfección la carta publicada por Lafond con los informes del secretario de Bolívar y la carta escrita a Miller. En síntesis: podemos declarar que, en lo que respecta a la autenticidad de la carta de San Martín publicada por el capitán Lafond, ella es auténtica en todos sus puntos; coincide con documentos fundamentales, nunca puestos en duda, como las cartas de San Martín a Miller y a Castilla, y, sobre todo, con los informes del capitán José Gabriel Pérez, secretario de Bolívar, al Gobierno del Perú y al general Sucre. Estos informes, además, sistemáticamente desdeñados por los historiadores argentinos que han hecho en la documentación histórica una división absurda, utilizando sólo los documentos salidos de la pluma o la inspiración de Bolívar, son los que más rudamente desmienten a los historiadores bolivarianos. No olvidemos el argumento principal esgrimido por los más ilustres negadores de la autenticidad de la carta publicada por Lafond. Todos están conformes en sostener que no es cierto que San Martín haya pedido hombres a Bolívar. Niegan que haya querido ponerse a sus órdenes y, en particular, repetimos, sostienen que es una mentira que haya habido, por parte de San Martín, un pedido de tropas a Bolívar. Al efecto insisten, con muy buenas y cordiales razones, que San Martín se equivocó al decir en su carta al general Miller que el ejército colombiano estaba formado por 9.600 bayonetas, mientras que no pasaba de tres mil hombres, y que también se equivocó al escribir que Bolívar le ofreció mil setenta hombres, cuando, en vez, le devolvió y se llevó de mil setecientos a mil ochocientos. Tie-

nen razón los historiadores bolivarianos en estas rectificaciones de números. En cambio no la tienen al asegurar que, en la carta publicada por Lafond, es equivocada la cifra de diecinueve mil hombres que, según San Martín, formaban el ejército español. Esta cifra, que se suponía equivocada, era el argumento más fuerte y último que se ha esgrimido, por parte de los negadores de la autenticidad de esta carta, para demostrar su carácter apócrifo. Pues bien: este argumento también desaparece. Un joven crítico e historiador argentino, Carlos Alberto Silveira Cadra, ha podido demostrar, con autores peruanos tan bien informados como Carlos Dellepiane y su *Historia Militar del Perú,* que el ejército español, según otra nota de San Martín al ministro Zenteno, de Chile, llegaba poco antes a veintitrés mil hombres y no pudo perder, tan rápidamente, tan gran número de hombres sin batallas campales. El general Miller, en sus *Memorias,* también escribió en 1829 que en 1823 llegaba «con efectivos aproximados a diecinueve mil hombres»: exactamente la cifra señalada por San Martín. No están, pues, en lo cierto, los historiadores bolivarianos al suponer un número errado o antojadizo en la carta llamada de Lafond. Todo en ella es exactísimo. Y tampoco tienen razón al difundir que San Martín no pidió tropas a Bolívar. Todas las cartas de San Martín que se refieren a su viaje a Guayaquil sostienen que se dirigió, precisamente, a Guayaquil, para solicitar tropas a Bolívar. Fácil sería suponer, a los enemigos del Libertador, que San Martín se equivocó en todas sus cartas, tanto en la auténtica que dirigió al mismo Bolívar (la publicada por Lafond), a los pocos días de la conferencia, como en las que escribió, años después y con veintiún años de distancia entre una y otra, a Miller y a Castilla; pero ocurre un hecho que inutiliza para siempre las suposiciones de los historiadores que afirman el desinterés de San Martín por las tropas de Bolívar. Es el propio Bolívar, por intermedio de su secretario José Gabrel Pérez, quien viene a demostrar que el interés de San Martín por la unión de las fuerzas peruanas y colombianas era mucho más grande de lo que suponíamos todos los historiadores sanmartinianos. Entiéndase bien: para negar la autenticidad de la carta llamada de Lafond y el valor de las declaraciones de San Martín a Miller se dice que San Martín no se interesó por las tropas de Colombia, y bien: el mismísimo secretario de Bolívar, con el visto bueno del Libertador, dice, en su famoso informe al gobierno de Bogotá y a Sucre, que San Martín,

en Guayaquil, « siguió tratando de negocios militares relativos a la expedición que va a partir », y luego se refirió a la federación del Perú y Colombia. Esta federación era, por encima de todo, lo que buscaba San Martín con su viaje a Guayaquil: la unión de las fuerzas militares de Colombia y del Perú, es decir, de Bolívar y de él, de San Martín, a tal punto que estaba dispuesto a servir bajo las órdenes de Bolívar, como expresó en la carta de Lafond, como recordó a Castilla y como reconoció el secretario de Bolívar cuando dijo que « la oferta de sus servicios y amistad es ilimitada ». Y ahora habla el secretario de Bolívar, José Gabriel Pérez, en sus famosos informes. Júzguese, serenamente, con una mano en el corazón, si San Martín tenía interés en unir las fuerzas colombianas y peruanas o no tenía ningún interés. Dice el secretario de Bolívar:

« Nada desea tanto el Protector como el que subsista la federación del Perú y de Colombia aunque no entre ningún otro estado más en ella, porque juzga que las tropas de un estado al servicio del otro deben aumentar mucho la autoridad de ambos gobiernos con respecto a sus enemigos internos, los ambiciosos y los revoltosos. Esta parte de la Federación es la que más interesa al Protector y cuyo cumplimiento desea con más vehemencia. El Protector quiere que los reclutas de ambos estados se remitan recíprocamente a llenar las bajas de los cuerpos, aun cuando sea necesario reformar el total de ellos por licencias, promociones u otros accidentes. Mucho encareció el Protector la necesidad de esta medida, o quizás fué la que más apoyó en el curso de sus conversaciones ».

No creemos que exista una declaración que confirme las palabras de San Martín de un modo más monumental e insuperable. San Martín quería la unión de los ejércitos para sostener ambos estados y aplastar a esos enemigos internos que él, con mucho gusto, habría hecho fusilar si no lo hubiesen detenido razones de humanidad. Ahora conocemos, por fin, el verdadero pensamiento de San Martín gracias a la principal ayuda del propio Bolívar. Bolívar nunca negó las palabras de San Martín ni San Martín denigró a Bolívar. No hay en toda la historia de América dos hombres que, a pesar de sus biógrafos, se hayan más admirado y más recordado en los años tristes de la desgracia.

Y ahora debemos hacer una aclaración, que es una rectificación, fundamental, a algunos historiadores que se han ocupado de la entrevista de Guayaquil. Esta rectificación se dirije, principalmente,

contra una concepción de la historia, romántica y personalista, que dominó la interpretación del pasado, en nuestro país, desde hace un siglo hasta el presente. Historiadores sin ideas históricas, con una mentalidad homérica y una ingenuidad digna de mejor causa, han considerado la historia como un eterno duelo de caballeros. En la época clásica combatían bajo los muros de Troya, y en la medieval, en las justas y torneos. En cambio, en los años del romanticismo, los caballeros se sacrificaban, renunciaban con un altruismo y una nobleza sin límites a todas las ambiciones y dejaban triunfar a los egoístas, a los avaros de su gloria, a las almas negras. Esta concepción, falsa y romántica de la historia del mundo, contra la cual reaccionó Ranke, adversa a las luminosas comprensiones de Goethe y alejada por completo de la moderna escuela historista, es la que se aplicó, por desgracia, a la entrevista de Guayaquil. El encuentro de ambos Libertadores fué visto con el criterio que inspiró las láminas que lo reproducen. Apareció la concepción homérica de los héroes y se impuso el sentimentalismo de las renuncias y de los suicidios — tipo Werther, Hugo Fóscolo y Larra — de la escuela romántica. Bolívar fué presentado como el egoísta y el ambicioso, y San Martín, como el noble y humilde que se pone a sus órdenes. Ahí estaban, en efecto, sus palabras, y la historia disponía de un amplio campo para sus declamaciones. Sarmiento fué el primer expositor de esta visión para niños, calcada en la lámina de Lafond de Lurcy. Desde entonces, historiadores argentinos y venezolanos han creído que el ofrecimiento de San Martín a Bolívar, de servir bajo sus órdenes, era el ofrecimiento de su simple, desprendida y humilde persona. Un gesto tan extraordinario resultaba, en verdad, un gesto único en el mundo. Como es natural, inspiró hasta poemas. Rasgo semejante no tenía parangón ni en Grecia ni en Roma. Esta visión estrecha, romanticoide e infantil de la historia ha creado un odio profundo entre sanmartinistas y bolivaristas. Ni unos ni otros, ofuscados por la obsesión de un San Martín que quería servir a las órdenes de Bolívar, supieron ver en los informes del secretario de Bolívar la verdadera explicación del ofrecimiento de San Martín. Este ofrecimiento, de servir bajo las órdenes de Bolívar, no consistía, como han creído todos los románticos y hemos dejado creer, a propósito, hasta llegar a este momento, en un pedido de hombres para continuar la guerra o en enrolarse bajo el mando de Bolívar, para seguir combatiendo en cualquier forma. Tenía unos alcances

infinitamente mayores. San Martín no era ningún niño ni un personaje de Walter Scott o de Víctor Hugo. Era un hombre de estado, un gran general, un hombre de criterio, que se habría reído de las interpretaciones, a cual más cándida, de sus buenos biógrafos. San Martín propuso, como explican a la perfección los informes del secretario de Bolívar, la unión de dos gobiernos y de dos ejércitos: los del Perú y de Colombia, para continuar juntos la guerra contra los españoles. Este fué el pedido de hombres para continuar la guerra y este pedido no lo podía resolver, ahí mismo, Bolívar. Correspondía al Congreso de Colombia. San Martín pensó que Bolívar podía influir en el Congreso, de un modo decisivo; pero Bolívar opinó lo contrario o no quiso esa unión, de acuerdo con convicciones o intenciones íntimas que la historia no puede adivinar. Y el ofrecimiento de San Martín, de servir bajo las órdenes de Bolívar, no fué el de servir él, como individuo, única y exclusivamente con su persona, sino el de servir como segundo con todo el ejército del Perú. Se trataba de unir ambos ejércitos para combatir a los españoles. San Martín lo dijo muy claro a Bolívar; pero los historiadores discuten con sus opiniones, con sus interpretaciones románticas y apasionadas, y no con las auténticas palabras de San Martín y de Bolívar. Nosotros nada interpretamos. Nos limitamos a escuchar lo que dijeron aquellos hombres, y San Martín dijo a Bolívar, en la célebre carta publicada por Lafond: «Desgraciadamente yo estoy íntimamente convencido que usted no ha creído sincero el ofrecimiento que le hice de servir bajo sus órdenes con las fuerzas que dispongo». Óigase bien: «con las fuerzas que dispongo». San Martín disponía de todas las fuerzas del Perú. Bolívar, según San Martín, que nunca mintió, le contestó «que su delicadeza no le permitiría jamás darme órdenes y que, aun cuando usted se decidiera a ello, el Congreso de Colombia no le autorizaría a alejarse del territorio de la república». San Martín creyó que «si usted manifestara el deseo de ello al Congreso, éste lo acordaría con aprobación unánime». Nada más. Y cada cual se retiró con su opinión: Bolívar con la afirmación de que el Congreso debía autorizarlo, y San Martín con el convencimiento de que, si Bolívar solicitase la unión, el Congreso la concedería. La leyenda del ofrecimiento personal de San Martín es destruída por su propio protagonista. Y por si este testimonio no fuese suficiente a quienes escriben historia con el criterio de Homero, podemos recordar

el relato que San Martín hizo a Sarmiento de la entrevista de Guayaquil. Sarmiento lo repitió en dos oportunidades: en el *Discurso presentado para su recepción en el Instituto Histórico de Francia,* publicado en Valparaíso en marzo de 1848, y en una carta o informe en borrador que redactó en Nueva York, a mediados de 1867: veinte años después de haber hablado con San Martín en Grand Bourg. Este documento, dado a conocer por Antonio P. Castro en agosto de 1947 y existente original en el Museo Sarmiento de Buenos Aires, no agrega ningún hecho nuevo a lo que el mismo Sarmiento consignó, acerca de la entrevista de Guayaquil, en su discurso presentado al Instituto Histórico de Francia. Las palabras reproducidas por Sarmiento, como pronunciadas por San Martín, no hay ninguna constancia de que sean exactamente las mismas. No obstante, Sarmiento hace decir a San Martín lo que expresa en la carta publicada por Lafond, lo que consigna el secretario de Bolívar y lo que realmente sucedió. Dijo, pues, según Sarmiento, San Martín a Bolívar en Guayaquil: «Nuestra misión como generales, decía yo, es sólo vencer a los españoles. Los pueblos arreglarán sus límites. Por otra parte, yo no tenía fuerzas para abrir una nueva campaña contra los españoles — confesó San Martín a Sarmiento — y era necesario reunir nuestras fuerzas. Iba, pues, a ofrecerle el mando en jefe de ambos ejércitos, poniéndome yo a sus órdenes».

Tantos testimonios terminan por demostrar que no existen contradicciones entre ellos si se les comprende en sus verdaderos alcances. Los historiadores de distintas escuelas han querido entender cada cual lo que más convenía a sus teorías o patriotismo. La verdad de los hechos es que San Martín pidió hombres a Bolívar, como se repite vulgarmente; pero que este pedido no fué un simple pedido, como también se suele suponer, sino el pedido de todo el ejército colombiano para unirlo a todo el ejército peruano. Esto ya es diferente y es por ello que no contradice Bolívar las afirmaciones de San Martín ni de su secretario José Gabriel Pérez cuando refiere a los ministros de Estado y Relaciones Exteriores del Perú y Chile, en nota fechada en Cuenca el 9 de septiembre de 1822 (véase *El Argos de Buenos Aires,* número 44, del sábado 31 de mayo de 1823, edición de la Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1939, pág. 180) que «S. E. se propone en primer lugar mandar al Perú cuatro mil hombres más de los que se han remitido ya, luego que reciba la contestación de esta nota, siempre

que el gobierno del Perú tenga a bien aceptar la oferta de este nuevo refuerzo, el que no marcha inmediatamente porque no estaba preparado y porque tampoco se ha pedido por parte de S. E. el Protector». Del mismo modo, en una nota de Bolívar a Santander, fechada en Cuenca el 13 de septiembre de 1822, le dice: «Ojalá que San Martín no aventure nada hasta que no haya recibido los cuatro mil hombres que le he ofrecdo». Estos dos testimonios de Bolívar, unidos a otros documentos, revelan a la perfección que Bolívar ofreció hombres a San Martín y que San Martín no los aceptó porque, para terminar la guerra contra los españoles, no necesitaba unos miles de hombres, sino la unión de los dos ejércitos colombiano y peruano. Los historiadores empeñados en presentar como embusteros a San Martín o a Bolívar se aferrarán a sus interpretaciones y olvidarán, sistemáticamente, los deseos, de San Martín, de unir ambos ejércitos. Los enemigos de Bolívar presentarán a éste como a un mentiroso y afirmarán que nunca ofreció hombres a San Martín o que sus manifestaciones fueron falsas y sólo escritas para quedar bien ante sus amigos, y los enemigos de San Martín dirán que quien faltó a la verdad fué San Martín, que nunca pidió hombres y que la carta publicada por Lafond es falsa y se contradice con los testimonios de Bolívar en que éste declara que ofreció hombres a San Martín. La idea de un pedido de hombres es el punto negro que hace imposible la solución de este problema. Los historiadores de uno y otro bando deben convencerse que no hubo tal pedido de hombzres, sino un pedido de unir dos grandes ejércitos: el de Colombia y el de Perú. Así se desprende de la lectura atenta de las cartas de San Martín y así lo confirmó el secretario del propio Bolívar: «Las tropas de un estado al servicio del otro». Esta medida, siempre según el secretario de Bolívar, «fué la que más apoyó en el curso de sus conversaciones». Así hablan los documentos bolivarianos y así quedan atrás las viejas y vulgares interpretaciones que hemos debido ir exponiendo, para entendernos con quienes están acostumbrados a conceptos petrificados, y que ya no volverán a repetirse.

El desconocimiento de estos hechos, por parte de tantos historiadores que se han creído maestros en ellos, implica otro desconocimiento: causa de todos los errores, de todas las fantasías y de todos los odios que ha generado esta polémica: el motivo del viaje de San Martín a Guayaquil. Unos historiadores afirman que San Mar-

tín se dirigió a Guayaquil para anexar esta ciudad al Perú y otros sostienen otras razones. En general, los historiadores bolivarianos defienden la teoría de que San Martín quiso dirigirse a Guayaquil nada más que para unir esta ciudad al Perú. El historiador que con más autoridad y fundamentos ha sostenido esta tesis es Carlos Cortés Vargas. Primero la defendió en su obra *Participación de Colombia en la libertad del Perú* (tomo I, capítulo II) publicada en 1923, y luego en *Conferencia de Guayaquil. Antecedentes,* artículo aparecido en el *Boletín de historia y antigüedades* (Bogotá, julio a septiembre de 1947, volumen XXXIV, números 393 a 395). En esta colaboración, Cortés Vargas da a conocer un interesante documento emanado de Bolívar cuyo análisis permite muy diversas deducciones. El propio Cortés Vargas cree confirmar su primitiva tesis de que « San Martín, al llegar a aquella ciudad (Guayaquil) se desconcertó con la presencia de Bolívar, y que por lo tanto, la famosa Conferencia fué un acto sin ninguna trascendencia, por cuanto el Protector no tenía nada en mientes para tratar con el Libertador, ya que su objetivo era muy otro: apoderarse de aquel puerto, intención bien madurada, aunque fallida, gracias a la actividad y genio de nuestro Presidente ». Y agrega: « Hoy, veinticuatro años después de escrito nuestro ensayo, gracias a nuestra continua peregrinación por entre los miles de infolios de nuestro riquísimo Archivo Nacional, estamos en capacidad de aducir un nuevo documento, de enorme valor histórico, sobre los antecedentes de la célebre Conferencia, con el cual se confirma, en forma nítida, que el Protector estaba entrometiéndose más de lo mandado en los asuntos de Guayaquil, que el Libertador tenía en sus manos todos los hilos de aquella trama, y que por lo tanto, en la entrevista, el segundo pisaba terreno firme, en tanto que el primero marchaba a tientas. De ahí el desconcierto de San Martín, su derrota y el consiguiente abandono del Poder, amén de su expatriación ».

El documento en que se fundan estas afirmaciones — a nuestro juicio equivocadísimas — deja, en el primer instante, la impresión de que, en efecto, los hechos se pudieron desarrollar como los imagina su descubridor; pero un pequeño conocimiento del problema empieza por recordar, como veremos, que el Protector tenía muchas cosas en mientes para tratar con el Libertador, y que su objetivo no era el de apoderarse de aquel puerto, sino otro de muchísima más importancia. San Martín no desconoció el problema de Guaya-

quil y aludió a él en más de una oportunidad; pero en ningún momento manifestó los deseos que le atribuyen algunos historiadores: de apoderarse de la ciudad. Ello no significa que no haya contemplado con agrado la posibilidad de que Guayaquil decidiese por sí mima la incorporación al Perú. Su frase, tantas veces repetida, dicha a Tomás Guido al regresar de la entrevista: el Libertador « nos ha ganado de mano », podría hacer creer a un historiador no familiarizado con la gran cantidad de documentos que se refieren a estos hechos, que San Martín tuvo el propósito de adelantarse a Bolívar en la anexión de Guayaquil. El mismo Bartolomé Mitre, con los escasos elementos que disponía en su tiempo, creyó en esta posibilidad y escribió que San Martín se hizo preceder por la escuada peruana, « con el pretexto de recibir la división auxiliar peruano-argentina que desde Quito debía embarcarse en dicho puerto. Ocupada así la ciudad por agua y tierra, el Protector contaba ser dueño del terreno, para garantir el voto libre de los guayaquileños, y tal vez para inclinarlo a favor del Perú ». Mitre no dice precisamente que San Martín quiso anexar Guayaquil al Perú, sino « tal vez para inclinarlo a favor del Perú ». La expresión es más suave y nosotros coincidimos con ella al decir que San Martín habría visto con agrado esa anexión. Mucha gente entonces lo suponía, empezando por Bolívar y por Cochrane, el cual escribió en sus *Memorias*: « En vez de apoderarse de la capital, en donde el ejército hubiera sido a la sazón bien recibido, se determinó a enviar a Guayaquil la mitad del ejército para anexarse aquella provincia, siendo ésta la primera demostración, por parte del general San Martín, para fundar un imperio que le perteneciese, pues nada menos que a ésto aspiró más tarde, bien que el objeto declarado de la expedición fuese el poner a las provincias del Pacífico del Sur en estado de hacerse independiente de España, dejándolas libres de escoger sus propios gobiernos, según se había repetido y solemnemente declarado por el gobierno chileno y por él mismo ».

Tanta fantasía indigna o divierte. Cochrane dice cuáles eran los propósitos expuestos documentalmente por San Martín y el Gobierno del Perú y luego penetra en los secretos del alma de San Martín, para revelar que quería hacerse un imperio. Como vemos, la leyenda de la anexión de Guayaquil está bien fundada sobre calumnias, suposiciones y aun las justas simpatías con que el propio San Martín habría visto dicha anexión; pero la anexión, repeti-

mos, no fué el propósito del viaje como creyeron historiadores antiguos y modernos. San Martín conocía, por propias declaraciones de Bolívar, las intenciones del Libertador acerca de Guayaquil y por ello se refirió a esta ciudad, como dijimos, en más de una oportunidad. Bolívar pensó que San Martín deseaba anexarla al Perú y por ello produjo el documento que descubrió Cortés Vargas, fechado en el Cuartel General del Trapiche, el 10 de junio de 1822, y en cuyas partes principales dice:

« Al Señor Secretario de Relaciones Exteriores:

Por la marcha de mi Secretario el Coronel Pérez en comisión, cerca del gobierno de Quito, tengo yo mismo que dirigirme a V. S. para incluirle una correspondencia del Protector del Perú de bastante importancia por su contenido, y otra nota del mismo Señor Protector dirigida al Gobierno de Guayaquil y publicada en la *Gaceta del Patriota* de aquella ciudad.

Por esos documentos podrá observar V. S. que el Protector del Perú pretende: 1º Mezclarse en los negocios internos de Colombia, con respecto a las relaciones con sus provincias. 2º Que el Protector afirma que Guayaquil no debe quedar independiente sino debe decidirse por uno de los dos Estados. 3º Que el mismo Protector le ofrece a Guayaquil que el Perú mirará como interés propio la independencia de Guayaquil.

El espíritu que reina en Guayaquil es bien conocido de V. S. y creo que es notorio a todos, y las contradicciones que se observan en las comunicaciones del Protector son de naturaleza a hacer vacilar sobre su buena o mala fe. En consecuencia de todo esto y de mucho más que no digo porque no tengo tiempo para ello, he creído de mi deber consultar al Poder Ejecutivo sobre la línea de conducta que yo debo seguir con respecto a Guayaquil y al Perú, en la cuestión presente sobre la segregación de Guayaquil y la intervención del Perú ».

El descubridor de este documento, Carlos Cortés Vargas, da fin a su artículo con estas palabras:

« Esperamos haber puesto punto final al debatido tema de la Conferencia de Guayaquil, en la cual, repetimos, no se trató nada fundamental para la libertad de América, porque San Martín no esperaba encontrarse con Bolívar, y al tomar contacto con él se desconcertó por completo y sólo procuró salir del mal paso lo más pronto posible ».

No nos explicamos cómo se pueden hacer estar afirmaciones. En la conferencia no sólo se trataron cosas fundamentales, sino fundamentalísimas, como ser la federación de Perú y Colombia, la unión de los ejércitos de las dos naciones y la terminación de la guerra. En cuanto al valor del documento descubierto no pasa del detalle de la curiosidad y es nulo históricamente. Sólo demuestra la preocupación de Bolívar; pero no revela ningún pensamiento hasta ahora ignorado de San Martín. Este pensamiento puede verse con nitidez en las dos comunicaciones a que hace referencia el propio Bolívar: la que le había dirigido San Martín y la que había llegado al Gobierno de Guayaquil. No comprendemos porque el señor Cortés Vargas, para conocer las verdaderas intenciones de San Martín, no leyó estas dos cartas, que son las que motivaron la nota de Bolívar, y dió tanta importancia, en cambio, a la consulta del Libertador, originada, precisamente, por esas dos cartas. Si estos escritos de San Martín se desconociesen quedaría justificada la utilización de la consulta de Bolívar; pero siendo conocidísimos era preciso basarse directamente en ellos y no detenerse en un documento extraño a San Martín que sólo se refiere a ellos, como es éste recientemente descubierto. Pues bien: la carta dirigida al Gobierno de Guayaquil, fechada el 23 de agosto de 1821, no contiene otras ideas políticas que las que San Martín expresó en la entrevista a Bolívar. Dijo en ella San Martín al Presidente de la Junta gubernativa de Guayaquil.

« Desde que recibí la primera noticia del feliz cambiamiento que hizo esa provincia de su antigua forma, me anticipé a mostrar al gobierno que entonces existía, por medio de mis diputados el general Luzuriaga y el coronel Guido, cuáles eran las ideas que me animaban con respecto a su destino. Mi grande anhelo era entonces y nunca será otro que ver asegurada su independencia bajo aquel sistema de gobierno que fuese aclamado por la mayoría del pueblo, puesto en plena libertad de deliberar y cumplir sus votos. Consecuente a estos principios, debo repetir a U. S. en contestación a su nota oficial del 29 del pasado, que invariable en el plan que me he propuesto, yo no tomaré otra parte en los negocios de ese país, que la que convenga al cumplimiento de la resolución heroica que adoptó el día de su regeneración.

Por lo demás si el pueblo de Guayaquil espontáneamente quiere agregarse al departamento de Quito o prefiere su incorporación al

Perú o si en fin resuelve mantenerse independiente de ambos, yo no haré sino seguir su voluntad y considerar esa provincia en la posición política que ella misma se coloque.

Para remover sobre este particular toda ambigüedad, es bien obvio que el expediente de consultar la voluntad del pueblo, tomando las medidas que ese gobierno estime conveniente a fin de que la mayoría de los ciudadanos exprese con franqueza sus ideas y sea ésta la norma que siga U. S. en sus resoluciones, sirviéndose en tal caso avisarme el resultado para nivelar las mías».

Ni una palabra distinta a las que expuso en Guayaquil a Bolívar. San Martín no varió jamás su pensamiento respecto a Guayaquil: esta ciudad debía resolver por si misma su destino. En la carta a que Bolívar se refiere, que le dirigió San Martín desde Lima el 3 de marzo de 1822, el Protector le repite los mismos conceptos:

« Siempre he creído que en tal delicado negocio, el voto espontáneo de Guayaquil sería el principio que fijase la conducta de los Estados limítrofes, a ninguno de los cuales compete prevenir por la fuerza la deliberación de los pueblos... No es nuestro destino emplear la espada para otro fin que no sea el de confirmar el derecho que hemos adquirido en los combates para ser aclamados por libertadores de nuestra patria. Dejemos que Guayaquil consulte su destino y medite sus intereses para agregarse libremente a la sección que le convenga, porque tampoco puede quedar aislado sin perjuicio de ambos».

San Martín dijo en estas notas, como acaba de leerse, y repitió a Bolívar en Guayaquil, como atestiguó el propio secretario del Libertador, que Guayaquil debía resolver por si misma su destino. Cuando Bolívar recibió la nota anterior y se enteró de la que hemos transcripto, dirigida por San Martín al Presidente de la Junta Gubernativa de Guayaquil, tuvo sospechas acerca de las verdaderas intenciones y escribió la consulta descubierta por el señor Cortés Vargas. Las dudas, sospechas, vacilaciones, temores, etcétera, de Bolívar no son elementos ni pruebas para juzgar las intenciones y propósitos de San Martín. Además estaban basadas en dos documentos bien conocidos, publicados en Buenos Aires, en 1910, en la colección *Documentos del Archivo de San Martín* (tomo VII, pág. 432) y en el *Arbitraje de límites entre Perú y el Ecuador. Documentos anexos a la Memoria del Perú* (volumen I, del nº 1 al 42, anexo nº 1, pág. 21). Es por estas razones, repetimos, que el docu-

mento descubierto nada agrega a lo sabido y sólo nos revela que Bolívar creyó necesario consultar al Consejo de Secretarios y a los miembros del Senado. La respuesta, firmada por don Pedro Gual, hizo saber al Libertador que el Congreso había resuelto que « para la incorporación de las Provincias que componen la Presidencia de Quito se emplease con preferencia el medio de una negociación amigable al de la fuerza » y que « la resolución de lo que convenga hacer en el caso presente es por lo tanto de vuestra exclusiva incumbencia. Podemos adoptar medidas extremas, si se quiere, sin ofender a nadie ». (Puede leerse íntegramente en O'Leary, tomo XIX, pág. 320 y en el artículo de Cortés Vargas). Bolívar tenía sobre el particular ideas distintas a las de San Martín. Por ello le escribió desde Quito, el 22 de junio de 1822, a los doce días de la consulta descubierta por Cortés Vargas:

« Yo no pienso como V. E. que el voto de una provincia debe ser consultado para constituir la soberanía nacional, porque no son las partes sino el todo del pueblo el que delibera en las asambleas reunidas libre y legalmente... V. E. ha obrado de un modo digno de su nombre y de su gloria no mezclándose en Guayaquil, como me asegura, sino en los negocios relativos a la guerra del continente. La conducta del gobierno de Colombia ha seguido la misma marcha que V. E.; pero, al fin, no pudiendo ya tolerar el espíritu de facción, que ha retardado el éxito de la guerra y que amenaza inundar en desorden todo el Sur de Colombia, ha tomado definitivamente su resolución de no permitir más tiempo la existencia anticonstitucional de una junta que es el azote del pueblo de Guayaquil y no el órgano de su voluntad. (Puede leerse íntegramente en Vicente Lecuna, *Cartas del Libertador,* tomo III, 1822-1823, págs. 50-52) ».

No puede afirmarse, con la consulta de Bolívar del 10 de junio de 1822, que San Martín no tenía otra idea que anexar Guayaquil al Perú y que para ello preparó su entrevista con Bolívar. La expresión de San Martín de que Bolívar « nos ha ganado de mano » sólo indica que el Libertador impidió que Guayaquil decidiese libremente su porvenir político conforme aspiraban San Martín y los demás argentinos. Está de acuerdo con sus declaraciones y no hay ninguna razón para darle un significado que se hallaría en abierta contradicción con lo que siempre expresó San Martín. Lo que consta en todos los documentos que se refieren a la entrevista y a lo que se habló en ella es la unión de los ejércitos peruanos y colom-

bianos por medio de una federación del estado del Perú y de la república de Colombia, para terminar cuanto antes la guerra contra los españoles. La comprobación de estos antecedentes es la base que hace cada vez más sólida e indestructible nuestra teoría de que San Martín no pidió hombres a Bolívar, sino que le propuso la unión de los ejércitos colombiano y peruano. En efecto: cuando San Martín delegó el mando en Torre Tagle, para dirigirse a Guayaquil, escribió: «Los intereses generales del Perú y de Colombia, la enérgica terminación de la guerra que sostenemos y la estabilidad del destino a que con rapidez se acerca la América, hacen nuestra entrevista necesaria». La entrevista debía realizarse, pues, no para lograr la anexión de Guayaquil, sino para terminar enérgicamente la guerra y hacer estable el destino a que con rapidez se acercaba la América. Para este fin, San Martín hizo firmar en Lima, el 6 de julio de 1822, un tratado de Federación entre el Perú y Colombia. Monteagudo firmó en representación del Perú y el general Joaquín Mosquera en representación de Colombia. Este tratado, que no llegó a ratificarse, decía en su artículo primero:

«La república de Colombia y el estado del Perú se unen, ligan y confederan desde ahora para siempre, en paz y guerra, para sostener con su influjo y fuerzas marítimas y terrestres en cuanto lo permitan las circunstancias, su independencia de la nación española y de cualquiera otra dominación extranjera y asegurar después de reconocida aquélla, su mutua prosperidad, la mejor armonía y buena inteligencia, así entre sus pueblos, súbditos y ciudadanos, como con las demás potencias con quienes deben entrar en relaciones».

Aquí tenemos revelado el motivo del viaje de San Martín a Guayaquil: la confederación de Colombia y el Perú para sostener su independencia con sus fuerzas marítimas y terrestres y asegurar su mutua prosperidad. San Martín marchó a Guayaquil con este único propósito, no habló de otro tema con Bolívar y, al no lograrlo, se retiró. La confirmación la hallamos en las cartas del propio San Martín, en que refiere sus esfuerzos para conseguir la colaboración de Bolívar, y en el famoso informe del secretario de Bolívar, José Gabriel Pérez, donde repite, hasta el cansancio, que San Martín no tenía otra idea fija que la de unir ambos ejércitos: «Esta parte de la federación, es la que más interesa al Protector y cuyo cumplimiento desea con más vehemencia». Los documentos, de uno y otro bando, se unen, explican y complementan maravillosamente. El

general Tomás Cipriano Mosquera, ayudante de Bolívar, combatido por detalles erróneos, también dijo en su tiempo: San Martín «resolvió verse con el Libertador para comunicarle sus miras y concertarse en el plan de obrar para la conclusión de la guerra de la independencia... Este era el misterio de aquella conferencia...».

En cuanto a la tesis sostenida por ilustres investigadores, de que San Martín marchó a Guayaquil para lograr la anexión de esta ciudad al Perú, ella no se encuentra ni por asomo en toda la documentación referente a la conferencia. Así lo hicieron notar, muy bien, Ricardo Rojas y Augusto Barcia Trelles. Por el contrario, tanto San Martín como Bolívar y su secretario, José Gabriel Pérez, dejan clara constancia que el problema guayaquileño no fué tocado y que San Martín declaró, insistentemente, que él debía ser resuelto por los propios habitantes de la ciudad. Lo que más preocupaba a San Martín no era la anexión de una ciudad al Perú, sino la pronta terminación de la guerra. Esto es lo que él dijo en todas sus cartas y lo que confirmaron Bolívar y Sucre. Después de la conferencia, al no lograr la unión de los ejércitos del Perú y de Colombia, San Martín tuvo malos pensamientos respecto a Bolívar; pero estas ideas, que tampoco se refieren a Guayaquil, son posteriores a la conferencia y no anteriores; son un triste resultado, no el propósito que la produjo. Muchos son los historiadores que cometen el gravísimo error de confudir las consecuencias con las causas y juzgar estas últimos por las primeras. En este problema no hay que averiguar el motivo de la conferencia por lo que San Martín dijo después de ella, sino por lo que dijo antes de ella. Una cosa son los pensamientos de San Martín antes de encontrarse con Bolívar y otra cosa son sus pensamientos después de haberse despedido de él. Tengan en cuenta estos hechos los críticos americanos y ya no caerán en las confusiones en que tantas veces han caído.

Suponemos que los estudiosos han entendido, por fin, en qué consistió el ofrecimiento de San Martín: consistió en la unión de ambos ejércitos. El mando en jefe lo habría desempeñado Bolívar; San artín habría sido el segundo. Olvídese para siempre la leyenda de que San Martín ofreció única y exclusivamente su persona a Bolívar y que Bolívar la rechazó. La historia romántica, de carácter homérico, debe dejar su lugar al historismo, a la historia crítica y documental, a la comprensión de las ideas y de la política en su momento histórico. No creemos, por estas razones, en una afirmación

de Sarmiento que atrfibuye a San Martín. Éste le abría dicho en Grand Bourg: « A todo esto, Bolívar oponía que él dependía absolutamente del Congreso de su país y que no podía arreglar nada de por sí. San Martín me decía al referirme esto: —Imagínese usted que yo lo dominaba de todo mi busto y estaba viendo a aquel hipócrita, confuso, mirando a un lado, mientras daba estas pueriles excusas, para disimular su deseo de mandar solo ». Poco antes, Sarmiento dijo que San Martín, en su habitación, contigua al comedor, tenía una litografía que representaba a Bolívar. Sarmiento no se dió cuenta del daño que hacía a San Martín atribuyéndole un insulto a su más grande amigo.

Es la historia homérica, de los héroes en pugna, la que hizo atribuir a San Martín, por Sarmiento, semejante juicio. Los libertadores estuvieron siempre unidos, maravillosamente, en el recuerdo. Ellos sabían que eran los hombres más grandes de América. San Martín tuvo toda su vida a su lado el retrato de Bolívar, y Bolívar hizo reponer, en más de una ocasión, el retrato de San Martín cuando sus enemigos lo retiraban. Son los historiadores modernos quienes tergiversan las palabras de San Martín y, al mismo tiempo, denigran a Bolívar. Son los postrománticos, partidarios del culto irrazonado y entihistórico de los héroes, quienes han querido hacer combatir a dos muertos que nunca combatieron en vida. En el caso presente hemos de decir que Sarmiento es el creador, en la Argentina, de la leyenda de la incomprensión entre San Martín y Bolívar. Esta leyenda tenía sus antecedentes en el mismo Lafond y en viajeros ingleses que recogieron las suposiciones del pueblo comentador e ignorante. Mucho admiramos a Sarmiento por su obra de sociólogo y de pensador liberal. Nos contamos entre los fundadores del Instituto Sarmiento de Sociología e Historia y comenzamos la publicación de sus obras selectas con estudios preliminares que hacen justicia a su labor extraordinaria; pero ello no impide que juzguemos, en esta oportunidad, su valor testimonial. Sarmiento se jactó de ser el primer autor que obtuvo de San Martín datos directos sobre la entrevista de Guayaquil. Ello es inexacto: el primer autor fué el capitán Lafond de Lurcy. Sarmiento refirió en tres oportunidades su conversación con San Martín acerca de la célebre entrevista y las tres veces hizo decir a San Martín las mismas cosas con palabras distintas: en su discurso presentado al Instituto Histórico de Francia, impreso en 1848; en su artículo *Bolívar y San Martín. Rectifi-*

cación Histórica, publicado en el *Sud América,* del 17 de julio de 1851, y en las páginas escritas en Nueva York a mediados de 1867. Además compuso una biografía de San Martín, publicada en el tomo tercero de sus *Obras completas,* en la cual dijo que San Martín salió de la entrevista de Guayaquil « vencido y juzgado. Era hombre no más, Bolívar era el genio de la dominación y del poder ». Este Sarmiento que presentó a San Martín como un hombre vencido y a Bolívar como el genio triunfante de la dominación y del poder, no obtuvo, en realidad, en sus conversaciones con San Martín, ningún dato sobre la entrevista de Guayaquil. Todo lo que Sarmiento refirió de la célebre entrevista, como oído de boca de San Martín, es la simple glosa y repetición de lo que escribió Lafond. Sarmiento conoció y citó su obra y sólo agregó el detalle de un oficial de Bolívar que se presentó ante San Martín a ponerse a sus órdenes. Este pormenor puede ser cierto y también puede ser inventado para contrabalancear el ofrecimiento que San Martín había hecho de sí mismo a Bolívar. San Martín no dió ningún dato nuevo a Sarmiento. El mismo Sarmiento confiesa que una carta de Bolívar, « que han visto algunos americanos, entre otros don Manuel Guerrico », « no pude verla », pues San Martín dijo que se le había empapelado. Sarmiento confiesa que San Martín tenía setenta y cinco años cuando él lo trató, que mostrada « debilidades terrenales, con enfermedades de espíritu adquiridas en la vejez », que su « inteligencia, tan clara en otro tiempo », « declina ahora », y que en su mente « todas sus ides se confunden ». La realidad era más favorable a San Martín, empezando por el hecho de que no tenía, cuando lo visitó Sarmiento, setenta y cinco años, sino sesenta y ocho. Este hombre semidecrépito no contó, sin duda, a Sarmiento que Bolívar era un hipócrita ni pudo referirle, con una exactitud tan grande, palabra por palabra, lo que en 1840 posiblemente relató a Lafond. Eduardo L. Colombres Mármol, en su discutida, pero bien inspirada obra *San Martín y Bolívar en la entrevista de Guayaquil* (Buenos Aires, 1940), ha hecho, a este respecto, un análisis exacto e imparcial. « Insistimos, pues, —dice— en que la verdadera fuente documental de Sarmiento para las incursiones históricas que ha hecho sobre la Entrevista de Guayaquil, fué el libro del capitán Lafond, al que sigue poco menos que literalmente en su descripción de la Entrevista. Y que fuera de las informaciones obtenidas por Lafond, Sarmiento no ha aportado, para esclarecer el misterio, ningún dato nuevo ». Es curioso que Sar-

miento, en 1867, en Nueva York, diese a conocer una opinión de San Martín sobre Bolívar que se le había quedado en el tintero en su discurso para el Instituto Histórico de Francia, en su artículo del *Sud América* y en su biografía de San Martín. Lo que no dijo en tres oportunidades, lo dijo veinte años después, cuando se discutía la gloria de los dos libertadores. Sarmiento presenta entonces a los dos héroes al estilo de Homero: uno alto, fuerte; el otro bajo, que no mira a la cara, lleno de ambición. Para colmo, San Martín habría dicho a Sarmiento que Bolívar era un hipócrita. No dudamos de la palabra de Sarmiento; pero también nos parece extraño que San Martín haya tenido, durante todo su destierro, en su dormitorio, el retrato de un hombre a quien, según Sarmiento, consideraba un hipócrita y haya ordenado a su hija Mercedes, buena pintora, que pintara el más hermoso retrato del hombre a quien él más admiraba: el retrato del hipócrita Bolívar.

Nosotros no contemplamos la historia con el criterio simplista de los tiempos de Homero ni con el sentimiento apasionado de la época romántica. Por ello no nos basamos en opiniones de autores, por más respetables que ellas sean, siempre pasajeras, mal fundadas y envenenadas por el patrioterismo. Vamos directamente a la historia de las ideas, a los documentos de los protagonistas y, entre los papeles directos, a los que esgrimen nuestros contrarios. Es por ello que hemos probado la autenticidad de la carta de Lafond con los informes de la conferencia de Guayaquil redactados, bajo la dirección de Bolívar, por su secretario José Gabriel Pérez.

Sin estos informes, que nosotros comparamos por primera vez con la carta llamada de Lafond, nunca se habría podido prober, de un modo que no admite más discusiones, la autenticidad de esa carta de San Martín: se habría supuesto que San Martín marchó a Guayaquil principalmente para obtener de Bolívar hombres con los cuales continuar la guerra en el Perú; pero no se habría podido prober, repetimos, la autenticidad de la carta de Lafond. Esta conquista definitiva de la crítica histórica y, en especial, ideológica, no aumenta la gloria de San Martín ni disminuye la de Bolívar. Hay que hacer de la historia una ciencia objetiva y no una pasión de sectarios. Cada historiador debe exponer con sinceridad sus conclusiones. Si estas conclusiones están equivocadas, ya se halla suficientemente castigado el historiador que las sustenta. Querer perseguir a un intelectual porque defiende, de buena fe, una idea equivocada

es impropio de hombres que viven en países nacidos de la libertad, por la libertad y para la libertad. En el caso presente, repetimos, no convertimos en una cuestión personal, como hacen ciertos estudiosos, nuestra divergencia crítica con quienes sostienen, por ejemplo, la falsedad de la carta publicada por Lafond. Esta carta, si no existiera, no modificaría la posición ideológica de los dos libertadores que hoy ha conseguido fijar la historia. No era necesario un documento tan claro para saber la verdad. Basta con analizar las cartas, indiscutidas, de San Martín a Miller y a Castilla, las referencias recogidas por Guido y, sobre todo, los informes de la conferencia de Guayaquil remitidos por el secretario de Bolívar al gobierno de Colombia y al entonces general Sucre. Muchos historiadores han tenido la intuición de la verdad; pero ninguno ha hecho el análisis ideológico comparativo de estas cinco fuentes documentales. La desorientación crítica hacía suponer que los informes sobre la conferencia de Guayaquil emanados del propio Bolívar eran contrarios, en sus conclusiones, a los que salieron de la pluma de San Martín. Nosotros, en cambio, estamos convencidos, y así lo demostramos, que no sólo no son contrarios, sino que unos y otros se complementan admirablemente. Un cuadro comparativo o sinóptico con las frases básicas de la carta publicada por Lafond, la carta a Miller, la carta a Castilla, los informes de Guido y los informes de Bolívar lo evidencia de un modo clarísimo e innegable. El error de todos los historiadores, de oponer una documentación a otra documentación, en vez de compararlas y unirlas, ha hecho oponer, también, dos tesis históricas. Los partidarios de la carta de Lafond explican la renuncia de San Martín por el hecho de no haberle facilitado un ejército Simón Bolívar y no haber aceptado su humilde colaboración. Los negadores de la carta de Lafond explican la renuncia de San Martín por sus viejos deseos de querer retirarse a la vida privada y la comprobación de que Guayaquil ya estaba incorporada a Colombia. La historia desapasionada que cultivamos nosotros, fría y siempre dispuesta a decir la verdad, a pesar de las incomprensiones y de las persecuciones de que somos objeto en nuestra propia Patria, nos demuestra que ambas explicaciones no se oponen, sino que se complementan. San Martín se dirigió, como él mismo declaró en Lima, en un bando del 19 de enero de 1822, «a encontrar en Guayaquil al Libertador de Colombia: los intereses generales de ambos estados, la enérgica terminación de la guerra que sostenemos y la estabilidad

del destino a que con rapidez se acerca la América, hacen nuestra entrevista necesaria ya que el orden de los acontecimientos nos ha constituído en alto grado responsables del éxito de esta sublime empresa». Fué con la esperanza de alcanzar una fuerte ayuda de Colombia por medio de Bolívar; pero llevaba también en el alma el propósito de renunciar a todo mando y alejarse de la política. La prueba la tenemos en repetidas manifestaciones de querer renunciar a su cargo de Protector. En una comunicación a La Serna, del 14 de julio de 1822, había vuelto a declarar que abandonaría el poder, en el Perú, «apenas se instale el Congreso Constituyente». Y más aún: hoy podemos afirmar lo que nunca se ha afirmado: San Martín salió al encuentro de Bolívar, en Guayaquil, completamente decidido a renunciar al poder. En otras palabras: antes de encontrarse con Bolívar, San Martín ya estaba resuelto a no seguir gobernando. Tienen, pues, razón los historiadores bolivaristas cuando sostienen que no debe culparse a Bolívar la renuncia de San Martín, y tienen, también, razón, los historiadores sammartinistas cuando declaran que se debe a Bolívar el alejamiento de San Martín. Tal vez parezcan estas palabras una contradicción: ambos bandos de historiadores están en lo cierto al sostener una parte de la verdad y en un error al querer extender esa verdad a otra parte que no lo es. Nosotros no estamos totalmente ni con unos ni con otros, sino con la verdad plena. Proteste quien protestare y caiga quien cayere, sólo repetimos lo que dicen los documentos y los hechos confirman. Aquí traemos la prueba, tan olvidada por todos los historiadores, de que San Martín partió de Lima con un plan perfecto de renuncia en la cabeza. Él se dirigiría a Guayaquil, se entrevistaría con Bolívar, regresaría al Perú, se recibiría otra vez del poder, abriría el Congreso y renunciaría al mando político. Todo esto lo llevaba resuelto San Martín antes de divisar las costas de Guayaquil. Tan cierto es este hecho que, atreviéndonos a cualquier consecuencia, habríamos sostenido que los historiadores bolivaristas tenían la absoluta razón, si otros documentos, emanados del propio San Martín, con veintiún años de diferencia, no confirmasen sus palabras y, además, el testimonio indiscutible del secretario de Simón Bolívar no probase, hasta lo infinito, que San Martín dijo en Guayaquil lo que declara en la carta de Lafond. Así como hemos probado, por primera vez en estos estudios, con el informe del secretario de Bolívar al gobierno de Bogotá y al general Sucre, que la carta llamada de Lafond es

auténtica y que San Martín se ofreció a combatir bajo las órdenes de Bolívar, vamos, ahora, a demostrar, con otro documento que nadie se atreverá a poner en duda, que San Martín, antes de llegar a Guayaquil, ya tenía resuelto todo lo que realizó después de haber escuchado la negación de Bolívar.

El 21 de marzo de 1822, José García del Río, el gran amigo de San Martín, su consejero y hombre de confianza, le escribió desde Santiago de Chile una extensa carta en la cual le atestiguaba que O'Higgins seguía siendo un fiel amigo, que en Buenos Aires el Padre Castañeda había escrito en su contra —de San Martín— un libelo difamatorio, que en Buenos Aires tenía muchos enemigos y que «el único amigo que parece tienen usted en el otro lado es Bustos, el cual defiende a usted a capa y espada, con la mira, según dice, de que nombren a usted director por las provincias federadas y quedar él de delegado». Luego, le hablaba de su viaje a Guayaquil y le decía:

«Personas hay aquí que creen que usted se ha ido de puro aburrido y que en lugar de tener la entrevista con Bolívar, sólo ha sido este un pretexto para marcharse a Europa. Otres creen que usted ha tenido que ceder a la necesidad y aparentar que renunciaba para evitar el golpe de una revolución; y como la causa perdería mucho con que esta voz se generalizase y, por otra parte, no hay para qué dar margen a que se alegren nuestros enemigos, me parece absolutamente indispensable que cuando usted regrese de su viaje, entre otra vez en el mando y se reciba de él con la mayor solemnidad posible; en seguida proceda usted a la apertura del Congreso y allí puede renunciar al mando político, sin que entonces tenga nadie que morder a usted, ni quede lugar a creer que el paso ha sido forzado».

Estas palabras no pueden ser más claras. San Martín las obedeció ciegamente como la historia demuestra punto por punto. En Chile se decía que San Martín se había alejado de puro aburrido o había tenido que irse para evitar una revolución. García del Río no quería que los enemigos de San Martín se alegrasen de ese alejamiento y pensasen que el paso había sido forzado. Para ello le aconsejaba que se recibiese solemnemente del mando una segunda vez, abriese el Congreso y luego renunciase. San Martín, repetimos, no se apartó una línea de estas indicaciones y anunció a sus amigos, y hasta al mismo La Serna, como hemos visto, que, una vez instalado el Con-

greso, renunciaría. Todo ello, téngase bien en cuenta, cuatro meses antes de encontrarse con Bolívar.

Esta revelación fué hecha por nosotros, en una conferencia pública en el Círculo Militar, de Buenos Aires, organizada por la Sociedad Bolivariana de la República Argentina, el día 29 de agosto de 1947. Por primera vez en la historia argentina quedó demostrado que la renuncia de San Martín no se debió a Bolívar, sino a causas anteriores a su viaje a Guayaquil. Esta conclusión fué aplaudida por los historiadores cultos, tanto argentinos como extranjeros, y combatida, con las armas más bajas, por un grupo insignificante de personas, sin ninguna autoridad histórica, que trata de mantener vivos viejos odios internacionales. En cambio, la institución de mayor transcendencia en los estudios históricos americanos, por medio de uno de los intelectuales de mayor renombre en nuestra Patria, vino inmediatamente a confirmar nuestra revelación.

La Academia Nacional de la Historia, en el volumen sexto, segunda sección, de la *Historia de la Nación Argentina*, publica en el capítulo XI un estudio magistral del doctor Ricardo Rojas sobre *La entrevista de Guayaquil*, cuyas conclusiones son exactamente las nuestras. Es admirable y revelador de la exactitud histórica el hecho de que dos historiadores argentinos, sin comunicarse en absoluto ningún dato, hayan llegado a un mismo final en sus estudios críticos del mismo problema. Nuestra conferencia, entregada, por cortesía, el mismo día en que fué pronunciada, 29 de agosto de 1947, a la Sociedad Bolivariana de la República Argentina, el Instituto Nacional Sanmartiniano y a la Embajada de Venezuela, para que se conservase en sus archivos, demuestra, como hemos visto, que el 21 de marzo de 1822 García del Río indicaba a San Martín cómo debía digirise a Guayaquil y renunciar a su regreso: todo ello cuatro meses antes de encontrarse con Bolívar. Pues bien: el doctor Ricardo Rojas en su estudio aludido, terminado de imprimir, según el colofón de la obra, el 8 de septiembre de 1947 y puesto en circulación unos dos meses después, va aún más lejos que nosotros y demuestra que San Martín tenía resuelta su renuncia, no cuatro meses antes de encontrarse con Bolívar, como sostuvimos por vez primera en estos estudios, sino un año antes de dar la mano al Libertador en Guayaquil. Los críticos faltos de honradez histórica que quisieron presentar al doctor Rojas y al autor de estas líneas como en abierta contradicción, quedan ahora desenmascarados frente a las personas que

lograron engañar. El doctor Rojas, al estudiar *La abdicación, la ausencia, la verdad*, dice que « al encargarse del Protectorado, San Martín escribió a O'Higgins lo siguiente:

« Los Amigos (La Logia), me han obligado terminantemente a encargarme de nuestro gobierno y he tenido que hacer el sacrificio, pues conozco que de no ser así el país se envolvería en anarquía ».

Estas líneas empiezan por demostrar que San Martín obedecía a la masonería en lo que se refería a determinados asuntos de gobierno y que para evitar la anarquía había debido encargarse del gobierno con sacrificio. Tenemos, pues, la confesión plena de San Martín de que había aceptado el poder a disgusto y por imposición de la masonería. Hecha esta aclaración seguimos con las palabras de Rojas: « Y a continuación esta frase que destaco »:

« Espero que mi permanencia no pasará de un año ».

Es la declaración terminante de San Martín de no gobernar más de un año en el Perú. Por ello, Ricardo Rojas escribe estas hermosas líneas que tan brillantemente confirman nuestras conclusiones: « Esa carta es del 10 de agosto de 1821, y al año justo, en agosto de 1822, San Martín convocaba al Congreso, renunciaba al poder, y se alejaba del Perú « para retirarse a descansar », como dijo. Así lo había manifestado también en el curso de ese año, a su suegro el señor Escalada, al marino inglés Basil Hall, a Lord Cochrane, y a otros conmilitones ». Un año antes de encontrarse con Bolívar, San Martín tenía resuelto su renncia. No debe sorprender si nosotros hemos hallado igual resolución cuatro meses antes del mismo encuentro. Nosotros no citamos los testimonios traídos por Rojas, ni Rojas citó la carta de García del Río, que planea la forma en que San Martín debía renunciar, traída por nosotros. Repetimos que rara vez se ha producido en nuestra historia un caso de coincidencia erudita en conclusiones exactas como la de Rojas y nosotros. Nuestra teoría nos hace, pues, declarar, con convencimiento pleno, que Rojas está en lo cierto al sostener que San Martín no renunció por culpa de Bolívar: « Al comunicarle a Bolívar su próximo retiro, San Martín se atiene a una decisión anterior. No procede por rapto emocional momentáneo. Todo lo ha pensado largamente. Son, pues, erróneas las versiones que atribuyen la « abdicación » del Protector al fracaso de la entrevista. La cronología, como se ve, basta en el presente caso para resolver el problema ». Hacemos nuestras estas palabras de Rojas. Nosotros pronunciamos poco antes idénticos conceptos frente al

público más autorizado de Buenos Aires. La cronología y una serie de testimonios documentales impresionantes resuelven marvillosamente el problema. A Rojas y a nosotros se debe la defensa de esta nueva tesis que termina para siempre con leyendas calumniosas destinadas a fomentar rencores y odios absurdos. Quienes se han levantado contra esta teoría quedan, ahora, hundidos en la derrota. Para evitarles el ridículo no mencionamos sus nombres.

La historia de la famosa entrevista ha llegado a un punto definitivo. Los argentinos auténticos comprenderán y defenderán la verdad que aquí exponemos y dirán que San Martín renunció al mando político porque le repugnaba la política y porque el ambiente político del Perú le hacía, realmente, imposible el seguir gobernando. No hay un contemporáneo de San Martín que no confiese esta verdad. « Había muchas intrigas políticas por aquel tiempo tanto en Chile como en Buenos Aires —dice Samuel Haigh que conoció tan de cerca los acontecimientos— y San Martín se disgustó tanto, que por la falta de cooperación renunció a todo mando y se presentó a Mendobza vestido de paisano ». El propio San Martín declaró a Bolívar, en su entrevista, que « había dejado un pliego cerrado para que lo presentasen al Congreso renunciando al protectorado » (informe de José Gabriel Pérez). Esto tampoco nunca se ha dicho: San Martín, cuando embarcó para Guayaquil, ya había dejado un pliego cerrado que contenía su renuncia: entiéndase bien: antes de conocer personalmente a Bolívar. Es, pues, una infamia el afirmar que San Martín renunció al poder, en el Perú, por culpa de Bolívar. San Martín, antes de partir para Guayaquil, como dijo él mismo más tarde a Bolívar y como prueba, incustionablemente, el testimonio de García del Río, en que explica a San Martín cómo debe llevar a cabo su renuncia cuatro meses antes de entrevistarse con Bolívar, ya había resuelto, de un modo terminante, renunciar al poder político. En cambio tenía la esperanza de unir los ejércitos del Perú y Colombia y ser el segundo jefe de esa coalición para terminar cuanto antes la guerra contra España. Repetimos: San Martín no quería seguir gobernando como político; quería seguir combatiendo contra los absolutistas españoles como soldado. Por ello dijo a Bolívar que ya había renunciado al poder político, en un pliego cerrado, y por ello se ofreció como segundo a Bolívar en el nuevo ejército que podía formarse. Bolívar respondió que la formación del ejército confederado no dependía de su exclusiva voluntad y San Martín se retiró a

Mendoza. Es en este instante, cuando San Martín se retira, que comienzan sus dudas, sus temores de una guerra civil, etc. Estos pensamientos de San Martín, posteriores a la entrevista y nacidos de ella no deben confundirse con los anteriores. Ya hemos dicho que en historia es un grave error mezclar los pensamientos de una época con los pensamientos de otra época. Todo esto que los historiadores deducimos trabajosamente lo sabía muy bien y lo dijo con palabras muy claras don Bernardo Monteagudo en su famosa *Memoria*: « Conociendo la nueva situación de los negocios, él se apresuró a cumplir el voto más antiguo de su corazón, que era dejar el mando ». Esta frase podría ser una expresión de sentmientos morales; pero hay datos más concretos: recuérdese que San Martín declaró que había aceptado el mando, en el Perú, por imposición de la masonería y que estaba dispuesto a no gobernar más de un año: promesa que cumplió exactamente. Pues bien: Monteagudo confirma: « Los jefes del ejército saben que cuando llegamos a Pisco, todos exigimos de él el sacrificio de ponerse a la cabeza de la administración si ocupábamos a Lima, porque creímos que éste era el medio de asegurar el éxito de las empresas militares: él se decidió a ello con repugnancia y siempre por un tiempo limitado ». No se olvide que el propio San Martín, como demostró Rojas, aseguró que no gobernaría más de un año y cumplió a la perfección su palabra. Vemos, pues, cómo Monteagudo explica la renuncia de San Martín y no dice ni una sola vez, ni por asomo ni por error, que ella haya obedecido a Bolívar ni a ningún asunto relacionado con la entrevista de Guayaquil. Monteagudo sabía mejor la historia de estos hechos que cualquier charlatán o fariseo, de nuestros días, improvisado historiador. « Luego que se reunió el Congreso —continúa Monteagudo— dimitió solemnemente el mando, como lo había ofrecido tantas veces pública y privadametne. Un ambicioso no cumple sus promesas con esta fidelidad... ». Monteagudo, historiador, dice a los argentinos que San Martín renunció al mando político porque estaba harto de él y porque así lo había prometido al aceptarlo. Afirmó que no gobernaría más de un año y cumplió su palabra. Los historiadores modernos, antiargentinos y antisanmartinianos, presentan a San Martín como a un embustero y a un ambicioso, dispuesto a no cumplir su palabra y a seguir perpetuamente en el mando político y atribuyen su renuncia, no a su honor de argentino y de soldado, que había prometido no gobernar más de un año, sino a la falta de colaboración de Bo-

lívar. No contentos con presentar como un embustero y un ambicioso a San Martín, atacan a Bolívar como a otro cínico y ridículamente vanidoso. Su doble ignorancia y perversidad envenena la historia de la Argentina y de América toda. Estos enemigos de la pureza de nuestra historia, de San Martín y de Bolívar hacen y seguirán haciendo mucho daño en nuestra Patria. Pero los estudiosos honrados sabrán recoger la verdad que aquí exponemos y, en especial, las luminosas conclusiones de Ricardo Rojas en su estudio citado. Dice, pues, el gran historiador argentino:

« Debemos creer que la anexión de Guayaquil y lo de la monarquía en América, no fueron los motivos del viaje de San Martín ni el desacuerdo con Bolívar, aunque sirviera de máscara para ocultar el motivo real. La entrevista versó sobre la unión de ambos ejércitos, como lo afirma San Martín en su carta a Miller ».

Es lo que nosotros también hemos probado, partiendo de las intepretaciones vulgares y erróneas y llegando a la interpretación exacta. Luego sépase que Bolívar no obró de mala fe ni por ambición al expresar a San Martín que no podía resolver por sí mismo la unión de los ejércitos peruano y colombiano. Rojas explica maravillosamente la situación y los pensamientos encontrados de aquellos momentos:

« Con los documentos utilizados en este ensayo, justifícase el viaje de San Martín a Guayaquil en julio de 1822, y su retiro del Perú en septiembre del mismo año; actos de necesidad militar y de elevada conciencia política. Así mismo puede ser honorablemente explicada la negativa de Bolívar a entregar sus tropas inmediatamente, por ser escasas y por esperar momento más propicio. El ulterior silencio de San Martín es público, y la vaguedad con que Bolívar alude a la entrevista en sus cartas, se justifica plenamente porque no se podía confesar ante el enemigo la inferioridad de ambos ejércitos por separado y la imposibilidad de unirlos en aquel momento. San Martín se alejó inmediatamente para precipitar sucesos necesarios en ambos ejércitos; pero Bolívar tardó un año en ir al Perú, porque debía previamente mejorar sus fuerzas. Al entrar en Lima, halló a los patriotas ya anarquizados. No cabe duda que la unión de ambos ejércitos y de ambos héroes en julio de 1822 habría puesto término a la guerra de 1823, como San Martín lo dijo; pero ello no significa que en la actitud de Bolívar haya habido malicia sino fatalidad. Esto es lo que trasparece del episodio en su conjunto, gracias a los documentos ».

El tema de la entrevista no fué otro, volvemos a repetir, que el de la unión del ejército peruano y del ejército colombiano. Este proyecto de San Martín había comenzado a forjarse en la mente del Protector en 1820. El mando político, en un ambiente caldeado como el del Perú, no le interesaba. San Martín era un militar y no tenía otro fin que el de terminar la guerra con los españoles. Al no lograr la unión de los ejércitos y no poder seguir en ellos como segundo jefe, nada le quedaba que hacer en el Perú y apresuró su regreso a la Patria. No olvidemos, también, que San Martín estaba enfermo y estaba, en particular, fatigado y harto que le dijesen que quería ser rey, emperador y demonio. En otras condiciones espirituales y físicas, San Martín tal vez no habría creído posible una guerra civil con Bolívar si no salía del Perú. Hay que colocarse en el ambiente político de Lima en aquellos instantes para comprender los pensamientos y las suposiciones de San Martín. Ese ambiente fué recogido por muchos viajeros imparciales y por amigos de San Martín que, más tarde, le hicieron llegar los ecos. Historiadores enfermos de nobleza desdeñan o combaten el estudio de estos textos, en particular si ellos atacan a San Martín o a Bolívar. Nosotros creemos que su estudio es imprescindible para comprender innumerables hechos históricos. No tenemos que engañarnos y debemos confesar que todo un partido odiaba a San Martín y a Monteagudo y otro partido odiaba a Bolívar y a los suyos. Los héroes creían mover a los políticos mientras que, en vez, eran los políticos quienes los movían a ellos. Bolívar desconfió de San Martín, y San Martín desconfió de Bolívar, después: todo sin razones auténticas, pero sí por influencias poderosas. Es por ello que no se unieron en sus biografías; pero se unieron en la historia. Es por ello, insistimos, que no marcharon juntos como políticos, pero conservaron toda su vida, cuando comprendieron lo injustificado de tantas sombras, un recuerdo, uno de otro, que no puede ser más puro, más hermoso y elevado. El encuentro de San Martín y Bolívar fué un fracaso porque se realizó demasiado tarde: la política ya había levantado sus tentáculos y estrujaba a los hombres en sus luchas y en sus traiciones. Bolívar quiso seguir solo la guerra contra los absolutistas españoles porque tenía detrás al Congreso de Colombia y no era concebible que se uniera a un hombre, como San Martín, que podía representar, en cualquier momento, la fuerza de tres gobiernos: el de las Provincias Unidas, el de Chile y el del Perú. San Martín fué sincero en sus

ofrecimientos; pero Bolívar sabía que San Martín lo mismo podía hundirlo que significar un peso inútil. Por ello rechazó, con toda cortesía, el generoso gesto de San Martín. No era lógico, en ningún caso, que lo aceptase ni semejante unión podían resolverla dos hombres. En Colombia actuaba un Congreso en el cual figuraban diputados de ideas muy diversas, y actuaban otros hombres que, reunidos en Congreso, terminarían en el Parú por llamar tiranía el gobierno da San Martín y Monteagudo. Querer polemizar con el pasado es tarea inútil y el irritarse contra hechos ocurridos es cosa pueril. La historia es la historia y lo que debemos hacer es comprenderla y explicarla y no convertirla en fuente de odios actuales. Es por esta razón que no nos cansamos de aconsejar el estudio de las calumnias, de los errores, de las fantasías, porque todas estas fuerzas espirituales, en contra de lo que suponen historiadores inmaculados, son productos indiscutibles de estados de ánimo, expresiones de sentimientos, ideas que crean resoluciones: una atmósfera histórica, en fin, sin la cual la historia no podría respirar, en una palabra: no existiría, porque la historia es el resultado del bien y del mal, de la verdad y de la mentira. Nosotros mismos, si analizamos nuestras vidas, reconocemos que infinitas resoluciones, transcendentes e intranscendentes, las hemos tomado movidos por aciertos y por errores, por suposiciones, por creencias bien fundadas y por creencias falsas. San Martín, fiel a su propósito de abandonar el poder si su último intento, ante Bolvar, no daba resultado, lo puso en práctica con íntima satisfacción. El 25 de agosto de 1822 escribió a O'Higgins:

« Va a llegar la época por que tanto he suspirado. El 15 ó 16 del entrante voy a instalar el Congreso. El siguiente día me embarcaré para gozar la tranquilidad que tanto necesito; es regular pase a Buenos Aires a ver a mi chiquilla; si me dejan vivir en el campo con quietud, permaneceré; si no, me marcharé a la Banda Oriental ».

Recordemos, de nuevo, que San Martín había prometido, infinidad de veces, tiempo antes de embarcarse rumbo a Guayaquil, renunciar al poder político. No faltó, pues, a su palabra y renunció. No hay un solo documento en el mundo en que San Martín ni nadie diga que su renuncia obedeció a actitudes o razones de Bolívar. Esta leyenda, como hemos explicado, la inventaron los historiadores. San Martín mismo dijo en una de sus últimas declara-

ciones que había tenido honda emoción al poner en práctica, al cumplir, sus antiguas promesas de renuncia. Sus palabras no pueden ser más claras y terminantes: « He cumplido la promesa que hice al Perú; he visto reunidos sus representantes. La fuerza enemiga ya no amenaza la independencia de unos pueblos que quieren ser libres y que tienen los medios de serlo ». No puede exigirse, en verdad, mayor puntualidad y exactitud en el cumplimiento. San Martín no faltó a su palabra en ningún instante de su vida. La tesis antiargentina, que presenta a San Martín como víctima de Bolívar, admite que si no hubiese sido por la negativa de Bolívar, de unir los ejércitos del Perú y de Colombia, como fué en realidad, o de entregarle hombres, como suponen los incultos sostenedores de la teoría clásica, San Martín habría seguido gobernando en el Perú aun por largo tiempo, o indefinidamente; es decir, no duda que San Martín podía faltar a todas sus promesas y no renunciar conforme había prometido tantas veces en conversaciones privadas, en cartas amistosas, en solemnes documentos públicos y en bandos al pueblo. En su despedida al pueblo peruano, San Martín volvió a declarar: « Mis promesas para con los pueblos en que he hecho la guerra están cumplidas: hacer la independencia y dejar a su voluntad la elección de sus gobiernos ». San Martín era un caballero y, repetimos, no faltó a sus promesas. Por ello, cuando se vió libre, infinitamente libre de todas sus ataduras políticas, de las envidias, de las calumnias, etcétera, hizo a Guido esta íntima confesión:

« Hoy es, mi amigo, un día de verdadera felicidad para mí; me tengo por un mortal dichoso; está colmado todo mi anhelo; me he desembarazado de una carga que ya no podía sobrellevar y dejo instalada la representación de los pueblos que hemos libertado ».

San Martín había cumplido sus promesas y afirmaciones, tantas veces repetidas, de renunciar al poder. Marchó a su amada Mendoza, donde había acariciado sus sueños de libertar a Chile y al Perú; pero en la Argentina se repitieron las causas políticas e ideológicas que lo habían obligado a alejarse de Lima. Él mismo hizo la crónica de estos hechos en la carta, tan citada, que escribió al Presidente del Perú, Ramón Castilla, el 11 de septiembre de 1848:

« De regreso de Lima, fuí a habitar una chácara que poseo a las inmediaciones de Mendoza: ni este absoluto retiro, ni el haber cortado con estudio todas mis antiguas relaciones, y, sobre todo, la garantía que ofrecía mi conducta desprendida de toda facción o par-

tido en el transcurso de mi carrera pública, no pudieron ponerme a cubierto de las desconfianzas del gobierno, que en esta época existía en Buenos Aires; sus papeles ministeriales me hicieron una guerra sostenida, exponiendo que un soldado afortunado se proponía someter la república al régimen militar y substituir este sistema al orden legal y libre».

En nuestra patria, la Argentina, se levantó contra San Martín una oposición y un temor comparable, en muchos aspectos, al que se creó en el Perú. La gloria de San Martín quitaba el sueño a muchos políticos. San Martín trataba de vivir en silencio, sin ambiciones, sin propósitos relacionados con la política; pero los políticos lo veían como a un hombre que quería imponer en el país una dictadura militar. Era el choque de los doctores y los militares cuyas consecuencias había sentido, tiempo antes, Juan Martín de Pueyrredón. No perdamos tiempo en demostrar la inocencia de San Martín. Lo que debemos estudiar es el ambiente político que, por errores, imaginaciones, calumnias y ambiciones de toda índole, se creó tan pronto en la Argentina en contra de San Martín.

«Por otra parte — continúa San Martín — la oposición al gobierno se servía de mi nombre y sin mi consentimiento ni aprobación manifestaba en sus periódicos que yo era el solo hombre capaz de organizar el Estado y reunir las provincias que se hallaban en disidencia con la capital. En estas circunstancias, me convencí que, por desgracia mía, había figurado en la revolución más de lo que yo había deseado, lo que no me impediría poder seguir entre los partidos una línea de conducta imparcial: en su consecuencia, y para disipar toda idea de ambición a ningún género de mando, me embarqué para Europa...».

San Martín estaba, además, enfermo. Al llegar a Chile, el agente diplomático de los Estados Unidos había informado a su gobierno que «en cuanto llegó aquí San Martín tuvo una recaída y estuvo a las puertas de la muerte. Se encuentra mejor, pero la cantidad de sangre que ha perdido, ha quebrantado de tal manera su organismo que está lejos de recuperar una salud que permanece precaria». En Mendoza San Martín vivió aislado personalmente y, al mismo tiempo, perseguido por mil enredos. Cuando quiso dirigirse a Buenos Aires supo que si se movía de Mendoza sus enemigos lo apresarían en el camino. Confesemos que San Martín fué más calumniado y perseguido en su propia patria que en el extranjero. «Se

apostaron partidas en el camino — refirió San Martín a Guido — para aprehenderme como a un facineroso, lo que no realizaron por el piadoso aviso que se me dió por un individuo de la misma administración ».

Bernardino Rivadavia y su círculo de doctores eran los culpables de estos ataques a San Martín. Pero no culpemos a Rivadavia. Ni tampoco a San Martín. Ambos estaban vivos, eran dos hombres y aun no se habían convertido en estatuas. Ambos, además, representaban dos ideales políticos muy diferentes. Los historiadores que se han entretenido en buscar las causas de la enemistad profunda que siempre existió entre San Martín y Rivadavia no han acudido a las razones políticas. San Martín y Rivadavia habían pensado, algunas veces, en ensueños monárquicos; pero éste no era el motivo de su honda separación ni tales ensueños habían alcanzado límites realmente comprometedores. San Martín y Rivadavia, por otra parte, coincidían en su odio al federalismo. San Martín lo detestaba hasta el punto de sentirse morir, según él, cuando oía hablar de federalismo, porque federalismo significaba desorganización, encumbramiento de la plebe de cada provincia y absoluta falta de unión. Rivadavia rechazaba el federalismo porque ese sistema de gobierno hacía posibles los despotismos de los caudillos de provincia y, también, la más completa desunión. Lo que separaba a Rivadavia y a San Martín eran sus ideas políticas. Rivadavia era liberal; San Martín, un constitucionalista enérgico. El caos político del Perú y el bajo nivel de las clases sociales, tanto en el Perú como en Chile, le habían enseñado, lo mismo que a Monteagudo y a O'Higgins, a confiar en los sistemas centralizados para poder gobernar esas masas que confundían libertad con libertinaje. Las simpatías absolutistas de Monteagudo significaron su asesinato, y las de San Martín y O'Higgins, sus ostracismos. San Martín llamaba a Rivadavia « alcalde de aldea que no se cree inferior a un Jorge IV » y relataba a O'Higins, desde Bruselas, el 20 de octubre de 1827, « que la administración de Buenos Aires me cercó de espías, mi correspondencia era abierta con grosería, los papeles ministeriales hablaban de un plan para formar un gobierno militar bajo la dirección de un soldado afortunado, etcétera. En fin, yo ví claramente no era posible vivir tranquilo en mi patria interín la exaltación de las pasiones no se calmase y esta incertidumbre fué la que me decidió a partir a Europa ».

Otra vez tenemos explicadas las causas que decidieron el destierro voluntario de San Martín. Rivadavia y su grupo de unitarios liberales temían que San Martín diese un golpe de estado y se proclamase dictador. Los gobiernos, de carácter dictatorial, de San Martín en Chile y en el Perú, así lo justificaban. San Martín no tenía, seguramente, tales ideas; pero los políticos lo suponían y los actos de la vida, es decir, de la historia, obedecen todos a convicciones, a ideas, estén equivocadas o no lo estén, y no a verdades que carecen de fuerza de convicción y de acción. Por ello San Martín se resolvió a partir e igualmente se lo aconsejó su gran amigo don Tomás Guido. El ambiente político de la Argentina expulsaba a San Martín como lo había expulsado el ambiente político del Perú, con la diferencia que nosotros no le tributamos honores, mientras que, en cambio, se los tributaron, muy grandes, oficialmente, los gobiernos de Chile y del Perú. San Martín se fué de Buenos Aires con cuatro palabras elogiosas del *Argos* y sin sus sueldos que se le debían, como capitán general del ejército de los Andes desde el año 1819. Era el 10 de febrero de 1824. En una carta a Brandzen le expresó que volvería, posiblemente, en ese mismo año; pero en otra a Guido le confesó que seguiría ausente de la Patria « hasta que gobiernos sólidos y estables me la hagan habitable ». San Martín no pudo volver, nunca más, a la Patria, porque, mientras él vivió, no hubo entre nosotros ningún gobierno sólido y estable.

El estudio crítico de las ideas de San Martín y de la política en que él actuó, hecho sobre la base de la documentación conocida, nos lleva a las siguientes conclusiones:

I. San Martín sostuvo, a lo largo de su vida americana, el principio de renunciar al poder si la política amenazaba convertirse en guerra civil o no tenía por fin la independencia y la libertad.

II. El gobierno de Monteagudo, la influencia de Cochrane y los ataques de Riva Agüero, sin hablar del descontento de los españoles y españolizantes, el encarecimiento repentino y exagerado de la vida y otras muchas causas, hicieron difícil la permanencia de San Martín en el Perú y lo decidieron a renunciar.

III. Antes de abandonar el Pacífico, San Martín quiso lograr la unión de los ejércitos del Perú y de Colombia para terminar rápidamente la guerra contra España y con este fin se dirigió a Guayaquil a conferenciar con Bolívar.

IV. Cuatro meses antes de embarcar en el Callao, rumbo a Guayaquil, José García del Río, ministro de Estado y Relaciones Exteriores de San Martín, su amigo y confidente, aconsejó a San Martín que regresase a Lima, asumiese de nuevo el mando, que había delegado en el marqués de Torre Tagle, abriese el Congreso y allí renunciase al mando político: todo para que nadie pensase que el paso era forzado.

V. San Martín no logró que Bolívar accediese de inmediato, sin consultar o presionar el Congreso de Colombia, a la unión de los ejércitos del Perú y de Colombia y entonces volvió a Lima y renunció al poder conforme le había indicado su ministro de Estado, García del Río, y él había pensado hacer desde largo tiempo antes.

VI. Es perfectamente auténtica la carta de San Martín, del 29 de agosto de 1822, publicada por Lafond de Lurcy en 1843, como lo demuestra su cotejo ideológico con otras cartas suyas y, especialmente, con el informe de la entrevista de Guayaquil redactado por el secretario de Bolívar.

VII. Tienen razón los historiadores bolivarianos al sostener que el rechazo de Bolívar, en Guayaquil, no determinó la renuncia de San Martín.

VIII. Las causas políticas que obligaron a San Martín a renunciar el poder en el Perú lo obligaron a abandonar la Argentina.

IX. Entre todos los países americanos, donde actuó San Martín, el que se mostró más ingrato con él, durante su vida, fué la Argentina.

X. San Martín y Bolívar jamás chocaron en sus ambiciones ni en sus ideales, se respetaron profundamente y se recordaron con admiración y cariño.

XI. Los chismes y las intrigas de amigos y enemigos jamás lograron deshacer esta noble amistad.

XII. No existe un solo documento emanado de San Martín que disminuya o ataque la gloria de Bolívar, ni un solo documento firmado por Bolívar en contra de San Martín. Las alusiones o indirectas que se señalan en algunas cartas no se refieren ni a Bolívar ni a San Martín sino a otros personajes.

XIII. No hay en toda la historia de los países bolivarianos un solo hecho que menoscabe la historia de los países sanmartinianos, ni en toda la historia de los países sanmartinianos un solo hecho que ataque la historia de los países bolivarianos.

XIV. Fueron los historiadores de la época romántica y sus continuadores semidoctos quienes hicieron de la historia una lucha de héroes y no una investigación de las fuerzas históricas que constituyen la verdadera historia.

XV. San Martín y Bolívar son los héroes inmortales de la independencia y de la historia de América. Sus luchas se complementaron y sus glorias se engrandecen recíprocamente. San Martín y Bolívar aparecen como los hombres más grandes del mundo en la historia de la Libertad.

Alcanzadas estas conclusiones, que los enemigos de la verdad han de seguir combatiendo, es preciso recordar lo que el propio General San Martín expresó de la crítica histórica que, en distintas partes de América, se aplicaba a su vida: «El nombre del General San Martín ha sido más considerado por los enemigos de la independencia que por los muchos americanos a quienes he arrancado las viles cadenas que arrastraban». La ingratitud lo persiguió en la vida y en la muerte. Lo atacan quienes no lo comprenden y lo calumnian quienes le hacen el flaco servicio de defenderlo atribuyendo su renuncia a su incapacidad de oponerse a Bolívar y no a su nobleza y a su honor de hombre que cumple con su palabra.

La crítica puramente histórica, y no política y apasionada, tardará, no obstante, largo tiempo en reconocer las verdades que hemos demostrado y confesar que San Martín fué fiel a su propósito de gobernar solamente un año, como probó Ricardo Rojas; que cuatro meses antes de partir para Guayaquil ya tenía planeada la forma en que haría su renuncia, como hemos evidenciado nosotros; que el fin que lo llevó a Guayaquil fué el de proponer a Bolívar la unión de los ejércitos colombiano y peruano, como muestran los estudios de Rojas y del autor de estas líneas, y que, el fracasar este propósito, de seguir combatiendo al lado de Bolívar, por no contar con la aprobación del Congreso de Colombia, se retiró a Mendoza y luego a Europa. Unos historiadores han aceptado, convencidos, estas conclusiones y sin duda las aceptarán todos los investigadores serenos, imparciales, que no se dejan sugestionar por influencias de amigos o no responden a pequeñas luchas de círculos intelectualoides. Otros, fieles a sus buenas equivocaciones o embanderados en tendencias que aprueban, por encima de cualquier verdad, lo dicho por ciertos grupos o maestros que jamás reconocen ni reconocerán sus errores, siguen y seguirán machacando sobre

creencias insostenibles y refutadas cien veces. Triste es decir estas cosas, pero los hechos obligan. El historiador Carlos Alberto Silveira Cadra, por ejemplo, joven cultor de la nueva historia crítica argentina, ha llegado a confirmar brillantemente los resultados alcanzados por Rojas y por nosotros y ha probado, además, que en la llamada carta de Lafond, San Martín no cometió ningún error de cifras, como supusieron todos los historiadores bolivarianos. Lleguen, pues, nuestras felicitaciones al señor Silveira Cadra. En cambio quisiéramos ver mayor imparcialidad en los interesantes estudios del destacado jurista chileno, doctor Guillermo Izquierdo, que ha expuesto, en julio de 1948, sus opiniones acerca de los *Conocimientos actuales sobre la entrevista de Guayaquil*. En la síntesis de su exposición, publicada por la *Guía quincenal de la actividad intelectual argentina*, de la Comisión Nacional de Cultura (año II, Nº 25, agosto de 1948), acepta la autenticidad de la carta llamada de Lafond; pero no menciona, tal vez para responder a las simpatías de la sociedad en que fué expuesta, nuestra comprobación de que las proposiciones de San Martín son confirmadas por el secretario del propio Bolívar —prueba indiscutible y definitiva de la autenticidad de la carta—. Reconoce que en la conferencia se trató de reunir «nuestras fuerzas» y cae, luego, en el error tradicional de suponer que «el otro problema que llevó a San Martín a reunirse con Bolívar fué la candente cuestión guayaquileña». Los lectores de nuestros estudios, y particularmente de Rojas, saben muy bien que San Martín repitió hasta el cansancio que la cuestión guayaquileña debían resolverla los guayaquileños y que no constituyó ningún problema en la conferencia. Luego trata de refutar los resultados, definitivos, de la crítica histórica más severa. La síntesis de su disertación dice:

«Hizo mención, finalmente, a la nueva posición de Gandía, Rojas y Encina, que sostienen que San Martín fué a Guayaquil con su resolución irrevocablemente tomada de renunciar al mando político del Perú. Expresó que no participaba de esta opinión, no sólo porque los términos del bando a los peruanos y otros documentos lo demienten, sino por la inutilidad y la ninguna explicación que tendría el viaje de un hombre que había tomado ya la decisión anticipada e irrevocable de eliminarse de la escena, para plantear la discusión o el examen de los problemas más fundamentales de la independencia de América en esos momentos, salvo que se tra-

tase de una visita de cortesía, cosa que no se le pasó en mente a ninguno de los dos libertadores ». Como final llegó a la conclusión, para él lógica, que « la renuncia de San Martín fué consecuencia de la entrevista ».

Las palabras transcriptas sólo interesan como ejemplo de procedimiento polémico. No las refutamos, pues ya lo ha hecho, con sobrada claridad, Carlos Alberto Silveira Cadra. Su autor, por causas que desconocemos, silencia los fundamentos de las afirmaciones de Rojas y de nosotros. No dice que San Martín prometió, solemnemente, innumerables veces, no gobernar más de un año y cumplió a la perfección su promesa; no dice que cuatro meses antes de partir, su ministro García del Río le aconsejó la forma en que debía renunciar a su regreso de Guayaquil y que la renuncia se hizo exactamente de esa manera; no dice que San Martín quiso renunciar al mando político en el Perú, pero quería seguir combatiendo contra los españoles; no dice que, para ello, tenía proyectado, desde muchos meses antes de encontrarse con Bolívar, la federación del Perú y de Colombia y la unión de los dos ejércitos; no dice que, según el propio San Martín y el propio Bolívar y su secretario Pérez, el fin principal y único del viaje de San Martín a Guayaquil fué exponer, San Martín, que ya había dejado en Lima su renuncia en un sobre y venía a ponerse a las órdenes de Bolívar en caso de que se resolviese la unión de los dos ejércitos, y no dice otras muchas cosas, a sabiendas, que prueban que la renuncia no fué una consecuencia de la entrevista, sino el motivo del viaje, y que si San Martín se alejó del Perú no fué por culpa de Bolívar, sino porque había prometido, muy solemnemente, cuando se hizo cargo del mando, no gobernar más de un año y así lo cumplió. La imposibilidad de reunir los dos ejércitos fué lo que motivó, no la renuncia de San Martín, que había quedado en un sobre cerrado en Lima antes de embarcarse para Guayaquil, sino su alejamiento de los campos de batalla. Esta imposibilidad de reunir los ejércitos no debe, tampoco, culparse a Bolívar, sino a una resolución del Congreso de Colombia. La prueba de que esa reunión era imposible y no dependía de Bolívar se halla en el hecho de que no se realizó entonces ni en ningún otro momento posterior. Se trataba de dos pueblos que aún hoy siguen independientes.

El doctor Izquierdo ha ignorado o querido ignorar estas verdades. Por ello desvió la cuestión y mostró la teoría de Rojas, Encina

y nuestra — cada uno de nosotros la sostiene con distintos argumentos que se complementan — como la presentación de un viaje hecho por cortesía. Quienes conozcan nuestros fundamentos no dirán que fué un viaje de cortesía, sino el viaje de un hombre que había dejado su renuncia en un sobre cerrado para desligarse de la política, entregar el Perú a los peruanos y seguir combatiendo, como general, al lado de Bolívar. Esto es lo que sostenemos nosotros y no lo que nos atribuye el doctor Izquierdo. Nuestra visión del problema de la entrevista de Guayaquil es irrefutable si se analiza en su integridad.

Los argentinos, que tanto hemos combatido a San Martín, mientras daba la libertad a media América, y sólo ahora, de unos pocos años a esta parte, hemos sabido hallar la verdadera explicación de sus grandes actos y de su sublime renuncia, debemos un homenaje, de un busto o de un monumento, al gran amigo de San Martín, el capitán Gabriel Lafond de Lourcy. Este homenaje no necesita tener como base el hecho de haber publicado la carta que San Martín dirigió a Bolívar y que, como dijimos, nada agrega ni nada quita a lo que tantos otros documentos confirman ampliamente. El homenaje que los argentinos debemos a Lafond se funda en el hecho de que este escritor, militar y navegante, dijo en el extranjero y en vida de San Martín lo que nadie se atrevía a decir en nuestra Patria y lo que la historia confirma todos los días: San Martín, «el hombre más asombroso que ha conocido la América del Sud».

Creemos haber aclarado las causas que determinaron el viaje de San Martín a Guayaquil y las razones, muy anteriores a ese viaje, que decidieron su renuncia.

Cada uno de los dos amigos piensa que el otro es un idealista romántico y al final se quedan con sus puntos de vista divergentes, como era de esperar por la forma dada al libro, por el autor.

GUILLERMO HOXMARK.

An Outline of Stellar Astronomy (una sinopsis de la astronomía estrellar), por PETER DOIG. 168 pág. Publicada en 1927, revisada y completada en 1947. London.

Esta segunda edición (1947) de una obra que originalmente fué publicada en el año 1927, ofrece un gran caudal de datos muy útiles, para los estudiosos de la astronomía.

La primera parte del libro trata de las estrellas individuales en lo referente a sus dimensiones, sus masas y los movimientos, la distribución de ellas en el espacio sideral y la cantidad de aquellos cuerpos que existen, según las observaciones. Asimismo hay conceptos con respecto a las estrellas dobles, las novas y las variables. Temas muy interesantes, por cierto. La naturaleza de los cuerpos celestes en base de las más modernas hipótesis y observaciones, se analizan en la segunda parte y, al final, tomamos contacto con los sistemas galaxias y el universo en general.

Por aquellos capítulos principales, conocemos los últimos métodos para determinar las distancias y los movimientos de las masas que se hallan distribuídas en el cosmos, y las teorías sobre la extensión y la forma de éste.

Se presentan las más recientes ideas cosmológicas referentes a la evolución estrellar, el desplazamiento de nuestro sol con sus satélites planetas, por el éter, y la rotación de la galaxía. El autor no ha olvidado los átomos y el comportamiento de ellos, bajo temperaturas extremas, de las que deben existir en las estrellas. Lo infinitamente pequeño, que es el átomo, ha construído lo enormemente grande, de manera que los astrónomos, para poder explicar o entender los fenómenos que ven ocurrir a distancias lejanas, pueden adquirir ideas, estudiando el comportamiento de los distintos componentes de los microscópicos ladrillos del universo, que son los átomos.

Los libros de texto de astronomía del siglo pasado contenían muchas generalidades y teorías basadas en su mayor parte sobre insuficientes observaciones y muy poco se conocía sobre el origen de la materia, hallándose los métodos de investigación en su infancia.

El instrumental para efectuar observaciones astronómicas ha aumentado considerablemente en los últimos cincuenta años y, actualmente, existen diversos inventos nuevos que nos ayudarán a penetrar más adentro en el misterioso espacio sideral, poblado por innumerables cuerpos de diversas construcciones.

Quizá el gigantesco telescopio de cinco metros de diámetro, instalado ahora en el Observatorio de Mount Palomar, California, llegará a mostrarnos algunos aspectos inesperados del universo. También es dable esperar resultados interesantes del nuevo espectrómetro infrarrojo, que en la célula Cashman de sulfito de plomo posee un ojo mucho más sensible que cualquier instrumento anterior de esta clase. Ya se ha descubierto con él que la atmósfera del planeta Marte contiene por lo menos tanto anhídrido carbónico como la atmósfera de la tierra (« Sky and Telescope », diciembre de 1947).

La obra de Doig constituye indudablemente una valiosa contribución a la literatura sobre el dilatado espacio, en el que se desplaza nuestro globo en dirección a un punto indeterminado.

GUILLERMO HOXMARK.

Characterization of Organic Compounds, por F. WILD. VIII. Págs. 306. Editores: Cambridge University Press, Cambridge, 1947.

Este libro sobre caracterización de compuestos orgánicos trata de dar una serie de normas para efectuar las reacciones que conducen a la identificación relativamente sencilla de los mismos.

Su primer capítulo está dedicado a indicaciones generales y a los métodos de determinación de algunas constantes físicas. El segundo da una clasificación de las substancias orgánicas y consejos sobre separación de mezclas y algunos informes sobre identificación.

En los capítulos siguientes se explican con relativo detalle los métodos que permiten la caracterización de grupos especiales de compuestos. Cada uno contiene primero algunas consideraciones sobre las reacciones más generales, la lista de las mismas y luego en cada caso particular una información de cómo deben realizarse. Estos detalles van acompañados de ejemplos, en algunos casos, cuando no son comunes, sobre la preparación de los reactivos que se utilizan o la bibliografía necesaria, y luego de tablas con las características de los compuestos que se obtienen. A diferencia de muchos libros que tratan del mismo tema, este volumen no trae una marcha analítica sobre la forma de separar los diversos grupos de substancias orgánicas.

Un índice de autores y otro de materias cierran el volumen.

Este libro ha de ser útil en todos los laboratorios de química orgánica. En ellos se presenta siempre el problema de la identificación de los compuestos que se aislan. Su consulta será conveniente como un primer paso y ha de ahorrar mucho tiempo, al evitar tener que iniciarse yendo a las fuentes originales de la literatura. Sólo si las reacciones encontradas no satisfacen o fracasan en el problema particular estudiado será siempre necesario acudir a las revistas.

Si bien todos los métodos que pueden clasificarse como clásicos están mencionados, la existencia de numerosas publicaciones recientes sobre la identificación de clases de compuestos orgánicos, ha hecho necesario una selección de los mismos por parte del autor.

Bien impreso, de lectura agradable, contiene muy pocos errores. Algunas figuras ayudan a la claridad del texto.

V. D.

El texto «The Physical Examinations of Metals» (Ensayo físico de los metales») está compuesto de dos volúmenes: el primer tomo escrito por el doctor ingeniero Bruce Chalmers, conocido físico del Instituto Internacional de Investigaciones del Estaño de Inglaterra; el segundo volumen desarrollado por el mismo autor y el ingeniero doctor A. G. Quarell, profesor de Metalurgia de la Universidad de Scheffield, Inglaterra.

La demanda de la industria moderna ha producido durante los últimos años

un sorprendente adelanto de nuestro conocimiento relativo a los metales, que ha surgido en gran escala mediante la aplicación de los métodos científicos de investigación.

Siendo las propiedades físicas de los metales factores determinantes de su posibilidad de utilización, es evidente el porqué los métodos de ensayo físico de los metales se consideran tan importantes.

Puede establecerse de la lectura de estos textos, que se ha llegado a un estado en que los métodos físicos de ensayo de los metales es parte de la « técnica metalurgista », que se considera muchas veces como « método metalúrgico » más que « método físico ». Como ejemplo puede mencionarse la investigación de las transformaciones de fase por las líneas de enfriamiento y calentamiento.

En consecuencia, el objetivo de esta obra, es como dicen sus autores « explicar en un lenguaje tan sencillo como sea posible « las teorías en que se basan los métodos de ensayo, discriminando las más importantes aplicaciones realizadas, y en lo factible describir la técnica utilizada para que el lector pueda reproducir por sí mismo el ensayo ».

En algunos casos especializados que requieren una práctica intensa para su ejecución, no se describe su técnica en pormenor, sino las normas generales para que el lector tenga una idea al respecto.

Puede decirse, que los autores sin temor de contradicciones, presentan en el primer tomo (176 páginas, 97 figuras) la descripción de las leyes y principios fundamentales de la óptica, por cuanto las propiedades de la luz han sido la base para los ensayos de los metales en muchos casos.

El segundo volumen que comprende un texto de 274 páginas y 104 figuras, considera los resultados del referido desarrollo en la aplicación de los métodos físicos de ensayo de los metales, poniendo en evidencia el hecho que aunque algunos diferentes métodos, a veces, se superponen, son en gran escala complementarios, no solamente entre sí, pero también de los ensayos « metalúrgicos ».

En términos generales las descripciones pueden calificarse como basadas en la electricidad, aplicadas con la finalidad y las limitaciones de las mismas, con referencia a las aplicaciones más importantes en los ensayos de los metales.

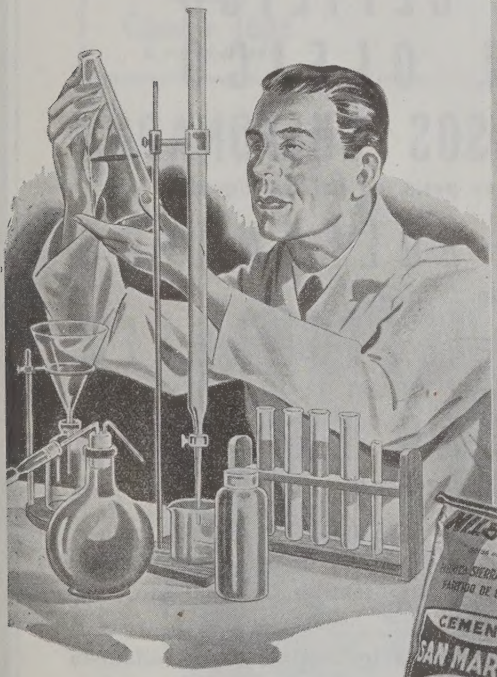
En resumen, la utilidad de estos textos es un aporte no solamente para quienes están interesados en el conocimiento del desarrollo de métodos nuevos o pruebas más especializadas de los metales y componentes metálicos, pero también para el mayor número de lectores que careciendo de gran información, se ven obligados a aceptar sin discriminación los resultados de ensayos que no conocen a fondo, y bien seguir las ventajas que caracterizan los métodos más modernos.

JUAN B. DE NARDO.

Clinker

COMPLEJA ESTRUCTURA MOLECULAR

El clinker, mezcla de compuestos al que solamente falta molerlo con una determinada proporción de yeso para que constituya el cemento portland, es el resultante de la fusión incipiente del material crudo, constituído por carbonatos de calcio y silicatos provenientes de la piedra caliza y de la arcilla. Por acción de altas temperaturas se combinan el óxido de calcio del calcáreo con la sílice, hierro, aluminio, etc., de la arcilla, dando lugar a la formación de nuevas sustancias químicas de complicada estructura molecular, a las cuales el cemento portland debe sus propiedades físico-químicas, tales como el fraguado, endurecimiento, desarrollo de fuerzas, etc. El severo y permanente control que ejercen los laboratorios durante todo el proceso de fabricación del cemento San Martín y del cemento de endurecimiento rápido Incor, asegura la alta calidad que los caracterizan a traves de los años.



COMPANIA ARGENTINA DE CEMENTO PORTLAND

RECONQUISTA 46 • (R3) • BUENOS AIRES ★ SARMIENTO 991 • ROSARIO

SALAS PUBL

la química argentina
FrancVal
de los cuerpos grasos

José Franchini

S.R.L. Capital m$n 450.000 — casa establecida en 1931

Se complace en recordar que produce las siguientes especialidades industriales:

ALCOHOLES GRASOS
ALCOHOL CETILICO
ALCOHOL OLEICO
ALCOHOLES GRASOS SULFONADOS

(Marca Reg. "ANDINIX" en pasta, en polvo y líquido)

ALQUIL-ARIL-SULFONATOS

(Marca Reg. "ALCOIL")

ACEITES EMULSIONABLES

(Marca Reg. "OLEAL")

JABON ANHIDRO EN POLVO

(Marca Reg. "FRANCVAL")

y otros detergentes sintéticos, humectantes, dispersantes y emulsionantes para las industrias químicas, textiles, del curtido, cosméticas, farmacéuticas, etc.

También recuerda que sus plantas industriales de Avellaneda (Argentina) y de Santiago (Chile) poseen una capacidad de producción muy superior a la necesidad del mercado sudamericano y ofrece su Departamento Técnico para la atención de consultas al respecto.

CARABELAS 2398 AVELLANEDA (F.C.S.) T. A. 22-4015

CRISTALERIAS MAYBOGLAS

Socio de la Unión Industrial Argentina

Sociedad de Responsabilidad Limitada

CAPITAL $ 1.000.000 m/n

•

MyB M. R.

ENVASES DE VIDRIO - TUBOS DE VIDRIO

Escritorio:
Cóndor 1625
T. A. 61-0212

Fabrica:
Tabaré 1630
T. A 61-1480

YA ESTÁ SU BAÑO, SEÑOR!

Con el *tanque eléctrico*, en seguida, a cualquier hora del día o de la noche, Ud. dispone de un saludable baño caliente... En cuanto abre la canilla, el agua brota abundante y a la temperatura deseada!...

El *tanque eléctrico* ahorra tiempo. Es cómodo, limpio y seguro... En nuestras Exposiciones puede usted adquirirlo en cuotas mensuales.

CADE

COMPAÑIA ARGENTINA DE ELECTRICIDAD S. A.

AV. PTE. ROQUE SAENZ PEÑA 812 - T. A. 34, DEFENSA 6001
Y SUCURSALES EN CAPITAL Y PROVINCIA

COMPAÑIA DE SEGUROS DE VIDA
SUD AMERICA
Av. R. SAENZ PENA 530 - BUENOS AIRES

Seguros de vida en vigor.

$ 578.764.724 m/l.

Reservas Técnicas.

$ 89.438.846 m/l.

Pagados a Asegurados y Beneficiarios desde 1923.

$ 156.065.572 m/l.

PRECISION Y CONTINUIDAD DE SERVICIO

La electricidad está presente en todas manifestaciones de la vida diaria:

HIGIENE, TRABAJO, CULTURA O DIVERSION,

cómodamente al alcance del consumidor en el momento deseado. Este es el resultado de una amplia organización y que asegura:

PRECISION Y CONTINUIDAD DE SERVICIO.

IAE

CIA. ITALO ARGENTINA DE ELECTRICIDAD

SAN JOSE 180 T. A. 37-4461

ARIENTI y MAISTERRA

Soc. de Resp. Ltda. - Capital m$n 1.600.000

EMPRESA CONSTRUCTORA

CAÑOS DE HORMIGON

Av. VELEZ SARSFIELD 1851 - T. A. (21) 0075 - BUENOS AIRES